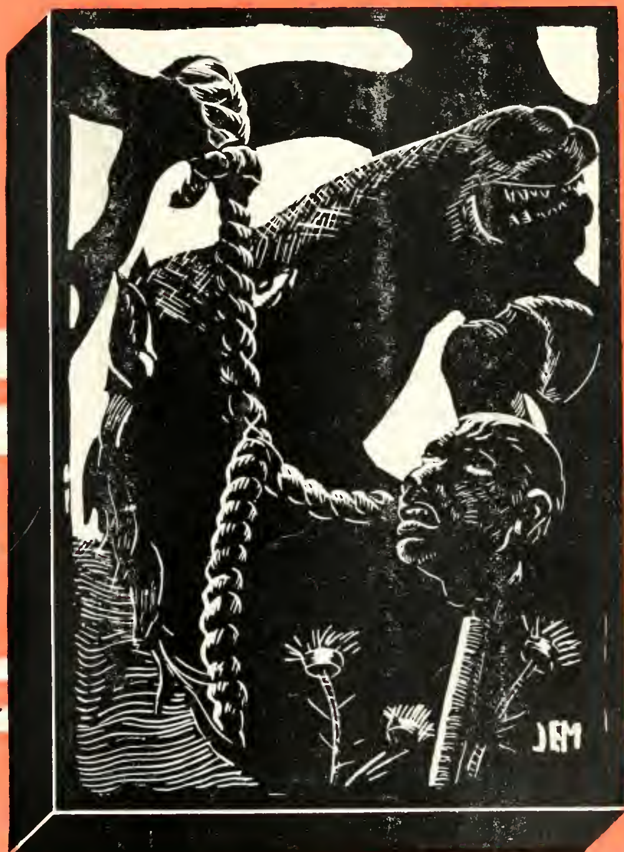

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309311 7

# Gritos de Carne

RADO
RIGUEZ

RACIONES DE
. MINGORANCE



Jesús **PRADO RODRIGUEZ**



# Gritos de Carne

Ilustraciones de Juan E. Mingorance





# PALABRAS LIMINARES

LA LITERATURA que se hace para repartir su presencia entre los miembros de los corrillos literarios, niega valoración a la que nunca arde como las siete velas del candelabro, y, en los procesos de la magia, no unta la vedija con sangre de oveja, esperando que, al tocarla el sol, se disuelva en pavesas invisibles, semejantes a las que produzco Deyanira sobre la túnica de Hércules adúltero. Sólo ellos cantan para la universidad del mundo. En la manera de producirse sonoros, imitan toda la dúctil instrumentación de las mejores masas corales; mas, después de concluso el concierto—si los perturba la sed—, no beben otra agua que no sea de la fuente castalia, o de fuentes que no resuenen con nombre poético, ni estén protegidas por la sombra del platanar. ¡Magnos hombres que cubren toda la dimensión de la hora en el tiempo, y no hay receso para sus creaciones fecundas! Cuando piden la luz, siempre la llama va delante, y con el pretexto de que no se les baje el pávilo, dicen, entre ellos, la estrofa musical de los coros: "Levántala en alto, vuélvela a un lado, ponla en tensión; mirad, mirad; yo venero con antorchas, yo ilumino este templo".

Y porque están en tierra fértil, se preparan, en la dehiscencia, a la salida del polen alado. Luego florecen. Ya florecidos, tornan un poco atrás para herirse en rencilla, pero encuentran pronto su rumbo, y entonces se hablan, quedando en la cháchara afirmada su re-

conciliación. Si la áurea cadena que los enlaza en un motivo ilustre tocase las definiciones dadas por Teofrasto cuando éste perfilaba sus caracteres morales, les cabría estar en la ambición fútil como ansia baja y ruin de honores. Les cabría, después de morirles el perrillo, levantarle un sepulcro, y, colocando una columna pequeña, escribirle este epitafio: "Cachorro de Malta". Son vacuos, cinchados, pomposos. A nadie responden a no ser a sus amigos caros. Yo les he hablado y tampoco me respondieron. En Chipihuahua editan una revista de preclaro nombre y a ella acudí con el ensayo —o lo que sea—"Horario de un transeunte", incluído en este libro GRITOS DE CARNE, y me negaron espacio, de donde sobrevino que me atormentasen los pesares de un grave dolor. Los pesares aquellos que nos ponen al filo de la incertidumbre, como si hubiésemos ejecutado un delito vergonzoso. De estos dómines diría Quevedo que son "figuras artificiales que usan bálsamo y olor para los bigotes, jaboncillo para las manos, y pastilla de cera de oídos. Su conversación hablar de damas, caza, caballos y alguna vez de poesía... Andan juntos de tres arriba... Tratan ásperamente los miserables... Enamoran en la comedia, donde toman entre seis un banco a escote, civil cosa para príncipes; en la iglesia, donde hay concurso y fiesta, son gestores y afectados; no los mira mujer que no piensen que se ha enamorado de sus gracias y buen talle. Rondan engertos en señores, a quien quitan pelillos y dicen: *no crió Dios tan bizarro y valiente príncipe, ni de tan superiores gracias como vuestra señoría...*" Y unas veces están en la traición estas lumbreras de los corrillos literarios. Otras veces se fingen contrarios a ella, pero para que se entere el tirano de Siracusa, a quien recitan los versos de Píndaro:

*Con eólicos himnos tejer quiero*
*corona triunfal. De altos loores*
*otro más digno señalar no espero.*

Y así se aparejan hasta que hallan al príncipe y le ofrecen la reverencia gentil. La reverencia que ejecuta el mendigo cuando algún misericordioso le da el pan de la limosna.

Por todo lo cual, el corrillo de Chipihuahua, que tiene ramificaciones en el metatarso continental, levanta el tono de sus voces aflautadas, y todo resuena extensamente sobre las oquedades vacías. En la campanela los une la concomitancia del salto, y, cuando quieren especificar los géneros, hacen un rodeo geográfico, tomando de otros lo preciso para ilustrar el punto erudito de la disertación filológica. "Los indios iroqueses distinguen en una clase los dioses, seres sobrenaturales y los varones; en la otra, mujeres, niños, animales y objetos. Los negros fulfe separan a los hombres (inclusive mujeres) de los demás; pero los niños pertenecen, en parte, a la segunda clase. Los monumbos de Australia conocen cinco grupos: varones, mujeres, niños, objetos y conceptos indeterminados". ¿No los habéis oído disputar sobre tiquismiquis del idioma? Le juro a usted, señor Julio Cejador, que mucho me atosigan sus embrollos acerca de las lenguas aborígenes, y prefiero la "Imitación de Cristo" de Tomás Kempis (obra bastante aburrida) a eso de ensayar la boca para dar a cada voz su timbre propio y a las vocales la cavidad oral, donde vibre el aire movido por ruidos y choques.

Y aquí está GRITOS DE CARNE caminando solo, sin el apoyo de los corrillos. Y GRITOS DE CARNE sale a luz por la magnificencia generosa de don Zacarías Domínguez, español de California, y por la buena voluntad de la "Spanish-American Printing Co., Inc."

Os diré que leo muy atentamente los escritos de Teofrasto, y de él he aprendido que la lisonja es conversación o trato que procura complacer sin el correspondiente decoro. Me falta coraje para la lisonja, y no se la doy a don Zacarías Domínguez si apostillo que sabe más de literatura que muchos profesionales de

ella, si bien él no la practica, ni aun, practicándola, viviría de sus ingresos, porque por su oficio de carpintero gana el sustento diario y eleva su alma hacia la justicia y el orden, contrariamente a lo que hacen los zánganos de la Falange, quienes, siendo ociosos, se elevan hacia la corrupción y el vicio.

Pero hay otra ayuda fundamental, prestada a esta obra por el esclarecido artista Juan Eugenio Mingorance.

Cuantos ven el arte a través de la línea perfecta, o de la dimensión de la luz, o de la claridad que se abre sobre los colores en el hueco de un espacio sin asomos de sombra, no pueden apreciar el drama que sale de las bocas negras, prefijas en la angustia de una grande agonía, irradiadas de pavor negro y de espanto también negro. A Mingorance corresponde la gloria de estas páginas, y él captó la idea del escritor para transformarla en la visión de una intensa tragedia. España sin pan. España destruída por los Francos y los Suñer. España muriéndose porque no vive. No ha vivido en los siglos de autocracia, y cuando ahora el pueblo trazaba la ruta de su destino futuro, los traidores pactaron con el enemigo fascista para darle la sangre de obreros que buscaban el camino de su resurrección.

España volverá a encontrarse, y en su vida heroica, torturada por todas las desdichas, hallará la verdad de Nietzche: "Mi sombra me llama. ¡Qué importa mi sombra! ¡Si ella corre tras de mí, yo delante de ella."



# ARENAS DEL SENDERO




'Así formas parte de los que temen la luz, y tienes que hundir a diario tu cabeza más profundamente en las brumas y en la noche".

# ARENAS DEL SENDERO

La voz locutora anuncia un tema que se desparrama sobre el espacio como los ecos del dolor. Lleva dos semanas diciendo las mismas cosas amplísimas. Que los moros están en Toledo, victoriosos contra la muerte. Que la Falange y el Requeté ponen cerco a la metrópoli, ya prestigiados por la perspectiva del triunfo, sublimados para la historia y el paradigma del "nuevo orden". La voz locutora se ha sufrido muy apenada en el desconcierto que aguanta el mundo. Porque también cree que se alza la virilidad del Anticristo y que todo se desvía hacia un cataclismo final. Una vez dijo esta voz apocalíptica: "Estos son los que han venido de gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero"... Los batallones cristianos ganarán la pelea sobre la raza primogénita de los demonios, entre cuya estirpe están los monstruos infernales del mundo, Voltaire, Renán, Isabel de Inglaterra, Kropotkin, Proudhon y otros que forman la vanguardia del mal por el escrito y la prédica.

Pero he aquí que el hombre del dolor oye a los hombres felices de América y se pregunta: ¿estarán locos? Fernando del Camino, que aun ama la tierra donde su infancia fué malograda para las letras

primarias, porque no le dieron escuela, les explicó el espectáculo del hispano sacrificio, y vanamente aceptaban una defensa apodíctica. ¿Será posible tanta pobreza en un reino de tantos hidalgos? Entre vosotros—dijo Fernando del Camino—he aprendido a leer, y he aquí lo que he leído: "La felicidad es el bien que resulta del conjunto de todos los demás bienes, lo que nos proporciona una vida dichosa; la perfección en la virtud; el bien de un ser que se basta a sí mismo". Cuando los oyentes escucharon el drama del pobre, hicieron un gesto de contrariedad. Aquellos mendigos que se acomodan a lo largo de los caminos y enseñan las úlceras a través de andrajos, no caben como humanos seres en la mente de quienes tienen sobre la vida una visión más circunspecta. Era, pues, inútil dialogar. Al coliseo iban algunos demócratas, y Fernando del Castillo ocupó un asiento en las butacas de atrás. Se saldría por escotillón en recargándose la atmósfera de mucho comunismo y anarquismo. La atmósfera estuvo limpia como los cielos que purifica la escarcha hasta que una *voz libre* hizo la apología de Stalin. Fernando del Castillo protestó. Otros protestaron, y de aquel escándalo pasajero sobrevino un ruido confuso. Y he aquí—dijo el que luego apaciguaba—que nosotros nos levantamos contra los dictadores. Los dictadores no pueden ser afables, aunque los nombre el pueblo. Algunas veces fueron nombrados en casos urgentes, pero, pasado el peligro, renunciaron a la dictadura. Stalin no ha trabajado la libertad de las masas proletarias, sino su servidumbre. Y aun dijo lo mejor, que la audiencia aplaudió como si lo hablara Zaratustra: "Recorrí venturosos caminos como un ciego; vosotros arrojasteis inmundicias al camino del ciego, y ahora me repugna la antigua vereda".

Y ya concluso el mitin — los mítines radicales casi son la carcajada del diablo—, tomó Fernando uno de los omnibus del servicio público que circulaba entre la ciudad y el Soft Water Lake, y se fué a lavar el sudor en las aguas de ese lago extraurbano. Calentaba el sol los paisajes lúcidos, y aquel verdor de las arboledas devenía como una fascinación mágica sobre los ángulos del horizonte azul. El lago se inmovilizaba contra el declive de tres colinas cubiertas de bosque, y en su linfa hacían el *dive* los jóvenes de la sangre fuerte, cuya piel bronceada parecía la piel de los indios recargándose

de fuego solar. Fernando del Castillo practicó el salto a poca altura del agua. Como no sabía el modo de proyectarse en ladeada inclinación vertical, cayó de plano sobre la superficie líquida, y, con el golpe, le vino el sofoco que produce la angustia de los ahogados. "Hay que aprender —se dijo ingenuamente. Nada se logra por instinto, sino por la enseñanza que nos viene de los maestros. Los españoles somos una raza de instintos, y nos repugnan las doctrinas que desbrozan la miseria del alma y ajustan la destemplanza de la razón. Hay que aprender, hermano, hay que aprender"... Luego se salió de las ondas, descansando un rato sobre la arena de las orillas.

Este deporte motivaría el duelo entre nuestros clérigos, y contra la mezcla de sexos es la ira de Dios. No se puede educar un país católico—caviló Fernando del Castillo. Y otra vez se dijo lo que se había dicho otras veces con la misma obstinación mareante: "Los sacerdotes católicos predican el odio, y éste se sostiene donde la ignorancia enraiza profunda."

(Bueno pareció el sacerdote que aconsejaba a Edipo frente a los estragos de la peste. Bueno era si sus dos razones simultáneas obedecían al mismo principio bienhechor. "La ciudad, conmovida por la desgracia, no puede levantar la cabeza del fondo del torbellino que la revuelve. Los fructíferos gérmenes se secan en los campos; muérense los rebaños que pacen en los prados, y los niños en los pechos de sus madres"... Luego se añadió al consejo la prudencia política: "Siendo soberano de esta tierra, mejor es que la gobiernes bien poblada como ahora está, que no que reines en un desierto, porque de nada sirve una fortaleza o una nave sin soldados o marinos que la gobiernen)".

Suave la frescura lacustre, y en reposo a la sombra de un árbol, se extendía Fernando sobre las ideas combativas, por cuyo cauce fluyeron palabras fuertes que han propendido a establecer que cuantos ensayan la escolástica de Santo Tomás de Aquino se creen en poder de la suma teológica, erguida la lumbre profética como lengua que infunde el paráclito a los iniciados en los misterios del templo. Ningún clérigo sabe si está en potencia o si está en acto; mas compadecen al que diga que la materia es inteligente e inteligible—, ya que discurrimos sobre nuestro *yo*—subjetividad inteligible—, si bien

el *yo* no se conoce en esencia, y entendemos por las sensaciones—objetividad inteligente—, de donde nos llegan las ideas que poseemos sobre el mundo corpóreo. El ser de la causa inteligente es su propio entender, y esto no parece confuso si se mira a las funciones discursivas, que son actos de actividad y de pasividad. Por el hecho de sentirse ortodoxos le niegan el pan y el agua a quien profesa otra cultura, y, mofándose, suelen orquestar un largo tono fúnebre: "¡pobrecitos, el error los pierde!" Y a guisa de compasión piadosa, que no otra cosa es la maldad refinada, repitirán una de las siete palabras, como si fueran Cristo en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hablan."

—Aquí estoy—exclamó Fernando del Camino—escuchándome a mí mismo, porque los otros no me escuchan. Y, después de todo ¿quién no se escucha a sí mismo alguna vez?

Hice cuanto pude para que ayudasen a la salvación de nuestra república, tan combatida por las fuerzas reaccionarias del mundo. Uno de ellos quiso penetrar la cuestión y se la expliqué con palabras fluentes. Pero estos nacionales, que se han adelantado quinientos años a los pueblos más progresistas de Europa, no entienden nuestro problema. ¿Qué vale levantar la raiz y mostrársela a ustedes? —dije a cuantos oyeron mi palabra en el City Club. Ustedes la verían como una de tantas raíces y ahí está, precisamente, el motivo de la incomprensión. Me refiero a que el español es un ser tan trágico como la misma tragedia. Su arte religioso es una desgarradura lancinante. Ningún español se conmoverá si le dan la Dolorosa sin los siete cuchillos. Precisa ver la sangre correr por la herida y luego presentir la agonía con un máximo de angustia y de sufrimiento. La incultura general prostituyó la morada y el concilio. Por culpa de unos y de otros, la taberna tuvo más expansión que la escuela, de donde se nos hizo épico el vicio, porque el borracho se siente agresivo cuando le arde dentro la brasa alcohólica. Si los hambrientos piden pan se les responde con un ataque a la bayoneta, y, roto el motín, los guardiaciviles dicen que han apartado a la canalla y deshecho su cerco. Contra la canalla está la Iglesia, sobre la cual pesan responsabilidades que los fieles ignoran y los hierofantas niegan.

Los católicos presentaron al "caudillo" como la fuerza elegida por Dios para combatir las esencias del mal. El jesuitismo les dijo

que por España andaba el diablo disfrazado de comunista. Durante la guerra hispanoamericana, estos católicos volcaron sobre nosotros el más inmundo lodo de los estercoleros. Ahora Franco es el salvador de los principios y el restaurador de la disciplina y del orden. Siendo la catolicidad una organización internacional, como su contraria la sinagoga, el Vaticano gobierna a los pueblos instruídos en este rito idólatra, y por obediencia se dan los golpes de Estado y se hacen las traiciones procaces. Todo católico absorbe, sin darse cuenta, la cultura que creó la Reforma, y en los países protestantes parecen menos tozudos y bodoques. En realidad nunca dejan de ser bodoques, pues ellos se corren en manada, ya sea sobre un escenario movible, ora como clavados en el mismo paisaje árido, hacia una lumbre siempre nubilosa o una noche siempre oscurecida. América permanece inocua contra la idiosincracia europea. Y no vendrá al despropósito enterarlos de cómo viven nuestros obispos, al paso que los clérigos infestan las comarcas diocesanas. Ello dice el modo en que Lugo era en mi mocedad: trescientos sacerdotes barzoneaban diariamente por calles y paseos, no inclusos los novecientos seminaristas que tenían sus clases en el seminario conciliar, mole cuadrada, inhóspita como los presidios. Andando alrededor de esta historia que jamás se cierra, una negra sombra cubre nuestra penuria, y los labios, produciéndose en la rebeldía, inician el rezo de Zaratustra: "Es una vergüenza rezar. No para todo el mundo; pero sí para tí y para mí, y para cuantos tienen la conciencia en la cabeza. Para ti es una vergüenza rezar, bien lo sabes tú; el cobarde demonio que dentro de ti se complace en juntar las manos y en cruzar los brazos, y que desearía tener una vida más fácil, ese cobarde demonio te ha dicho: *hay un Dios*. Así formas parte de los que temen la luz, y tienes que hundir a diario tu cabeza más profundamente en las brumas y en la noche."

Las glorias religiosas están unidas a las glorias militares como si ellas fuesen la directriz del santo y del guerrero, porque entrambos batallan contra los infieles para la expansión del reino de Dios. Santiago se aparece en la gesta de Clavijo aplastando al sarraceno, y Franco ordenó un sello con la efigie del Santo Iago, pero sin moros vencidos, ya que ahora las hordas rifeñas luchan al lado de los navarros que combaten el comunismo en el suelo de la nación fatigada.

Algunos escritores disertan oblicuamente, y se dice de ellos que levantan su mirada hacia el sol. Parece que están muy lejos de los conciertos batracios. También se dice de ellos que son de un gran dinamismo en la obra. Cuando yo leo a Unamuno veo en él a un sembrador de parábolas y nada más. Cuando yo leo a Azorín, toda la estructura de sus frases repetidas se me refleja como un haz de símbolos, donde lo mejor es lo menos difuso y autoritario. Porque hay una cultura especializada—nos dicen nuestros enciclopedistas. Esta cultura se halla en la pata de la raposa y, por polimatía de los animales sabios, esfuerza agudos quiquiriquís en el gallo Alectrión:

*"Pero ¿de qué nos valen tus sutiles*
*enseñanzas, hermoso gallo, si*
*el hombre no disfruta tan viriles*
*medios de gobernar?*
*Quiquiriquí."*

Y puestos en el propileo universitario, que viene a ser como el conjunto de sus visualizaciones meridianas, rechazan las barjuletas llenas de pan duro: el pan del trabajo que se gana abriendo el surco en las tierras de piedra viva. He aquí a unos glosomaniáticos que enlazan la indiada al tono de los alfandoques, como si quisieran expresar una permanencia silvestre en cada cauca americano, y aun opinan que por atavismos de raza les permanece hirsuta la balcarrota, no siendo en las mujeres muy limpio el tipoy ni sus otras ropas pesadas. Las tribus son lo que son aunque sus caciques se paseen en automóvil por las calles urbanas de la capital federal. Y así vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Porque también la grandeza de nuestro orgullo nos fortalece la miseria del rezo. Unamuno reza ante el Cristo de Velázquez con sus ojos pequeños, cansados de tanto ver. ¿Le habrá venido a Unamuno de esta meditación ante el Cristo su simpatía por los facciosos? La anatomía de la imagen crucificada le ofrece a don Miguel gran deleite estético. "Orejas:—Recatas tus orejas de nazareno bajo el velo virgen, pero ellas nos escuchan. Son dos rosas que se abren al rocío del lamento de nuestra nada." Lo más anatómico es aquello que se refiere a la aréola del ombligo, y al mismo ombligo del Cristo en cruz. "En tu vientre está la sombra— mancha de sol— por donde fué tu

cuerpo con el materno uncido . . . Esa mancha nos cuenta que naciste como al dolor nacemos los mortales". (1) Y es esto tan períclito que un glosador de las palabras unamúnicas exclama fuera de tono, como las voces átonas: "Nadie escriba imagen ni palabra después de las suyas, porque todas serán vocablo insípido y gárrulo decir."

¿Gárrulo decir? Quiere decirse, vaciedades, manchas de ombligo, ideas que se resienten al podrigorio como las sustancias enfermas. Por no cambiar el curso de la vida parca, hemos guardado la misma postura indecorosa, y cuando condenaron nuestra indecencia, afirmábamos que era de una a otra parte bien cubierto el perineo. Somos una raza sólida, ágil para las magnas empresas y heterogénea en el proceso medular. Toda nuestra cháchara se perfuma de ungüentos; mas aquel que ignora el sentido de la trasquilación no está preparado para la tonsura. Nunca los magnates dijeron la sabiduría del ganapán. Dijeron muchos sofismas, y hubo un hombre gordo que propuso como saludable la delgadez de los alfeñiques. ¡Gana el pan, ganapán! Eso fué delito entre los señores autoritarios. Pero si falta el ganapán no habrá despensa en casa del rico, ni modo de enriquecer al príncipe con los tributos de sus vasallos. Casi siempre nos convino el plano de Atenodoro, y éste dijo que no iría al convite de aquel que no se juzgase deudor en tenerle por convidado. El mismo provecho sacamos del sabio que del hombre zopenco. La verdad que pronuncia el débil nos repugna: la mentira que sugiere el gastrónomo conforma nuestro estómago a un ayuno reglamentario, y nada objetamos al cura que, desde el púlpito, recomienda la doctrina moral de los estoicos: "Aprende a aumentar la continencia, a enfrenar la demasía, a templar la gula, a mitigar la ira, a reverenciar la templanza."

Se gozaba en el bosque el frescor de la tierra húmeda. Era el sol en la ruta de su ocaso, y la lumbre tenía una llama calurosa como de fragua encendida. Fernando del Camino fué hacia un sendero que se abría en la espesura, y se distrajo con el eco de las cosas que hablaban en su silencio el misterio de la vida nemorosa. "Cantan los

---

(1) "En tu vientre, cual bloca de un escudo
de tu blanco en la diana está la sombra
—mancha de sol—por donde fué tu cuerpo
con el materno uncido". . . .

pájaros—se dijo. En verdad que no los he oído cantar hasta ahora. Hubo algunos pájaros famosos: el ave fénix de los egipcios, que trasladó el cadáver de su padre desde la Arabia al templo del sol. Alcyon—otro pájaro que fué mujer—, y, según la fábula, recorría los mares buscando a su marido Ceys, hijo del lucero Eosforo y tan hermoso como su padre, o sea, tan brillante como Lucifer. La vida hace su amor y de amor se rehace: en los irracionales es un instinto; en los hombres un anhelo vergonzoso, ajusticiado por la razón" . . . Sobre la hierba era un bulto de hombre y mujer, y allí el beso en las bocas y el acto en la obra. "No me han visto; no pueden verme porque están demasiado ocupados. Que gocen ahora los buenos instantes de su fuego, aunque luego lloren por el trabajo de los hijos que ella habrá parido con dolor". Mas un poco más lejos, a la salida del bosque, dos viejos respiraban el cefirillo perfumado de nardos, y todo su reposo estaba suspenso sobre las noticias que esparcía la radio de una casa vecina. "Ya los moros están en Toledo, victoriosos contra la muerte. Pronto las fuerzas nacionalistas, con el lábaro de la fe y la espada del caudillo, dominarán sobre el comunismo en toda la longura de España."

# EL CAUDILLO EN SU CABALLO




"Tomada es Babilonia, Bel es confundido, deshecho es Moradach" . . .

# EL CAUDILLO EN SU CABALLO

HAY un anuncio que especifica la comedia y aclara otros motivos someros. Los motivos del elenco para la popularidad de la grande obra.

"Teatro del Este".

Se entra a él por dos puertas frontales de mucho aparato y adorno. Un portero hace cortesías que pudieran distinguirlo como lacayo de categoría libre entre los lacayos esclavos de un rey.

Dentro, algunas candilejas dan reflejos metálicos tenuísimos; mas ello no basta para dirigirse derechamente hacia el asiento vacío que aun espera entre los otros casi ocupados. Con la oscuridad se remarcan movidas las escenificaciones, y éstas perderían su diseño si lámparas potentes iluminasen la sombra interior.

Los novios Jensen y Meana llegaron al "Teatro del Este" cuando los actores metían el deseo en el beso, sobre movimientos de tensión erótica. Eran almas anónimas en el mundo trasudado de la urbe cosmopolita. Para quienes sincopan su vida y le ponen refreno, no incumbe hablar las palabras que motivan sonrojo, porque

ellos dirán su coloquio como en boca de santos y nunca por pecado infeccioso u oración confundida. Muy pocos se esfuerzan en guardar la mejor compostura, y aquel que la guarda tiene el pensamiento en las distracciones venustas como cualquier rufián. Los ojos buscan la obra que se hace en secreto y al alma no repugna el escándalo. Esas almas que hablan sin que se enloden, según habló Hipólito a la nodriza suplicante. Motivado que toda escena erótica debe tener su truco. Los comediantes de la Lisistrata no han respetado la moral del público, y acaso fuese porque el público no tenía moral. Mirrina y Cinesias dialogaron en tono deslenguado. He aquí sus voces impuras: Mirrina:—Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi. Cinesias: —Amat me valde, satis apparit uxor. Entre la evasiva y el consentimiento plácidos, las voces dialogantes desgranan impudicicia, igual que si se irguiesen en la devoción al Priapo. Mirrina: —At ecastor mihi. Cinesias: —Profecto penis hicce uti Hercules hospicio excipietur. (1) Ya se presiente la rotura esperada, y, antes de llegar a ella, el comediógrafo suelda la escena a otros tránsitos dúctiles: "¿Dónde está el Senado ateniense? ¿Dónde están los pritáneos?". Sede del amor es el tálamo y éste no permite que se viole el secreto. A no ser que sea como en el caso de Giges, porque todo era para saciar los ojos en la carne desnuda de la mujer de Candaules. O como los libios giligamas, asbistas, nasamones, quienes cohabitaban al modo que suelen hacerlo las bestias—según Herodoto.

El cine de esta hora nocturnal era un reposo por las particularidades dolientes que contra Meana inmovilizaban los fascistas de Europa en sus estragos sobre España.

Y los ojos penetraron aquellas sombras del coliseo cuando la escena suspendía la tónica amorosa, dejándola en el aire.

—Se han retirado a la alcoba donde son la cama y el silencio. La vida, amiga mía, es eso y es un poco más que eso. Es eso que nos cierra el paso y que no se podría ver desde una butaca, porque Dios así lo ha querido.

—¡Dios! Tú no crees en los espectros ni en las formas vagabundas—me has dicho una vez. No respondas, que ya conozco tu respuesta. Todo lo hace la naturaleza, y Dios significa solamente

(1) No damos aquí la traducción castellana, porque las palabras latinas tienen un sentido muy obsceno, y lo muy obsceno repugna al arte.

una expresión de gratitud o de conformidad, de repulsión o de fe, según sean los labios que lo invocan.

—La naturaleza nunca adelanta la hora de nuestra tragedia, porque sus fuerzas permanecen del mismo modo por toda la eternidad... Pero aquí estorbamos al vecino, y aun hablando como en cuchicheo, no debemos hablar. Sean juntas nuestras manos y que de ellas se nos trasmita el calor de la sangre al ansia que produce el goce sobre las ilusiones de un derrame inofensivo.

Sin embargo, Meana no podía olvidar. Aun en el cine lo ocupaba el resultado de la lucha que se abría entre la república española y las fuerzas agresivas del fascio extranjero. Aquella misma mañana había leído un artículo que aludía al "medio hombre" y donde se hablaba de cierta semejanza entre monstruos, si bien el monstruo centauro tenía una elegancia de que escaseaba el caudillo, pues eran caballos de ascendencia divina que habitaron el Pelión, cuando también fué que dormían en lechos de marfil, escanciaban néctar y bailaban la danza pírrica sobre la tierra sagrada. El "medio hombre" —según decía el periódico—es candiota o tonel. Corto de andares, enarca el paso guerrero, y por la curvatura se le sale el antifonario, igual que si lo ofreciese a otro Onón, como aquel que enriqueció Cómodo para gratificar la enormidad de su miembro viril. Todo él pequeño—pequeño de alma y de cuerpo—exprime de tal manera su bulto que cuando le ponen por delante el tapiz, sólo le queda visible la cabeza, lo cual sería una oportunidad para el blanco si, desde sitio oculto, algún héroe de las milicias afinase la puntería contra la parte donde es más segura la muerte. Nunca el hermafrodita de la nueva España imperial se ha visto en la sombra de su estatura, que en viéndose así tan *espeto,* pasara la renuncia al asistente cercano con el fin de traer algún otro al Gobierno, que bien pudiera ser el moro más moro de Africa, o el cardenal de Toledo, cuyo africanismo lo capacita para los cargos de látigo y de espuela . . .

¡Felón, canalla! El periódico continuaba diciendo:—La sátira motivó el suicidio de algunas familias. Pero fué vano aguzarla contra el choricero, porque éste no se conmovía. "Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república y ensordecido a Atenas con tus clamores: tú, desde la altura del Poder, acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes".

La atención de Meana, apartándose del cine reconstruía ahora toda la prosa acusadora y era allí presente como si la viese en el texto.

El llanto más a propósito no viene de los derrotados, sino de los poetas. Cuando el derrotado llora, las lágrimas caen en la fosa abierta y se hacen lodo del mismo barro. El poeta llora sin lágrimas y su llanto es resurrección. ¿Dónde Babilonia se cubrió de pecado? Y fué así como el pecado movió la ira de Dios. "Denunciad en las gentes y haced saber; levantad también bandera; publicad y no encubráis: Tomada es Babilonia, Bel es confundido, deshecho es Moradach; confundidas son sus esculturas, quebrados son sus ídolos". Nuestros poetas no llevan laurel, sino cimitarra. El laurel afemina la figura, y nuestros poetas han de ser ahora más machos que ayer, porque ayer se afirmaba la revolución y hoy se pide que la revolución no sea estrangulada. Es la misma verdad que predicó León Felipe: "El poeta va recreando con su angustia viva las esencias vírgenes que matan al político y al eclesiástico; esos hombres que piensan que ganan todas las batallas y dejan siempre seco y muerto el problema primario de la justicia del hombre".

¿Cuál es el sentido de la justicia en el hombre? Un sofista griego la definió como aquello que conviene al más fuerte. La fortaleza está en los fuertes: la fortaleza de la mentira, que es su verdad. Al cobarde preocupa la muerte. Y no se consuela con vivir corto, sofocándolo la tristeza de aquello que no tiene remedio. Todos los días pasa sobre la misma derrota y no lo angustia el hambre, sino la pena de verse alguna vez en la fosa del difunto. Tampoco lo conturba su polidipsia perpetua. Sed tuvo el hombre cuando se cansó en el camino. Tres veces ha pasado por los sitios donde brotaban las fuentes y no quiso beber. Había un vallado que cerraba los huertos, y esto era indicio de que allí imperaba una ley. Tres huertos ha pasado el hombre sediento, y aun no se paró para recoger la frescura que venía de la tierra regada. "Pueden pensar que soy un ladrón y echarme el perro". Tú, cobarde, debes saltar la valla y beber el agua que brota libremente en el huerto. La propiedad es un robo, y nadie puede precisar quien fué el primero que se apoderó de la tierra diciendo que era suya. (1) Los judíos hicieron el espacio nómada

(1) Nosotros apuntamos esta idea sin solidificarnos con ella. La propiedad, si perdura, no debe servir para la explotación del hombre.

para sus tribus errantes, y con todo organizaban la propiedad como un imperativo categórico. "Si alguno hubiere dado a su prójimo asno, o buey, u oveja, o cualquier otro animal a guardar, y se muriere, o se perniquebrare, o fuere llevado sin verlo nadie; juramento de Jehová tendrá lugar entre ambos de que no echó su mano a la hacienda de su prójimo: y su dueño lo aceptará, y el otro no pagará". Jamás la penuria justifica la derrota. Anda, levanta tu voz y di a los opresores que promulgaron la ley inventando el suplicio: "Os hablé, malvados, como os habló el loco: Desconfiemos de todos los que sienten el instinto de castigar. Son gente de mala ralea y de mala casta: por sus ojos asoma el polizonte y el verdugo. Desconfiemos de todos los que hablan mucho de su justicia. No es sólo miel lo que falta a sus almas cuando se llaman a sí mismos los buenos y los justos; no los creáis; para ser fariseos no les falta más que el poder" . . .

—Rogelio, que me haces daño. Tu mano aprieta como unas tenazas y estoy sintiendo el dolor. Podemos salir al aire libre si ya te fatiga este espectáculo de la comedia. Algo ocurre en ti, porque tu mano es hierro encendido. Salgamos a la calle, que ya la comedia está a punto de perder su interés.

—No; quedémonos un instante. Esta mañana he aprendido una lección y me parece que era una mala lección. Dame otra vez tu mano, pues ella me fortalece y en ella siento el calor de la vida.

Hablaban inglés, silabeándolo muy bajo para que nadie aperciblese el secreto de la locución. Miss Jensen conocía algunas palabras del idioma español. Las pronunciaba dispersas, y sólo sabía coordinar "buenos días" y "buenas noches", con el aditamento del "sí, señor" y de otras frases cursis que llenan los métodos donde se consigna toda la estructura de una lengua—su vocabulario y su organización sintáxica—como si fuera un cocido de habas o un menú de alcachofas.

Miss Jensen y Meana entendían el amor no como aquello que se avergüenza de su fin, sino como el fin de una obra donde el acto se perpetúa para la materia y la racionalidad. Contraria a la doctrina epicúrea hubo cierta eufonía que equilibró los convencionalismos sociales y a eso se ha llamado la atracción de los espíritus. La doctrina del gargetto, si no fué exagerada, era a este tenor: "Yo ciertamen-

te no tengo cosa alguna por buena, excepto los deleites de Venus, las dulzuras que percibe el oído y las bellezas que goza la vista". Pero, a veces, el alma se aparta un poco de la carne, y ello será así cuando quiere descubrir las leyes de la conciencia universal. Suponed al hombre y a la mujer en el plano que lo eran Crates e Hiparchia, y que, al ser criticada la mujer, porque, cultivando la filosofía, deja la tela y la lanzadera, responda: "¿Te parece, por ventura, que he mirado poco por mí en dar a las ciencias el tiempo que había de gastar en la tela?" . . . Suponed esta elevación del genio en entrambos cónyuges y los veréis coincidentes en la sabiduría, de donde coincidirán en el amor que es más erótico y menos pornográfico. Meana era hombre de muy variadas lecturas y había dicho a Miss Jensen que se ama el deleite en cuanto es ausencia de todo dolor, pues según los mismos epicúreos, el término y fin de la magnitud de los deleites es sustraerse de todo cuanto duela. "En donde hubiera cosa deleitable, no la hay que duela, o aflija, o entrambas cosas". Aquel espectáculo del cine le iluminaba el recuerdo de otros espectáculos similares, y quizás todas las mujeres coincidían en el deseo de Simona, cuando Simona y Urbano estaban con las bocas juntas, sin decirse palabra. "Tengo un antojo — dijo Simona, rompiendo el espasmo de las bocas juntas—. Un antojo, sí, un hijo de mi carne, no un hijo de mis sueños". ¡La carne! . . . La vida! . . . ¡La reproducción de la vida por el deleite de la carne que, en un momento dado, se atosiga de lujuria para hacer su obra milagrosa! Y en todos igual, porque a todos nos posee el mismo proceso y nos traga la misma vorágine.

Había recato en las palabras del español Meana y de la americana Jensen: el recato de aquello que en sí no se ofende, a menos que lo oigan personas de exagerada compostura monástica y de escrúpulos casuísticos.

Continuó la película abriéndose para las escenas versátiles, y, al fin, se cerraba en un desenlace ingenuo. Era como si la sombra cubriese la perspectiva de luz. Al pronto se inició la última tanda con las noticias gráficas del servicio internacional.

Y apareció . . . Franco.

Entre una escolta guerrera de uniformes fascistas, el caudillo extendía su brazo y saludaba al mundo. Les descubrió su misión: "Yo

vengo como enviado de Dios para salvar los intereses del Santo Padre, el prestigio de las jerarquías y la honra de los españoles. Yo vengo para aniquilar el comunismo, del mismo modo que antaño fueron aniquiladas las hordas del Islam por la voluntad del invicto don Juan de Austria" . . .

Meana no pudo más. Su ira estalló en palabras impetuosas. ¡Asesino! ¡Cobarde! ¡Traidor! Las gentes se volvieron hacia el loco, pero no lo veían. El loco, entre las sombras, salió del lugar, que fué como salir del peligro, y en la calle irguió el puño contra el espacio libre.

Suspiró Miss Jensen:

—¡Qué suerte, que no nos han arrestado! ¡Aun no se me fué el sobresalto! How lucky that they did not arrest us! I'am still frightened!



# HORARIO DE UN TRANSEUNTE



"La pobreza era en él, y en sus seis hermanos, y en su padre, el carpintero, y en su madre, la excriada de servicio, seca o enjuta" . . .

# HORARIO DE UN TRANSEUNTE

HAN sonado los primeros tiros de la guerra civil. Es en España la discordia. Así lo anuncian los vendedores de periódicos que pregonan la edición final de la tarde. Absortos pasan los peatones sin interesarse mucho en el pregonero. Un español oye la voz y compra el número donde se reseña esta gran tragedia contra la república. Se llama el español Filomeno Manrique. Va camino del Correo y lleva un giro para la Espasa Calpe por valor de cuarenta pesetas: giro que debe certificar, aunque no se responda de su extravío. Todos los libros que requiere los ha detallado comercialmente. Uno de Unamuno: "El Cristo de Velázquez". Otro de Marañón: "Raiz y decoro de España". Dos de Valle Inclán: "Romance de lobos" y "Cuento de abril". Otros dos de autores diferentes, en cuya selección hubo, por su parte, dudas y vacilaciones, triunfando, al fin, "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez y "El doctor inverosímil" de Gómez de la Serna. Algo caviló sobre la "Oceanografía del tedio, historia de las esparragueras" con que Eugenio D'Ors aliña sus pistos literarios, y como antes había comido gran cantidad de espárragos en la mesa de don Ricardo León, decidióse

por un ayuno de hortalizas y así las esparragueras oceanográficas se quedaron en el mar, donde aran los que no tienen tierra.

A Filomeno se le había ido el recuerdo de España y sólo conservaba de ella la memoria del último dolor. ¿Qué será en los otros la memoria del último dolor? Ahora le recordaban la tierra nativa sobre un pregón de angustia y de sangre. Irguiéndose, pues, sobre el pasado, vió cómo en su mocedad anduvo vergonzosa la pobreza, y ya no se le fué la idea de aquellos calcetines remendados, ni de los zapatos rotos, hasta el enfranque comidos, porque no había zapatero que fiase unas medias suelas a quienes nunca tuvieron un ochavo de sobra. La pobreza era en él y en sus seis hermanos, y en su padre, el carpintero, y en su madre, la excriada de servicio, seca o enjuta, con los pechos rasos, incapaces de la gota rosada que de los suyos sacó otra madre, doña Micaela. Cuando se examinaba a sí mismo por la correlación de ideas prudentes, era muy buída la pena de su derrota pretérita; porque le faltó experiencia de oficio y fué harto de bodrio, envidiando a los que pagaban la parranda con el dinero del pueblo, contra los afanes del trabajo productivo. Y aun al procuro de "no vivir como zánganos" se propasaron los burócratas a laborar dos horas del día, pausados en la charla murmuradora, de donde resulta que no hay ventajas para el pobre, pues los granos se los llevó el ladrón mucho antes de madurar la espiga en el agro rural. Una cosa era fija en el radio de la ciudad: la indolencia de sus moradores. Había la excepción entre ellos, por cuanto trabajaban algunos que viven míseramente a expensas de un salario miserable, no más bajo de un real, ni más alto de una peseta. Muy a lo vivo resalta el paso de las señoritas callejeras. Por la mañana hacia la iglesia, con el rosario y el libro de las preces. En la tarde, si el tiempo era soleado y sin el viento frío del norte, paseaban la muralla a caza de novio militar, cimbreando las caderas como en cachondeo y moviendo el paso como en cernidillo. No se despreciaba otra clase de novio siempre que fuese un notario público, un diputado provincial, un secretario de Ayuntamiento, un catedrático del Instituto, un jefe de Estadística, un alto empleado del Banco de España. Mas sería menester que el novio o pretendiente acreditase su alcurnia, porque si "era lodo de los bajos caminos", entonces . . . todo trato significaba vilipendio y las calabazas devenían seguras. Como el cielo se

hace lluvia muchos días del año, las señoritas se dilatan detrás de los cristales, con los ojos en la acera de enfrente, por donde no pasa alma viva. Así han de confesar a menudo los pecados, ya que, estando ociosas, capacitan el pensamiento para la lujuria, y son en ellas los malos deseos, por lo cual el diablo les ofrece la manzana de la revelación con el propósito de que muerdan su pulpa. "Confiésome, Padre, de tener tentaciones continuas. Las mismas tentaciones que acometieron a las santas y a las pecadoras sobre los caminos de la sensualidad. ¡Oh Padre, si yo tuviera madera de monja! . . . ¡si fuera como Santa Teresa de Jesús!" . . . Casi nunca hay consuelo para un alma atormentada; pero la Iglesia, que ha resuelto todos los casos, también ha resuelto éste de las mujeres con mucha sed de amor. "Hija mía, hija mía, la misericordia de Dios es muy grande, y nunca nos abandona su gracia, aun en las flojas acometidas del demonio. Si el trance persiste y tu flujo no cesa, pasa por mi casa donde hallarás el consuelo que necesitas. Otras acudieron con la misma angustia y fueron consoladas . Pasa por mi casa al tiempo en que estoy en ella, que suele ser después de las horas canónicas, hacia las cinco si hay lluvia, hacia las siete si se ha despejado el cielo y calienta el sol. La misericordia de Dios es muy grande y yo puedo rebajar tu calentura. *Ego te absolvo*" (1). No trabajan los zánganos del clero ni los zánganos del señorío, y cuando no se trabaja, el demonio está siempre en acción. He aquí por qué España es un país de demonios y de muchos pecadores recalcitrantes. Pecadores que escarnecen la honra del Cristo, la pureza de la Virgen María, la presencia de Todos los Santos, y luego se confiesan del pecado para reincidir en lo mismo con mayores escándalos y provocaciones. Y entre aquellos que no trabajan, o que trabajan en la Iglesia, en el Parlamento, en la Dictadura, en la Casa del Pueblo, persiste la idea de dar consejos al hombre de la fábrica y del taller. ¿No habéis oído hablar a Juan de Mairena? Pues Juan de Mairena os repite el discurso con la indecencia de su lengua larga: "Lo necesario es trabajar; de ningún modo la coincidencia del trabajo con lo vocación del

(1) Estas palabras, casi en la misma forma en que aquí astán escritas, fueron dichas en confesión a una hermana mía, muchacha de dieciséis años de edad y plena de juventud hermosa, por el magistral don Juan Manuel María Carlón Aláez. Probablemente mi hermana se confesó de "cosas menudas" y el confesor la consoló a su modo. Pero el caso fué que mi hermana no ha vuelto a entrar en la iglesia para que ningún otro cura la invitase a tomar chocolate después de la comunión.

que lo realiza. Y es este trabajo necesario el que debe repartirse por igual entre todos, para que todos puedan disponer del tiempo preciso y la energía necesaria que requieren las actividades libres, ni superfluas ni parasitarias, merced a las cuales el hombre se aventaja a los otros primates."

Era la hora luciente, y las calles tenían el bullicio de la actividad americana, tan provechosa como fecunda. Filomeno oía la voz que anunciaba el drama hispano: "The civil war in Spain". Por primera vez en muchos años recordaba lúcida la tierra donde había nacido, y que lo echó fuera de sí, porque nunca le dió trabajo, ni ropa que vestir, ni calzado, ni alimento. "Sea para oprobio de ellos y no para mí ofensa, el olvido en que tuve el cacho de suelo que recibió el primer aliento de mi natividad, cuando en mi madre habrá sido doloroso el parto y empezaba mi vida a ser un futuro dolor". Todo lo que le enseñaron estaba incluído en aquellos sermones ásperos, dichos para hacer la tristeza del alma y el aniquilamiento de los deseos espontáneos. Una vez dijeron los sacerdotes que la moral del hombre no es la moral del perro, sino un juicio que valora la conciencia limpia, transparente como las aguas de un estanque. Antes de que se llegase a las penitencias de confesionario, ya Séneca recomendaba los dolores que nos envía la Providencia, y si sentenció dogmáticamente fué por los motivos de una introversión estoica, con lo cual pudo saberse que "el vivir siempre en felicidad, y el pasar la vida sin algún remordimiento del ánimo es ignorar una parte de la naturaleza". Por eso vino a seguida la consiguiente pregunta y su inmediata respuesta: "¿Eres grande varón? ¿De dónde me consta si no te ha dado la fortuna ocasión de ostentar tu virtud?" Estando la abundancia en los ricos, a mí me falta el pan—arguyó Filomeno—, y me piden que trabaje gratis para que se me agradezca el esfuerzo. Aquel que menos trabaja es el más favorecido con la cosecha. El boquimuelle le da genuflexiones y aplausos el redil. Fué que nos hemos desprendido del buen criterio y así ocurrió que el mal estuviese sobre su obra, y cada uno en el exorcismo del hisopo y del humo sacro. Cuando Proudhon se sublima en la verdad revolucionaria, Donoso Cortés se levanta contra él, lleno de ira santa y de fanático celo. "Jamás un mortal ha pecado tan gravemente contra la humanidad y contra el Espíritu Santo. Cuando la cuerda de su corazón resue-

na, lo hace siempre con un sentido elocuente y vigoroso. No, no es él quien habla entonces; es otro que está en él, que lo tienta, que lo posee y que lo arroja jadeante en sus convulsiones epilépticas; es otro que es más que él, y que mantiene con él una conversación secreta".

Alza, que ya tu mano bendice las espinas del sendero largo, al modo que lo hizo Periguna, ocultándose de Teseo. Para unir dos líneas opuestas hay que trabarlas con aquella geometría que cavilò Platón, aspada, por ciertos puntos, como la antisigma, en la cual dos cláusulas hacen una misma curvatura epicena. Los caminos de España están destrabados, y la inmundicia es patrimonio de las mismas clases privilegiadas. Sólo los poseídos del diablo toman el baño que a todo hombre libre ofrece la tierra madre, alimentadora de corderos y de víboras. Por el estatismo religioso se llega a la modorra con que ciertas razas caracterizan su pasado histórico, aunque los juglares nos canten la gesta del Cid y los americanistas el descubrimiento de América. "Madrid en los días de Carlos IV. (Esto lo escribe Alcalá Galiano en sus memorias). Las fachadas de los edificios sucias, con las puertas y ventanas mal pintadas y renovada en ellas la pintura tan de tarde en tarde, que tal vez habría presentado mejor aspecto la madera dejada en su color primitivo. Pésimo el empedrado. En los zaguanes o portales de todas las casas estaba el basurero, y al traer a él los sucios materiales que lo llenaban, buena parte de ellos se quedaba esparcida por las escaleras". Todo andaba por allá como por los abandonos de las provincias remotas. Lugo igual que Madrid y Madrid igual que Soria. Porque muchas ciudades ni aun conocen las alcantarillas, y donde hay río no se bañan en las aguas del río. Una ciudad milenaria (¿la habéis visto?), con las piedras de su muralla intactas, se sube al ruido de sus campanarios y a la bruma de su cielo negro . . .

—Cuando el dolor de otros penetró en mi dolor, me dí a la liberación de mí mismo, y vine a pensar en los mundos sin cadenas, decidiéndome a buscarlos. Tan alto empeño de promoverme hacia las formas democráticas, me puso en la alternativa de contradecir todos los sistemas globales, y ningún ismo absorbió mi personalidad para privarme de lo que me debo como hombre de metódico numen. Pero ¿dónde está la esperanza del hombre? Si nos asaltase la anarquía

¿podría sustanciar ella la ausencia de todo gobierno? Las doctrinas obcecadas no son una solución, sino un retraso. Quienes nos hablaron de la virtud, nunca debieron haber practicado el vicio. Entonces hubo un iconoclasta que dijo que una virtud vale más que dos, mientras otros distinguían como saludable un mayor número de virtudes. En política no gana el que mucho reza; al contrario, gana el que menos se confiesa. Fué así como un filósofo deslindó los sentidos de la virtud: "La virtud es lo mejor de los estados; una condición de un ser mortal, digna de elogio por sí misma; una disposición que hace llamar bueno al que la posee; una justa e igual observación de las leyes, conjunto de cualidades que da a quien lo goza reputación; costumbre práctica de la equidad". Si los sistemas políticos hacen los gobiernos, éstos ignoran el sistema cuando se ven colmados de poder. Para todo lo que se piensa hacer conviene consultar la prudencia. Es la prudencia "aquello que da por sí mismo la felicidad; la ciencia del bien y del mal; el arte de discernir lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer". Maquiavelo pensaba de otro modo y sus prácticas de la prudencia se fundaron en la simulación de la virtud, ya que la virtud estorba. Mas los teorizantes sueñan, y, soñando, equivocan la realidad. En el instante de sentirse líderes, simulan arrancar la llaga que se les abre en la parte menos visible del predominio canceroso, y ofrecen como panacea la mentira de su propia fe.

Sobre los medios de la acera paróse Filomeno a tomar aliento, fatigado del calor. Alguien, desde un automóvil, lo había saludado con la mano en alto. ¿Quién era? Siguió caminando otras cuatro calles y, al llegar a su casa, se bañó. El agua fría le puso ágil la cogitación. Luego, en el reposo, meditó acerca de las tiranías, luyéndolas a la máxima de Publio Siro: "el malvado retrasa el castigo, pero no escapa de él." Unos instantes se quedó en suspenso, ajeno a la tragedia humana. Después abrió un libro nuevo, y se puso en su lectura: "El fascismo se movilizará contra la libertad política, precisamente porque sabe que ésta no faltará nunca a la postre y en serio, sino que está ahí, irremediablemente, en la substancia misma de la vida europea, y que en ella se recaerá siempre que de verdad haga falta, a la hora de la seriedad" . . .

Era "La rebelión de las masas" de Ortega y Gasset, pleno de pleni-

tud sobre los experimentos de la teoría, alto como la cima del pensamiento que se escapa de sí mismo y no tropieza con los pobres del mundo. Ven a los pobres cuantos sintieron la pobreza, sin que esto quiera decir que el pobre transformado en rico cumpla con los deberes que le exige la justicia. Es el caso de Segismundo olvidándose de la torre cuando en la vida del sueño presiente que puede ser verdad lo que acaba de soñar.

*"Pues vil, infame, traidor,*
*¿qué tengo más que saber,*
*después de saber quien soy,*
*para mostrar desde hoy*
*mi soberbia y mi poder?"*

Si, es el caso de Segismundo, y los pobres que se descubren príncipes ya no realizan en sí mismos aquello que fué sentencia pulcra en Epicteto: "Advierte que vale más morir de hambre y conservar la grandeza de ánimo y la tranquilidad del espíritu hasta los postreros suspiros, que vivir en la abundancia con un alma llena de inquietud y de tormento". Como se olvida tan bella lección, todos los tiranos producen la discordia, y así las guerras llenarán el "espacio vital" que ahora buscan los fascistas, incompletos de robo y de crimen. Filomeno aun meditó un rato angustiosamente.

—El imperialismo hace las guerras, y a cada acto agresor corresponde un robo inmediato para prestigiar la soberanía de los Estados totalitarios. Porque esta divinización del Estado no la trajo el fascio como novedad del siglo, sino que se afirmó entre todos los pueblos de raigambre troglodita, feroces y sanguinarios.

—Yo diré que lo totalitario es lo imperial, y no hay un solo gesto hitleriano que no se traduzca en brutalidad imperialista y en rencor implacable.

—Así Ciro. Así Jerges. Así Darío. Así todos, desde Alejandro a Chengis-Jan, la gran fuerza nómada, ignorante de letras y de ciencia, que avanzó hasta los contrafuertes del Cáucaso con la insignia de los imperios mongólicos.

Gobernaron por las leyes Licurgo y Solón, y la democracia fué un privilegio de Atenas. En Roma tiene el pueblo una autoridad ficti-

cia, y su voz no es voz, porque se la llevan los patricios, o los dictadores, o los tribunos, acostumbrados a las oraciones largas para hacer más forense el ruido.

—Los totalitarios basan la sociedad sobre la guerra y adaptan a ese fin la estructura económica de las naciones. No usan el capital imperial para el progreso, sino para el dominio. La política de Bélgica en el Congo fué deplorable, y en unos pocos años se exterminaron veinte millones de nativos. Pronto las tierras fértiles se transformaron en un desierto, y entonces comprendieron los capataces de esclavos que los explotadores del hombre deben conservar y cuidar la carne mercenaria si se quiere recoger dividendos. Inglaterra tomó de aquí su lección y sus colonias procedieron a una política sabia. Los clarines nazis suenan como las trompetas de las armas agresoras, y su imperio surge sobre muy grandes corrientes de sangre. ¿Quién transfiere a los ejércitos una fuerza espiritual y revolucionaria? No creo en vosotros cuando decís que las legiones romanas han impedido más batallas que las que han dado, porque los pueblos incorporados fueron belicosos y no toleraban fácilmente la esclavitud. No sólo las huestes de Arminio avanzan contra Varo y lo derrotan, sino que el mismo Yugurta está a punto de ganar la "ciudad venal y corrompida". Las guerras se acabarían si los tiranos se pusiesen de acuerdo para humanizarse en su cólera y devolver a los Estados las formas democráticas. Esto quizás no bastase. Por lo menos en la hora de ahora una democracia marxista abarcaría de lleno el problema, y en ella cabrían muchas cosas, hasta el concepto anárquico de la expropiación. Todas las generaciones nuevas deben conocer los oficios, o el valor de los oficios . Una vez habló Kropotkin y dijo, refiriéndose a los escritores: "Hoy sabe el escritor que hay una bestia de carga, el obrero, a quien por tres o cuatro pesetas diarias puede confiar la impresión de sus libros; pero no se cuida de saber qué es una imprenta. Si el cajista se envenena con el polvillo del plomo, si el muchacho que da al volante de la máquina muere de anemia ¿no hay otros miserables para reemplazarlos?" Pero el oficio es la conquista del pan, a cuyos fines están ajenos los profesionales de las letras, aunque ellos también produzcan y se ganen el pan. Sucede como en los líderes que, amando la libertad —según dicen—, ignoran la posición de aquellos que trabajan la

tierra y pagan los tributos. La patria es la categoría de su poder. "Mirad—insinuaba Arminio a sus vasallos—que si amáis más a la antigua patria y a sus propios padres que a los señores nuevos, a las nuevas colonias, seguid antes a Arminio para defender su libertad que a Segesto, autor de una infame traición". Otra vez os digo que no creo en vosotros cuando me afirmáis que la fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual, y que, no siendo fuerza de razón, tiene, sin embargo, "un carácter predominantemente persuasivo".

Filomeno hizo otro receso en sus cavilaciones y se distrajo con la lectura de un poema escrito por Trilussa:

*"Mientras leía yo el tomo postrero*
*de la Historia de Italia, alrededor*
*de la luz un mosquito majadero*
*tocaba la trompeta con ardor.*
*Cuando empezó a zumbar no lo espanté,*
*pero en seguida, viéndolo en un tris*
*de hincarme el aguijón en la nariz*
*tomé el libro y de golpe lo cerré.*

*Volví a abrirlo con cargo de conciencia*
*viendo aplastado bajo el golpe aleve*
*al insecto, en el folio* 109,
*entre las guerras de la independencia.*

*Tanto es así que con piadoso acuerdo,*
*al margen de la página mortuoria*
*escribí este epitafio en su recuerdo:*
*"Aquí yace un mosquito impertinente*
*que sucumbió sin gloria,*
*pero tocando dianas diestramente*
*para entrar en la Historia."*

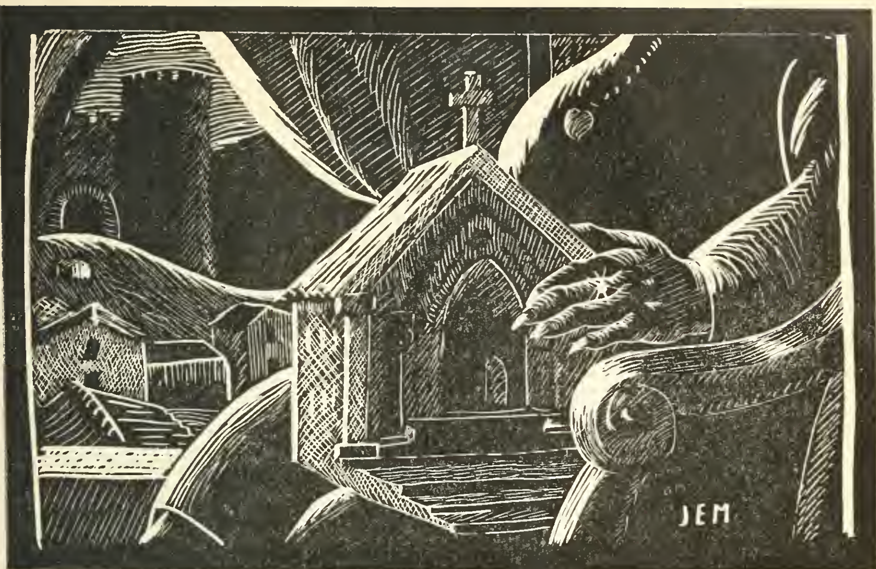
No pica con más saña el bigüí, la mosca de todas las latitudes donde hay ponzoña y carroña. Este mosquito de Trilussa puede ser el mosquito de España, el cual entra aplastado en la Historia, sale

de ella, y vuelve a entrar del mismo modo, como en las transmigraciones periódicas. Finalizó así Filomeno antes de comer la sopa:

—Los hombres sabios conocen el rumor de la sabiduría, pero no los movimientos de las multitudes atormentadas. Me parece que la verdad está en mí mismo, y hay algunos que conocen mi propia verdad. Nunca consultéis al adivino, porque el que consulta ignora. Desde aquí os transfiero la doctrina de otro, y es que "cuando tú consultas al adivino, sin duda ignoras lo que ha de suceder; mas para saber si lo que ha de suceder será bueno o malo, no necesitas de adivino; que ya lo sabes si eres filósofo". España no será de los traidores que la venden. Será de los que la invadieron para ensayar la esclavitud del mundo.



# EL ASCENSO DE UN LABRADOR




"Sale Nicolás Rivereño de la aldea podrida y va al seminario para estudiar el latín y las humanidades en que se ensayan los primeros pasos del neófito".

# EL ASCENSO DE UN LABRADOR

ME llamo Andrés del Cipayo, y soy pequeño de estatura, por cuya razón me subo a las piedras cuando visualizo el espectáculo del mundo situado en frente de mí.

He leído mis libros escolares y de ellos saqué poco en limpio, porque sus doctrinas tenían la rutina por método, de manera que no enseñaban la especulación libre, sino el dogma tacaño que elimina la herejía íntegramente. Y mis libros decían que así había hablado Bossuet: "Lo que varía no es la verdad, sino la falsedad; es así que vosotros variais; luego no sois la verdad". Con esto quedaba proscrito el protestantismo y muy levantada la antorcha de la fe. *Si quis dixerit . . .*

Del seminario guardo tristes recuerdos: el aniquilamiento total de mi persona y el peso de aquellas cóleras que nunca menguaron el apetito irascible de los curas preceptores. En la emigración he practicado la pluma literaria, ansioso de un renombre que me diese prestigio entre todos, y sólo logré la burla de los circunstantes, quienes me choteaban como si fuera el esperpento de las cucañas y el

papamoscas de los caminos. Era que obtuve plenitud de ignorancia sobre el valor de mí mismo, por donde resulté esporádico y contradictorio, prevaleciendo, a falta de ciencia y de juicio analítico, el lugar común, que es el asidero de los coartados. Por eso mi mujer se ha ganado el pan que alimentó mi vida, y jamás se cansó de socorrerme, aun tal vez sospechando que yo la amaba meramente con el instinto carnal. Los que duden de mi carácter recuerden que fuí seminarista, y así comprenderán que si el seminario hizo mi humillación, también hizo mis fracasos. La culpa no debe de estar toda en los que nacemos defectuosos: estará muy profunda en los que no saben educar. Algunos me preguntaron: *"what do you do for a living?"* Y respondíles taciturno: "escribo en los periódicos y éstos me mandan el cheque." Luego pensaba que era superior a la plebe porque podía citar de memoria estas palabras de Platón: "Cada cosa es destruída por el mal y por el principio de corrupción que ella lleva consigo; de suerte que si este mal no tiene fuerza para destruirla, no hay cosa que sea capaz de hacerlo: porque el bien no puede producir este efecto en orden a cualquier cosa que sea, ni tampoco lo que no es ni bien ni mal."

Y ahora me autorizo a decir que colaboré en el "Apostadero", sin congrua alguna. Para la hipotiposis del hombre que hizo el estrago, su director me escribió una carta larguísima, en la cual también atacaba a la república burguesa y mal avenida con la libertad del hombre. La república estaba fuera de la justicia. Sus líderes se habían vendido al oro de Moscú, traicionando todos los principios, aun aquellos sobre que se sustenta la soberanía de las naciones fuertes. Pero . . . *el otro* era como un exterminador de plagas y no lo dominaba ni el interés, ni la ira, ni el deleite, ni el dolor. Logró este estado perfecto después de haber leído la admonición a Demónico, y ya nunca pudo olvidar que el interés se domina si se cuenta por ganancia aquello que da estimación y no aquello que aumenta el caudal; en cuanto a la ira si se es tal para con los que ofenden, cual se desea que sean para con uno mismo aquellos a quienes se ha ofendido; en cuanto a los placeres si llegamos a entender cuán fuera de razón es que el mismo que domina a sus esclavos sea esclavo de los deleites, y, por último, se domina el dolor si se mira el infortunio y desgracia de los demás, y nos acordamos de que todos hemos naci-

do hombres. (1) Todo el "Apostadero" fué un epinicio a la España que renacía en el nacionalismo sindical, y el caudillo elevaba su majestad prócer como la esperanza de una aurora nueva sobre las sombras de un pasado muerto. Cuando Pepín oyó mi protesta, se ha servido escribirme estas bagualadas que transcribo para la complacencia de los ciudadanos fascistas:

*"Permítame usted que el juicio que usted me aplique a mí, que vi las cosas, yo se lo traslade a usted, que no las vió, y aun se imagina inocentemente que fueron los nacionalistas quienes incendiaron a Guernica, después de haber rectificado esta opinión incluso la misma prensa inglesa. Como se imagina, inocentemente también, que los primeros extranjeros que entraron en España fueron los que vinieron al lado de los nacionalistas, por ignorar que cuando Franco se encontró en Madrid con las brigadas internacionales, aun no llevaba consigo más extranjeros que el puñadito que figuraba, desde siempre, en el Tercio, y que uno de los motivos de este gran movimiento militar fué el no poderse gritar en España: ¡Viva España!"*

Corresponde a Franco la razón, y no sólo la razón, sino la batalla con que se inicia el gran movimiento renovador. El matará, aun sin ser iracundo, todas las bestias de la anarquía y del comunismo, y luego cubrirá los cadáveres con el manto, porque, como en la tragedia griega, no están para que se les pueda ver. ¡Oh piadosísimo caudillo! ¡Oh criatura excepcional, predestinada por Dios para la destrucción de las fuerzas satánicas, tan activas entre los católicos españoles! Contigo está el director del "Apostadero", y ahora te invoca como invocó Orestes en las Coéforas: "Yo te invoco, Franco, Franco, Franco. Franco sé con los que te aman."

Nunca la aldea podrida tuvo sano el corazón. Algunos labradores fueron ágiles para intuir una vida más rellena de todas las cosas necesarias, y éstos organizaron las cooperativas agrarias contra los monopolios del latifundista, que es el Poder central. También han

(1) Con estos elogios pretendía Pepín, director hereditario del "Apostadero", elevar humanitariamente la figura del caudillo, sin pensar en la ofensa que infería a Isócrates—cuya era la cita—, enemigo de los tiranos y cáustico en dar consejos a los reyes. Además, es dudoso que Franco, siendo, como es, gran ignorante, conociese las palabras del pulcro orador ateniense.

entendido la limpieza del corazón, aun sin apercibirla con la perspicacia de Gracián, y he aquí lo que se supo sobre la víscera que nos envía por todo el cuerpo la música de la sangre: "Su lugar es el medio, porque ha de estar en un medio el querer . . . Tiene alas no tanto para que lo refresquen, cuanto para que lo realcen. Nunca es traidor; necio sí, pues previene antes las desdichas que las felicidades. Pero lo que más es de estimar en él, que no engendre excrementos como las otras partes del cuerpo, porque nació con obligaciones de limpieza y mucho más en lo formal del vivir" . . . ¿Dónde se oyeron predicar palabras tan sabias? La aldea podrida no oye los altos sermones, y cuando los oye, no los entiende. El padre de Pepín, Nicolás Rivereño, y, por añadidura, primer conde del Rivereño, según la pragmática otorgada por Alfonso XIII, anduvo muy metido en la boñiga común, y la luz le vino del campanario y no del monte. Hay allí montes que miran al sol naciente, como si buscaran el iris de la primera lumbre. Subirse a ellos sería, en cierto modo, descubrir la ruta del humano linaje, las razas que nos precedieron, sufridoras de una misma fatiga y de un mismo cansancio. ¿Acaso no dan los montes toda su revelación? Los montes son más arriba de la tierra, cerca del aire puro y del espacio abierto. Pero no nos pongamos arriba para crear la fe. La fe miente y cada uno necesita la fortaleza de su verdad. Muchos pegan el oído a la tierra, y así creen percibir lo que pasa en la altura. Son como los poetas de la pendiente solitaria, los cuales—decía el discípulo—, con el oído en acecho, creen que aprenden algo de lo que pasa entre el cielo y el abismo. Contra la naturaleza se alzan los propagadores del mito, y sobre el monte gozan cuantos piensan que en las cimas está el ara santa de Dios. El mito se refunde en las fuerzas soñadas y entonces se hace evidente el sueño de la divinización. Sonoramente llegan los poetas al prado de Baco, cuando Antenoe, Agave e Ion matan los toros fuertes. Los poetas dirán la mentira de su fe: "Una de ellas tomó su tirso e hirió una piedra, de la cual brotó clara corriente; otra dejó caer la férula y el dios hizo salir una fuente de vino y las que apetecían leche entreabrían la tierra con los dedos de sus pies, y la tenían abundante". . . . Metiéndose en la sumidad del barro, muy adentro en la sumidad, es posible sentir el calor del infierno bajo los pies. ¿Y dónde está el infierno? En el ombligo del mundo. La cum-

bre nos da la razón de la altura, y el valle parece más bajo si todo lo ocupa la torre de la iglesia sobre la sombra de la rectoral.

2

Sale Nicolás Rivereño de la aldea podrida y va al seminario para estudiar el latín y las humanidades en que se ensayan los primeros pasos del neófito. Es todavía un niño. Para él Dios es lo que no se ve, lo que está en todas partes, en la substancialidad del sacramento, bajo los accidentes del pan. Nicolás cree. Y porque cree, reza. Jesús mandó rezar. Era una vez en que prometía la recompensa a todos los que hacen la obra en secreto. No se leen los Evangelios a los católicos y los católicos no saben. Pero Jesús enseñó la manera de orar. "Mas tú, cuando oras, entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, reza a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público. Y orando no seáis prolijos, como los gentiles; que piensan que por su parlería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos" . . . Todo es prolijo en la catolicidad: prolijas las ceremonias, prolijo el rito diario, prolijas las letanías, prolijas las procesiones, prolijo el sermón, prolija la misa, prolija la maraña del culto. Oraba el niño Nicolás, y mientras fué niño, también fué suave su oración. Cuatro años de vida disciplinada lo hicieron dudar de la misericordia divina, y cotidianamente recordó aquellas palabras que un compañero le dijo a raiz de los ejercicios espirituales que se celebraban en la capilla del seminario los primeros días del curso:

—Esto es el clericalismo en acción: brutal, necio, idólatra. Que Dios lo confunda, porque, a este paso, yo no creo en la existencia de Dios.

Así ascendió el niño hasta la puericia, y como sus genitales eran reacios a la castidad, prefirió vivir la vida laica, renunciando a la carrera. Empieza ahora su vivir amargo, porque el trabajo, que debe ennoblecer a todos, rebaja la dignidad del hombre si éste aspiraba a vivir de "ocioso" con la adquisición de un título universitario o con las órdenes del cura. El hijo biógrafo ha escrito a este respecto:

"Aquel muchacho, cuyas manos finas no hicieron otra cosa en su vida que hojear libros y escribir lecciones, había salido una mañana de otoño asturiano a trabajar en el campo. Sus padres quisieron probar si su determinación era un capricho o un propósito firme. Y él, decidido a no dar su brazo a torcer, se entregaba a las rudas faenas de una casa de labranza con el mismo entusiasmo con que antes devoraba cuantos libros caían en sus manos." El contacto con la tierra nos hace dueños de nosotros mismos. Ningún hombre se eleva más que cuando abre el surco y siembra en su cavidad la semilla del pan. Por el alimento cada cual se sostiene en la sangre y quien carece de pan perece. Los frutos de la tierra son la oblata para el altar. ¿O tal vez sabéis menos que lo que sabía don Cástulo cuando atajaba las respuestas de la loca? "El pan es sagrado y consagrado; el hilo es sagrado y consagrado; el vino es sagrado y consagrado". Nicolás Rivereño hacía la obra del pan y con esto hacía el fundamento de la obra de la consagración. Era más sacerdote que el cura, porque sus manos callosas tenían menos pecado que las manos finas y así se lograba mejor la ofrenda a Dios. Aquella ofrenda que no debe ser faena desde las tres y media de la mañana hasta la hora en que anochece. Y puesto que a todos cansa una jornada larga, no hay razón para que el hijo biógrafo disculpe el trabajo en el labrador y lo censure en el seminarista, no acostumbrado a amontonar la yerba en los balagares. Cínicamente malvado, pronuncia esta ignominia que desgarra el alma como un dolor: "Faena que para un campesino es casi "una diversión" y que para él resultaba un tormento insoportable".

3

Y se fué a la guerra carlista. E hizo proezas, según refiere el hijo en un libro de memorias. Todo su afán fueron la espada y la pluma, al modo que lo fueron en los grandes capitanes del siglo. Exaltándolo como un héroe leyendario, dice un su amigo en la prefación del libro: "La vida de don Nicolás lleva por sí sola tan intenso cariz de novela, que su héroe parece una creación de la fantasía, un personaje de fábula. Como si hubiese salido del mismo marco que los Hernán Cortés, bachilleres en arte y capitanes conquistadores, y los

Alonso de Ercilla que manejaba "ora la espada, ora la pluma". Los lacayos tienen la sensibilidad de su servidumbre, y adulan porque son preferidos en el cortejo del amo. El "Apostadero" pagaba con creces los beneficios del elogio sistemático si Rivereño salía nimbado de gloria y honrado el hijo mayor, heredero del título. Las hijas se descoyuntaban de gratitud cuando aquel que producía el homenaje les llamaba felices retoños de la sangre azul. En todos los instantes la adulación es—como observó Teofrasto—indecente conducta o comunicación de que se vale el adulador para su utilidad. Pero en este caso la adulación fué un símbolo previsto. A Rivereño entusiasmaban muy poco los elogios que se dan a la sabiduría. Sus oídos se extendieron inconmensurables cuando Lucio le dijo que había oído una letanía en el pórtico de los filósofos: "Más de treinta hombres estábamos allí sentados, y viniendo a parar la conversación en averiguar quién era el ciudadano más perfecto, todos comenzaron por ti, y todos convinieron en el mismo nombre".

4

Las ilusiones nunca mueren durante el reinado de la juventud, porque la juventud tiene la risa de su vitalidad lozana y la fortaleza de los ensueños. En unos, la juventud es aurora; en otros se produce sin lumbrada, agobiándose de bruma como en las noches tristes. Era Rivereño en la conciencia de su presencia física, y por esta observación de sí mismo ganó la avanzada de los vencedores. Deportado a la Habana, todo le salió a pedir de boca, y aun tuvo la suerte de recobrar del vómito que tantas vidas mellaba. Ya a bordo, le sobrevinieron algunos azares de la mala fortuna, y como el rancho fuese malo, escribió al capitán unos versos octosílabos, revelación prematura de su ingenio cazurro:

*"Apreciable capitán:*
*viene a bordo un deportado*
*que aunque callar es su afán,*
*ya no puede estar callado;*
*porque si bien es muy cierto*
*que al callar le llaman Sancho,*
*comiendo de aqueste rancho*
*hasta Sancho hubiese muerto."*

No cambió este modo de escribir en todo el curso de su vida, y si en el talento se buscase el honor del hombre, Rivereño hubiese sido un engaño. Los ojos azules, la barba cerrada y cana a los cuarenta años de edad, el cráneo oprimido contra la frente como una calabaza, la rigidez del cuerpo, dieron autoridad al seminarista de Santa Eulalia, y por eso los gachupines le entregaron el "Apostadero". En plena madurez no había mudado la tónica de su palabra. He aquí el último ejemplo de su verbo profético: El "Apostadero", ya lo hemos dicho y demostrado cien veces, no es un periódico extranjero. Y ahora debemos añadir que no creemos que necesite serlo para que se le guarden las consideraciones debidas. El día que una empresa seria y respetable como el "Apostadero", por intrigas políticas o por soberbias inexplicables, se viese precisado a buscar otra garantía que la que le dan el amor al país, su historia honrosa y su conducta prudentísima, sería cosa de doblar las campanas por la personalidad independiente de esta querida tierra".

5

Yo, Andrés del Cipayo, he hablado con Nicolás Rivereño y me pareció que este hombre tenía la duda de su fe. Equivocado respecto a España y a la política que España siguió en sus colonias, no se le impute el error como una felonía, sino como una debilidad del alma, atascada de reacciones y de prominencias de blasón. Lo obsedía la nobleza de la sangre, y esta nobleza no se coordina si le falta un capellán y oratorio privado. La Iglesia fué su espoleadura, pero no su dominio. Cuando discutíamos los problemas cubanos, le dije que Cándido, Cunegunda y Pangloss referían que predominaba el mal físico entre todas las gentes del mundo. ¿Quién era Cándido? Señor, Cándido fué un joven de Westfalia, nacido en el castillo de Thunder-ten-tronckh, que recorrió el globo para comprobar si las lecciones metafísico-teólogo-cosmólogo-nigología, enseñadas por el preceptor Pangloss, obedecieron siempre al efecto y a la causa, o si han sido una martingala de la cultura maniquea. Esta vida que vivimos es lo peor de las cosas conocidas, y así os lo afirmará el ciudadano Martín: "No conozco ciudad—dijo el compañero de Cándido—que no desee la ruina de la ciudad vecina, ni familia que no

quisiese exterminar a otra familia. En todas partes los débiles execran a los poderosos ante los cuales se arrastran, y los poderosos los tratan como rebaños, de los cuales se pone en venta la lana y la carne. Un millón de asesinos organizados recorren de uno a otro confín la Europa, matando y robando con disciplina para ganarse el pan, porque es de saber que no hay oficio más honrado; y en las ciudades que, al parecer, viven en paz, y en las cuales florecen las artes, los hombres sienten más envidia, cuidados y zozobras, que calamidades una ciudad sitiada".

—He oído ese cuento muchas veces—apostilló Rivereño—, y tal me parece como si fuera una cita de Voltaire.

—Posiblemente la verdad está ahora con Cándido, ¿y por qué entonces no se ha de reconocer la existencia del mal físico en las sociedades opresas? Aquellos que mandan tienen en frente las masas amotinadas, y los omnipotentes las toman como lastre que está fuera de la ley. Pero esas masas edifican los palacios, bajan al fondo de la mina, abren el surco, construyen el camino, trabajan en la fábrica y extienden las líneas férreas por donde cruza la energía nacional. Sin ellas nada sería el poder de los ricos. Aquí, en esta sala donde se escriben las Actualidades, de ninguna manera es más alto el que las escribe que el que las compone, fundiéndolas en el plomo de la linotipo. Mas el que las compone es un asalariado, y en esto estriba su infortunio. Siempre se verá sometido quien no disponga de los medios de producción. Y por el sometimiento de los trabajadores, los próceres tienen la corona y el cetro . . .

Rivereño era ya viejo y no estaba para oir palabras altivas, irrespetuosas contra el boyardo que dirigía un diario tan importante como el "Apostadero". Al filo de la senectud preparaba el testamento en que legaría a sus hijos una fortuna imaginaria. Bien afirmada la reacción negra, Rivereño se preparó a morir. Y ha muerto rodeado de los suyos, hacia la vida de Dios.

Años después, Pepín enaltecía a los traidores con estas palabras dramáticas: "Franco revive los bríos de los grandes capitanes, y los pueblos hambrientos necesitan una mano de hierro que los contenga en su voracidad".

# Las Tres Cavilaciones



# CAVILACION PRIMERA



¿NUNCA ha pasado el trabajo por delante de esta puerta donde el señorito aguarda? El señorito no lo vió pasar. Y si lo vió pasar, lo dejó ir. Algunas palabras son como las hojas que se lleva el viento. Les falta sentido circunspecto. Hay libros buenos que no privan en las bibliotecas de renombrada fama internacional. En muchos casos la verdad es un ardid que capacita para la injusticia con el consentimiento de los tutores. No se olvide que entre españoles está muy arraigado "el que dirán", y eso que otros piensan acerca de nosotros nos paraliza como si nos hubiera dañado en la reputación. Generalmente no abrimos los ojos a no ser cuando ya tocamos el fondo del precipicio. ¿De dónde viene esta raza que así se cansa en el camino? Las universidades enseñan cosas inútiles y en ellas no se logra el aprendizaje de aquello que más nos conviene aprender: trabajar para sacar de la obra el alimento de la vida. Jamás el trabajo ha sido un mal; lo ha sido la explotación del hombre por el hombre. Muchas veces nos posee el fanatismo de las teorías y entonces ya no discutimos el sentido de ciertas mentiras disimuladas. Aunque no haya sido una mentira esta máxima de Epicteto: "la naturaleza del mal está en el mundo como un blanco para adiestrarnos y no para hacernos errar", quedó la duda de su eficacia respecto a la salvación del hombre. Los hombres pobres desean que se acabe el mal y que éste no sirva de ejercicio a cuantos tienen el palacio y el solio, mientras los obreros están en hambre y desnudez.

Ha insistido el señorito español en que los hombres del trabajo deben mantenerlo. Y los hombres del trabajo lo han mantenido. Existe una clase de señorito que escribe libros revolucionarios y así se gana la simpatía del pueblo laborioso. Cuando, al son de bocinas

y trompetas, ha conseguido fama literaria, viaja por el mundo para dar conferencias, y donde lo rechazan, negándole honra, promete la calumnia como venganza, y aun dirá que todos los españoles emigrados son asnos de rebuzno profundo. Dos horas habló Novel en la Casa Gallega y sus gorjeos placieron al auditorio. Fantástico se produjo sobre un ensayo crítico, hecho de audacias y de inexactitudes históricas. La voz de Galicia rebajóse en la eufonía de sus poetas: sus poetas que cantaron el río cantarín, la arboleda, la gándara y el otero. Algo repuntó el orador en la cita que muy pocos entendieron, y fué un verso de Rosalía que hubo de atribuir a Curros Enríquez, como se lo hubiera atribuído a Pombal o al abad de Veiro, Basilio Alvarez:

*"Y mi voz entre el concierto de las graves sinfonías,*
*de las risas lisonjeras y las graves alegrías,*
*se alzó robusta y sonora con la inspiración ardiente*
*que enciende en el alma altiva del entusiasmo la llama,*
*y hace creer al que espera y hace esperar al que ama*
*que hay un cielo donde vive el amor eternamente."*

Ningún pueblo muerto da más de sí que aquello que es su gangrena de las partes descompuestas. La tierra nuestra parece muerta. La tierra muerta no da testimonio de eso que nos alimenta. ¿Qué fueron los hombres en la tierra turbia? Aquel que habló como los funámbulos dijo que el hombre es un río turbio, y preciso es ser un mar para recibir, sin ensuciarse, a ese turbio río. Según el sabio del camino, todo el día hay que velar para saber dormir. Mas, ¿quiénes, antes de ahora, buscaron las diez verdades? Tú me pides que busque diez verdades durante el día, pues de otro modo buscaré verdades durante la noche, hambriento siempre de verdades. Y que diez veces ría si quiero estar alegre y no sentir la indigestión del estómago. Diez veces necesito reir, pero una sola vez necesito la verdad. Cuando los sabios florecen, los pueblos se aniquilan. Nadie entiende estos contrasentidos de la vida humana, y si alguno los entiende, los disimula. Para hacer la república por un método, el peor método es la República de Platón. En ella se amontona demasiada dialéctica, y los tiranos rehusan los complejos de muchas palabras, por-

que ellos van siempre de prisa. La justicia será una teoría; la injusticia una realidad. Pierden el tiempo esos que evangelizan, sobre todo si le dicen al rey: "Haz de rey, no con la severidad, ni con los crueles castigos, sino con aventajarte a todos en prudencia, y hacerles creer que cuidas más de su bien que ellos mismos". A otros produjo congoja el saber que tenían que expresarse. Novel fué muy distinto, y cuando le pagaron por ser difuso, se molestó incontinenti, y aun dijo que reclamaba mil dólares para la omnipresencia de su trabajo.

Abre la puerta y que el aire libre refresque tu morada si pretendes ganar la salud interior.



# CAVILACION SEGUNDA



Abre la puerta del anfiteatro agreste y presencia la tragedia que nos trae el mundo. No la tragedia de aparato escénico, según la vemos en la Orestiada, sino como la hace el hombre sobre la tierra que pisa. Esta tierra de fangos y de escorias, donde cada uno hace su crimen calladamente, ocultándolo, si es posible, para que no quede rastro de su memoria.

La puerta fué señal de mucho regocijo en los palacios de Salomón. ¿Nunca has reparado en la importancia de las puertas? Hasta ciertos lobos han podido entrar por ellas y llevarse el recental que algunos preparaban para la mesa del festín. Era así como el Cantar de los Cantares había honrado a sus concubinas, y por ellas fué la hermana puerta del palacio de plata, guarnecida con tablas de cedro y chapeaduras de oro. "Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre toda la hacienda de su casa por este amor, de cierto lo menospreciaran".

Son iguales los crímenes del hombre-rey y los del hombre pardal. Todos son crímenes del hombre. Pero el hombre-rey mata impunemente, porque sólo él tiene en sí el poder de la majestad intransferible. ¿A quién mata el príncipe? No lo preguntes si la sangre derramada corrió sobre gradas de mármol. En la tragedia griega pertenecen los autores a la estirpe divina. Llevan, como los dioses, icor en vez de sangre y por esto dan gran colorido al espectáculo cruento. ¿Dónde está Ayax? Ocupado en la matanza de carneros. ¿Por qué mata Ayax los carneros? El furor de Palas Atenea está sobre su espada, y, así enloquecido, cree que en los carneros mata a sus enemigos. "Yo lo aparté con falsas imágenes que le eché en los ojos, y lo lancé sobre los rebaños y demás bestias que, mezcladas y no repartidas todavía, estaban al cuidado de los pasto-

res". Por paralelos caminos iba la locura de don Quijote; y no hay sentido diferente en la relación de los rebaños, ya que el héroe manchego, trastornado de seso, vió, de un lado, al gran emperador Alifanfarrón, y, de otro, a Pentapolín del Arremangado Brazo. Encantadores y dioses proceden del mismo lugar celeste o del mismo lugar subterráneo. Andan juntos y escancian néctar en la copa que les sirve Ganimedes. No les niegues fuerza penetrante, pues ellos se revelan en lo invisible, y, para la presencia, hacen siempre un milagro. Ayax cumple los deseos de aquélla que lo perturba. Mas en este caso la diosa asienta una doctrina moral, o un precepto que ha subsistido entre señores y vasallos. "No profieras palabra orgullosa contra los dioses, ni dejes que te hinche la soberbia, aun cuando aventajes a los demás en el vigor de tu brazo, o en opulenta riqueza. Como nace el día y desaparece, así es todo lo humano. Los dioses odian a los soberbios". Y era que Ayax tuvo la soberbia de su valor, por donde le vino pronunciar estas palabras irreverentes: "Yo con los dioses no tengo ninguna obligación".

Pero en cada uno de nosotros se cumple el destino de nuestra tragedia interior. ¿Qué somos fuera de la tragedia? El mal está fuera del hombre, y la tentación se la prepara Jehová entre los deleites del Paraíso. "Y había Jehová Dios hecho nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal." Jehová es el mal porque en su cólera se enfurece. ¿Cuántas veces se ha enfurecido Jehová? Los israelitas levantan un altar al becerro de oro, y, prevaricando, llega a ellos la ruina. "Ahora déjame que se encienda mi furor, y los consuma: y a ti yo te pondré sobre gran gente". Mueve a Orestes el furor de los dioses, y de aquí arranca el matricidio que cubre de sombra los espacios sin vida. "Me ves cuando los dioses me han obligado a venir". El destino hace su obra; el destino también se abre a la fuerza del mal. Orestes se ha aherrojado a los poderes ocultos, y las Erinnas lo empujan por la espalda hasta que la sangre se vierte. La sangre de la madre que tiene pronto el cesto para los sagrados auspicios y aguzado el cuchillo que dió muerte al toro, junto al cual caerá herida, antes que el victimario se arrepienta de sus palabras: "Dos cuerpos tendidos

en tierra al golpe de mi mano, único remedio a mis profundas desdichas".

He oído a un hombre de la calle entender de otro modo la tragedia, y aquello que entendía era el drama entre dos o más personas que se hieren a puñaladas con navajas de Albacete. ¿Por qué se venden estas navajas en todas las ciudades de España? Y el hombre de la calle me propuso un plan que esbozó somero si en ello no había objeción u otra cosa inaudita. Más escuelas y menos iglesias —dijo el hombre de la calle. Y las escuelas, no como fueron, sino como deben ser. Ciudades de veinte mil almas tendrán dos templos católicos, o, a lo sumo, tres, siendo protestantes los demás templos, ya que en ellos se lee la Biblia y se practica la tolerancia. Las catedrales, si han de sobrevivir, no tendrán los canónigos, gente ociosa que come, fornica y duerme. En cada región habrá un obispo diocesano sin paga del Estado: todo el clero vestirá de seglar, porque las sotanas perdieron el prestigio y son como hábitos de claudicante. Ni frailes ni monjas ha de haber, después de haberse probado que los monasterios cubren la pederastia, y donde hay monjas no se ignora el pecado de la lascivia reservada. Pagará el culto aquel que lo profesa. Las procesiones religiosas representan la barbarie, y toda barbarie debe ser suprimida. Por la ignorancia y el profundo fervor religioso existe la pobreza. Sea en cada uno la plenitud de la vida que da un hogar provisto de limpieza, con baño e inodoro, sin cubil de cerdos. También que el niño se eduque por la enseñanza obligatoria, y que la enseñanza no sea un privilegio, sino una necesidad. Las escuelas han de ser construídas con el fin de enseñar y no con el propósito de producir el castigo. No habiendo un sistema colectivista, la tierra será de quien la trabaje, y los labradores serán instruídos en el modo de cultivar el agro para que nada sea rutinario ni primitivo. Menos literatos babiecas y más intelectuales trabajadores. Menos intelectuales y más obreros. La transformación requiere que se anule lo macabro, y es macabro el cortejo fúnebre que presiden dos filas de clérigos cantando responsos. Para hacer una república que carezca de guerras civiles, de pronunciamientos militares, de traidores; para hacer una república sana se necesita empezar por la escuela, en cuyo caso ha de prevalecer la pedagogía laica y el profesorado libre. Divorcio para los casados que no se entienden.

cuando la familia sufre el escándalo de la pelea diaria, ya que el matrimonio no es un sacramento, sino un contrato, y todo contrato se anula si las partes no están de acuerdo. Libertad de asociación, libertad de palabra, libertad de pensamiento, plena libertad de cultos. Mucho más hay que hacer y lo primero que se hará es que nadie pueda gobernar si con la cultura universitaria no ha adquirido la permanencia del oficio y el conocimiento de la valoración del trabajo . . .

En tanto como en la falta de esto está la tragedia, y son sus actores los charlatanes del Parlamento o los bufones de los palacios sin rey. Aquella tragedia que se adelanta a la resurrección de un pueblo y consuma la agonía de un grande dolor, mientras en la fosa se hace el rito sobre los cadáveres mutilados.



# CAVILACION TERCERA



¿Qué hombre se inmolará para que de su sacrificio nazca la libertad del hombre? Antes que el poeta ocupa un lugar el héroe. Primero el héroe que el poeta. La tragedia se da al mundo en el instante en que la sangre se ha coagulado en el cuchillo. Habla tú primero, tú, la joven que sirves las ánforas sobre el catafalco de Agamemnón: "Mis manos hieren su seno con recios golpes en señal de dolor; mis mejillas, tarazadas por los surcos que en ellas han abierto mis uñas, manan sangre; mi aliento es gemir toda mi vida, y estos enlutados linos que me cubren acompañan mi llanto, hecho jirones por mi amargo duelo". Si oras en la casa de Dios, Dios oirá tu congoja. Dios oye cuando no está en sordera, porque hay quien dice que la sordera de Dios es tan profunda como su eternidad. La templanza no la hace el velo, sino el juicio. ¿Por qué, pues, se ha de tapar el cuerpo si el pensamiento se desnuda para el pecado? Muchas tragedias han tenido por base un motivo religioso, y otras fueron una angustia del amor venusto. Andando fatigados, trastornamos el fin de las cosas que tienen otra promesa más evidente. Ni el sacrificio de aquel solo hombre nos redimió, ni nos salva el sacrificio de millones de hombres. Al producirse el holocausto, exteriorizan los pusilánimes su pena calmada, y luego vuelven a ser como eran, pidiendo al poeta que escriba el epitafio en honor de la víctima propiciatoria. "Llévame; cubre con el peplo mi cabeza, porque, antes de sacrificarme, desgarran mi corazón los gritos de mi pueblo, y yo el suyo con los míos. ¡Oh luz! ¡Siquiera puedo invocar tu nombre! Nada tuyo me pertenece, sino el espacio que media entre este lugar y el cuchillo del verdugo".

# REFLEJOS DE UN CREPUSCULO




"Los búlgaros están sobre el camino y cada uno de ellos piensa que el mérito único del hombre consiste en poseer la suma crueldad".

# REFLEJOS DE UN CREPUSCULO

Por el fruto se conoce el árbol y el hombre por sus obras. Nunca digas de esta agua no beberé, porque con el mismo rasero que midas serás medido, y a todo impertinente le llega a tiempo su fracaso. Los débiles sienten el dolor que hace la palabra cuando sale con el veneno en la saliva: les hace daño este dolor. ¿Quién arguye esto fué cómo os lo cuento si las pruebas muestran su falsedad tribunicia? Se nos va el ensayo en acrobacias absurdas y de la muerte no pasamos a la resurrección. ¿Sois sabios? Peor para vosotros. A cada sabio se le exige una parte de buen sentido, y aquel que mandó azotar no fué sabio, aunque dijese que jamás lo había poseído la iracundia. Leed este pasaje de Aulo Gelio y después meditad:—Tenía Plutarco un esclavo maligno y testarudo que conservaba en la memoria muchas máximas filosóficas, de las que oía en los discursos. Un día, para castigarlo por una falta, mandó Plutarco que le quitasen la túnica y lo azotasen. Cuando comenzaron a cumplir la orden, el esclavo aseguró primeramente que no había merecido el castigo, que no había cometido falta alguna y que no había nada punible en

su conducta. En seguida, levantando la voz y cesando en sus quejas y lamentos, con acre acento comenzó a censurar a su amo, diciendo que Plutarco no obraba cual convenía a un filósofo; que era vergonzoso encolerizarse; que frecuentemente había disertado él mismo acerca de los funestos efectos de esta pasión; que había escrito un libro admirable sobre los medios para preservarse de ella; que faltaba a los preceptos de su libro entregándose a aquellos arrebatos de furor y mandando azotar a un desgraciado. Plutarco le contestó con apacible voz: "Miserable, ¿de qué infieres que me encuentro encolerizado? ¿Qué ves en mi semblante, en mi voz, en mi color, en mis palabras que pueda hacerte creer que se ha apoderado de mí la cólera? No acude espuma a mis labios, no pronuncio palabras indignas de mí, no hay en mí bruscos movimientos ni temblor convulsivo. Y estas son las señales de la ira". Volviéndose luego al esclavo que tenía el azote, dijo: "Mientras tu compañero y yo filosofamos, continúa tu tarea". Los tiranos no están siempre hipocondriacos, y saben distraerse cuando les viene la risa. Hubo algunos que ocuparon el gobierno con el respeto de la república. Pero no todos los que han podido ser tiranos lo fueron por el abuso de poder. Se dice que existe diferencia entre tirano y rey. Tirano era cualquiera que se alzaba rey en una república libre; rey era el que tenía el reino por voluntad de los vasallos. Sin embargo, tiranos y reyes se han puesto más altos que los hombres, en una ascendencia divina. Alejandro se proclama hijo de Zeus Olímpico y César se enlaza con los dioses inmortales. Solamente un emperador permanece en la virtud estoica, y por eso se ha visto en sí mismo con todas las flaquezas del hombre. El dice que enojado muchas veces contra Rhustico, jamás se propasó a alguna resolución de que tuviese después que arrepentirse. Y he aquí que este emperador engendró a Cómodo, cuya crueldad ha merecido el estigma de la Historia. Un día abrió el vientre a un hombre grueso para ver como salían precipitados los intestinos. Otro día hizo arrojar en un vivero, con la toga y delante de todos los funcionarios de palacio, a Juliano, prefecto del pretorio; y no satisfecho con esto lo obligó a bailar desnudo delante de sus concubinas, tocando el címbalo y con el rostro lleno de barro. A estos crímenes hay que añadir otros, y era como cuando obligó a los adoradores de Belona a hacerse en el brazo verdaderas heridas.

O como cuando, llevando él mismo un Anubis, descargaba fuertes golpes sobre las cabezas desnudas de los sacerdotes isiacos con la boca del ídolo. O aquel modo que tuvo de torturar a los que tenían débiles los pies, haciendo que los envolviesen de rodillas abajo con cintas y telas, y después los mataba a flechazos.

Las gentes están menos interesadas en oír la verdad que en oír lo que ellas desean oír. No sólo ignoran lo que oyen, sino lo que ven. Ven la crueldad del amo, y persisten en sostener que así se cumple la voluntad de Dios. ¿Será útil hablarles de la Inquisición cuando desconocen el drama de la hora presente? ¿Qué han visto ayer en los prebendados del cabildo y qué ven hoy? ¿No les amarga aún la sopa de los conventos? Los búlgaros están sobre el camino, y cada uno de ellos piensa que el mérito único del hombre consiste en poseer la suma crueldad. Así son los alemanes: búlgaros que ponen sobre los pueblos una visión apocalíptica como las visiones de Juan. Antaño ha sentido Voltaire el ultraje de la guerra, y sus palabras reflejan el drama de hoy: "Aquí ancianos, acuchillados de heridas, miraban expirar a unas degolladas mujeres que tenían a sus hijuelos a sus ensangrentados pechos; allí doncellas despanzurradas, después de haber saciado las necesidades naturales de algunos héroes, exhalaban el último suspiro; más allá otras, medio quemadas, pedían a gritos que acabaran de matarlas, y esparcidos por la tierra, y entre brazos y piernas cortados, se veían innúmeros cerebros". El escenario europeo es mucho más ancho; pero la escena es la misma. Sólo que ya no se salvan las poblaciones civiles, porque los aeroplanos reducen las metrópolis a escombros y cenizas.

Los tiranos no conocen la historia de otros tiranos que acabaron mal, como aquel que degolló la reina de los masagetas para meter su cabeza en un odre de sangre. Sin embargo, Ciro fué benévolo con Creso, cuando, sabida la advertencia de Solón, mandó que lo retirasen de la hoguera por temor a que algún día se cumpliese en él (en Ciro) el mismo trágico destino.

## 2

El hombre bajó de su andamio y me preguntó qué hora era. Las doce son, hermano albañil, y a esta hora corresponde tu descanso

para un yantar de *sandwich* y café caliente. Espontáneo inquieres acerca de mis creencias, y, al saber mi respuesta, te has infundido de pavor. Pero más abierto fué tu espanto cuando te dije que quería la incineración para mi cuerpo, y es que tú no comprendes que nada hay tan repulsivo como un cadáver en la fosa, donde la carne se pudre, quedando el esqueleto como forma macabra de aquello que habrá sido, posiblemente, una vida llena de mal. Tú, hermano albañil, me has cuestionado una sola vez, y por eso supiste que no entro en los templos. Predicas el culto de la Iglesia reformada y eres un fanático de la creencia y un energúmeno de la tradición calvinista. Orgulloso de ti mismo, me dijiste: "existe Dios". Luego me dijiste que la Biblia era la suma verdad y que Jehová había puesto en el Paraíso el árbol prohibido para probar la fortaleza del hombre.

Señor, ninguno de tus siervos sabe creer en ti. Creen como los fanáticos, y para imponer tu justicia, punen con la más severa crueldad. Todo es persecución en los dominios de tu reino militante: persecución contra el hereje, persecución contra el cismático, persecución contra cuantos están fuera de la ortodoxia y siguen la única trayectoria de nacer y morir. Los concilios han estrangulado la razón. ¿No ves, Señor, como en España, los frailes más sabios son los más perseguidos y ultrajados? A Feijóo le quieren quemar sus obras, y a Fray Luís de León lo condenan por haber parafraseado el "Cantar de los Cantares". "Y plugiera a Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oídos, y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas de noche no sonaran otros cantares, y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto". Pero ni la doncella ni la beata se solazan con lectura tan amena, porque si en España leen poco los letrados, ¿cómo han de leer aquellos que están sin letras? ¡Oh alegría de la palabra, hecha para las criaturas que se derraman en olor de amor!:

*"Béseme con su boca a mí el muy amado;*
*son más dulces que el vino tus amores;*
*tu nombre es suave olor bien derramado,*
*y no hay olor que iguale tus olores;*
*por eso las doncellas te han amado,*

*conociendo tus gracias y dulzores;*
*llévame en pos de ti y correremos;*
*no temas que jamás nos cansaremos".*

El albañil del andamio no busca el simbolismo del cantar, sino su lujuria. Mas a él dijeron que esta lujuria no es pecado, y lo cree así como se lo dijeron. Cuando me amenazó con la cólera del Padre, le puse al oído la voz de Jesús: "¿Qué hombre hay de vosotros a quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra?", y hubo de calmarme por el abuso de una respuesta abracadabrante. La repitió siete veces y entonces le pregunté si creía en los presagios. ¿No conocéis la influencia del número siete, lo mismo en las revoluciones que en las tradiciones? La Biblia os habla del número siete, y seguramente vos no lo ignoráis. Tú me has revelado siete veces algo que no comprendo bien si no lo enfocas hacia el vaticinio. ¿O sospechas que no hay equivalencia misteriosa en estos movimientos numéricos? Un romano, llamado Varrón, cuenta cosas interesantes. Escucha lo que cuenta: que en los juegos del circo, los carros debían recorrer siete veces la carrera; que se eligieron siete capitanes para poner sitio a Tebas; que él ha escrito siete veces setenta libros, perdiendo muchos de ellos cuando fué proscrito y quemada su biblioteca. . . . El albañil del andamio me dijo en inglés una palabra equivalente a nuestro vocablo *pendejo,* y afirmó que no había más verdad que esta verdad de Jesús: "Por tanto, si tu mano o tu pie te fuese ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar cojo o manco en la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno".

3

Ora en tu templo luterano para que Dios confunda a estos papas que felicitan al fascista mariscal Petain por la derrota de Francia a manos de las hordas de Hitler. Te han dicho que Dios es uno, y, sin embargo, Dios tiene distintos escenarios en las distintas partes del globo. Hay el Dios británico, mucho más civilizado que los otros dioses de Europa, el cual profesa la técnica financiera del imperio y se da a la intriga cuando Inglaterra necesita la expansión del co-

mercio y las materias primas que ofrece a los laboriosos la tierra postrada. Hay el Dios francés—un Dios de espléndida estructura gala—, adoptado a las formas epicúreas, lúbrico donde las gentes celebran la bacanal, embriagándose con ajenjo y champaña. Hay el Dios italiano, histrión de ópera, y eje de aquella gran fuerza vaticanista que se desencadena como los ciclones y las tormentas. Hay el Dios teutón, ario por espíritu de raza, enemigo de la libertad y fervoroso adalid de la esclavitud. Hay el Dios yanqui, propicio a "la política del Dollar", y, simultáneamente, a "la política del buen vecino". ¿Y el Dios español? Fué antes el terror de la mezquita y de la sinagoga, y ahora lo es de los protestantes y de las sectas libres. El Dios español, recluso en la caverna, exige que sus devotos renuncien a la sabiduría para que sean carnaza de los lobos con sotana, o con uniforme y espuela. La república no supo ponerlo a recaudo y la república fué destruída, ganando Dios la victoria. Y este Dios nacionalista, que tiene en España muchas Madres, todas decentes—la Pilarica, la Virgen de Covadonga, la Madre del Amor Hermoso, la Virgen de los Desamparados, Nuestra Señora de los Ojos Grandes—, demandó que se levantasen la espada y la cruz contra la ola comunista y que se asegurase la estrategia. Sea siempre un caudillo fuerte el Dios español y hable como habló antes a las cuadrillas de judíos: "Y perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán a cuchillo delante de vosotros. Y cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a cuchillo delante de vosotros". Con la ayuda de Jehová, España se pone en guerra contra los enemigos de sus templos, y en esta última quedó triunfante la peste, el odio, la ignorancia, el hambre, la Iglesia y la servidumbre. Si España cae una vez, otra vez se levanta, y vuelve a la piedad de la novena, extendida en efluvios de devoción penitente. Mirad a la España falangista y veréis cómo renace a una revolución de fuerza cristiana avasalladora:

*"Seis mil personas—dijeron los cables—han desfilado de noche por las calles de Madrid en una pintoresca procesión "del Silencio", que duró cinco horas.*

*Millares de mujeres, tocadas con las mantillas y las tradicionales peinetas altas, presenciaron las muchas demostracio-*

*nes de fervor religioso en otras dos procesiones que precedieron a aquélla.*

*Una mujer recorrió la capital de rodillas, en cumplimiento de un voto, y otras formaron una fila que la siguió, cerrando su marcha con los brazos extendidos en cruz.*

*Los hermanos de la recién creada Orden de la Cruzada de la Fe, vestidos de soldados romanos, y unidades militares de la Falange dieron un tono marcial a la procesión nocturna, que fué presenciada por una multitud aglomerada a lo largo del trayecto.*

*Centenares de artistas líricos de la capital participaron en las ceremonias cantando himnos religiosos.*

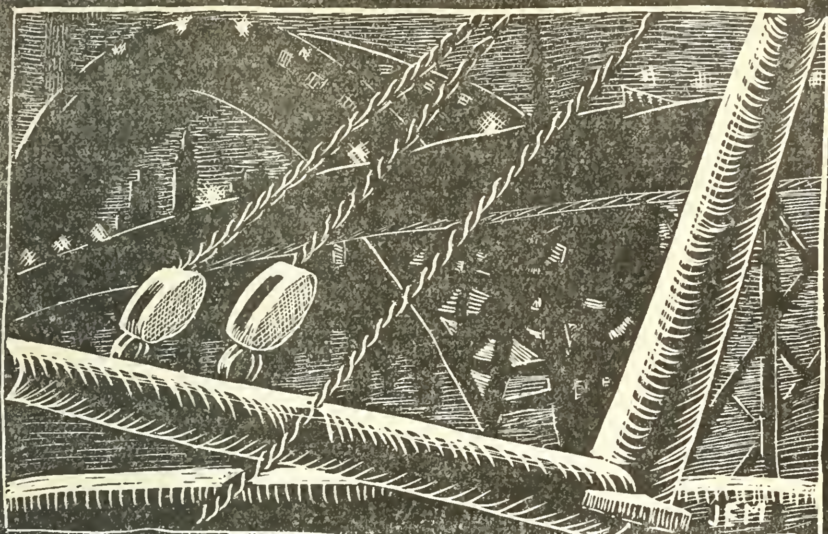
*El "Ecce Homo" desfiló en la procesión de Cartagena, llamada de California. Los hermanos de la Orden, con sus cabezas cubiertas con capuchas negras, y portando antorchas, desfilaron en medio de la oscuridad de las calles, con acompañamiento atenuado de tambores. En el trayecto ya se habían apostado centenares de personas para presenciar el pintoresco desfile de la procesión del encuentro con la Cruz y la Virgen María.*

*El general Franco y su familia asistieron a los servicios religiosos en la capilla del Palacio Nacional de Madrid".*

Este camino de España es largo para el albañil del andamio, y él no lo puede recorrer. ¿Quién recorre los caminos del Señor? España es el camino del Señor. Pero un camino donde no pueden entrar los protestantes, ni los infieles, a no ser los moros del Rif, que son la escolta de Franco y la esperanza de los obispos. Toda la pobreza es con nosotros, mas también es con nosotros la promesa del cielo y el premio de una vida eterna llena de gloria y de sol. Por eso Adrián Escobar, embajador de la República Argentina, dió a los falangistas el consuelo de la palabra prometedora: "Un pueblo con un alma como la española está destinado, así como lo estuvo en el pasado, a la realización de grandes hechos en la historia del mundo".(1)

(1) Adrián Escobar ha peregrinado por Galicia, recogiendo la gracia del Apóstol y la servidumbre de los gallegos esclavos. ¿A quién representa Adrián Escobar? ¿Al pueblo argentino? Es posible que así sea. La Argentina está poseída de una muy grande miseria fascista y lo mismo ella que otras repúblicas de la América del Sur—incluso el Brasil—serían oficialmente totalitarias antes de veinticuatro horas si Hitler ganase la pelea contra las fuerzas libres del mundo.

# CONFESIONES DE RICARDO MONTES



"Mi "warehouse" era al fondo de un patio y se llegaba a él por un arco oscuro"....

# Confesiones de Ricardo Montes

AMIGO Adelardo: Estoy leyendo un diario de la noche y ahora, que son las diez, ceso su lectura para marginar un aviso a esta carta de mis confesiones, y es que quiero dejar constancia que me la ha redactado el amigo Castroviejo; y de tal manera fué redactada que más parece carta de él que mía. Le añadió cosas de su cosecha, algunas pertinentes al asunto, otras fuera de lugar, según mi criterio; pero todas comedidas y discretas. He insistido en que no disimulase la aspereza con que a mí mismo me trato, y lo cumplió a satisfacción de mis deseos, si bien él me dijo que usaba una figura llamada parresia (tú sabrás lo que es), por medio de la cual la ofensa se hace elogio y el elogio gratitud. Sin la ayuda ajena no podría dirigirme a ti que posees cultura y título universitario. Recuerda cómo yo me gano la vida y toda mi ignorancia me será aliviada. Lee, pues, la carta que te mando, y si hay lapsos achácaselos al amanuense y no a quien como yo es primerizo y torpe.

Por la prensa de España acabo de saber del reglamento que ha

redactado la Falange, y me parece que nada hay más humillante y servil. Tres cláusulas cito y ellas solas bastan para revelar la estrategia del fascio victorioso. "Juro lealtad y sumisión a nuestros jefes, honor a la memoria de nuestros muertos y perseverancia en todas las vicisitudes. Juro, donde quiera que esté, para obedecer o mandar, respeto a nuestra jerarquía, desde el primero hasta el último rango. Juro no tener otro orgullo que el de la patria y el de la Falange, con obediencia, alegría, ímpetu, potencia y silencio".

Sobre los escombros de la España muerta se han escrito estas leyes. Cuando yo trabajé la causa del caudillo, nada me parecía tan honesto como su figura, y le di espacio a su retrato en el comedor de mi apartamiento: un retrato muy majo y jarifo, como corresponde a quien tiene en sí la plenitud de todo el poder. Lo he arrojado al fuego para que las cenizas se lleven la presencia del más traidor de los traidores, alma ruin, incapaz de sentir la tristeza de sus hermanos dolientes. Devotamente no conocen los hombres la amenaza del Apocalipsis. Porque allí está escrito: "Y los que adoran a la bestia y a su riqueza no tienen reposo día ni noche, ni cualquiera que tomare la señal de su nombre".

¿Qué razones tuve yo, amigo Adelardo, para ponerme al lado de los enemigos del pueblo? No tuve ninguna razón, sino el estímulo de la vanidad, común en los grandes y en los zopencos. Fuí presidente de la Casa Gallega. Sentado en la silla presidencial, eran mis lacayos los directivos adeptos de mi dictadura, y todos estaban contra las "fuerzas perturbadoras" que paralizan el proceso de la energía totalitaria. Para mí resonaron los aplausos en aquella sala que parecía un circo de toros y de cabestros. ¡Viva don Ricardo Montes! ¡Viva nuestro presidente! ¡Viva el dictador! En esta apoteosis casi me sentía inmenso como la inmensidad de Dios. Si la ovación tomaba mucho vuelo, les pedía el silencio, expresando mi gratitud: "Gracias, amigos, gracias". Luego me producía diserto y fecundo, y, ganada la batalla, clausurábamos la sesión con un triunfo de licores que bebíamos solamente los nueve directivos.

Así llegué a imaginarme nacido de ilustre tronco. Ya no era el hijo del pescador, sino el hijo del capitán general. Sin embargo, me criaron en pobreza, al contacto de esa inmundicia tan hedionda

en España. La casa de mis padres tiene estiércol al frente, las cuadras dentro, al lado de las cuadras el lar y encima los dormitorios. ¿Sábanas? Algunas, sí, pero remendadas con cien remiendos, por cuyas roturas trabajan los piojos haciendo su obra prolífica insalubre. Sobre el lar rescoldo de leña verde que esparce humo por los aposentos, cuando la leña, antes de ser ceniza, arde entre las trévedes y hierve el agua de los cachelos que después comen grandes y chicos bajo la pringue del moco. Aunque en nuestra España se habla mucho de la felicidad del alma, desconocemos la felicidad como la expresó Zenón Citieo a los oyentes del pórtico. Son cosas preferibles del alma el ingenio, el arte, el aprovechamiento y semejantes. Cosas preferibles del cuerpo son la salud, la fuerza, el buen hábito, la integridad, la belleza. Mas también hay en el alma y en el cuerpo motivos reprobables. Los motivos reprobables del alma son la estupidez, la ineptitud, la mutilación, la fealdad y otros así. Es en mí la ignorancia del alma, y esta ignorancia me enseñó a ser fanfarrón. Una vez que me profesé ateo, no supe responder a los doctos que me exigían respuestas menos contradictorias, y era que el ateo—según ellos—es de dos maneras: uno, el que se llama contrario a Dios; otro, el que menosprecia a Dios. Integros se han pasado a establecer que los sabios son divinos, pues tienen la divinidad en sí mismos, mientras que los ignorantes son ateos porque están fuera de Dios. En mi casa aprendí de mis padres la ignorancia fundamental, y por eso es inane toda instrucción escolar posterior, ya que ésta se pierde cuando la morada hogareña está llena de pasos oscurecidos.

En la estrechez de los tabucos metropolitanos anduve muy metido, y sucio vivía por el tiempo en que fuí presidente de la Casa Gallega, pareciéndome a los italianos que ocupan la letrina de los barrios pobres. Mi *warehouse* (almacén de prendas deterioradas) era al fondo de un patio, y se llegaba a él por un arco oscuro, muy semejante a esas bocas que conducen a antros de bandoleros. Tenía dos pisos, y en el piso alto, a uno y otro lateral, había una fila de ventanas que daban paso a la luz del sol, cargada de bruma y de polvo. Dos habitaciones miraban al frente, y en la mayor puse mi cama, revistiendo de ornato aquella estrechez mísera. Y porque no había ducha ni baño, fuí, por veces, al baño público; mas como me avergon-

zasen tantos judíos barbudos, hube de servirme del agua que corría por las cuadras del sótano, y esta costumbre practiqué durante años, hasta que el Municipio, en una campaña sanitaria, derrumbó todas las casas viejas para construir modernos apartamientos donde ahora viven familias de modestísima posición social. Me había olvidado de mencionarte estas cuadras de caballos, y ya que las recuerdo, te digo que bajaba a ellas por una escalera de trampa; limpiaba el pesebre, lo llenaba de agua fría, y allí me zambullía con tanto gusto como el que puedan experimentar los actores cinematográficos en sus piscinas de natación. Así fresco subía al tabuco, me rociaba el cabello con esencias—el olor de las cuadras permanecía en las raíces—y luego, vestido de tuxedo, asistía al baile social dado una vez por semana en los salones de la Casa Gallega.

Anoche tuve un sueño extraño. No puedo comprender cómo yo tuve sueño tan grande, pues

*"sueña el pobre que padece*
*su miseria y su pobreza;*
*sueña el que a medrar empieza,*
*sueña el que afana y pretende,*
*sueña el que agravia y ofende,*
*y en el mundo, en conclusión,*
*todos sueñan lo que son,*
*aunque ninguno lo entiende".*

Y he aquí que no debí soñar lo que soñé, y era que un tirano pedía a su primer ministro que le diese la nada. "Dame la nada—decía el tirano—y tú serás mi mago preferido". "Señor, no os puedo dar la nada, nadie os puede dar la nada, porque la nada nada es". "¿Te parece que pido un imposible?—replicó el tirano. Todo lo que deseo se me debe cumplir, y aquel que no cumple mis deseos debe ser sacrificado". Entonces recordó el primer ministro que hubo en Asiria un rey que por cosa mucho más pequeña mató al hijo de Hárpago, y después se lo sirvió a su padre condimentado como la carne de un carnero. "Señor, sería imposible daros el sol, o todo el universo estelar, o la luna, o esta tierra que pisamos si no la tienes por conquista; pero sería aún más imposible daros la nada, porque la nada no se retiene".

Indignado el tirano, dijo que él nunca pedía gollerías y que se le había de dar la nada en un plazo de veinticuatro horas. "Os doy veinticuatro horas para que me déis lo que os pido, y en el caso de que no lo hagáis así, vos seréis la nada". Fuése el primer ministro a consultar un hechicero, y éste le dió la solución. "Está claro—expuso el hechicero. El tirano os pide que lo matéis". "¡Oh, no; un tirano nunca pide que lo maten; un tirano pide que lo perpetúen en el trono!—replicó el primer ministro. No sois buen hechicero, y vuestro consejo me perderá irremisiblemente". Otra vez volvió a hablar el hechicero y dijo: "El tirano está loco, y como no sabe lo que pide, os pide la nada. ¿Qué más tenéis que hacer sino matarlo?" Veinticuatro horas después, el primer ministro anunciaba al pueblo que el tirano había muerto. Lleno de alegría, el pueblo exigió que le entregasen el cadáver para arrastrarlo por las calles y echarlo luego al muladar. Así ejecutado, el pueblo celebró un mes de fiestas, y la república fué libre como antes de haber en ella un tirano. Este es mi sueño, y mi manera de soñar desmiente mi preparación escolástica, que jamás la tuve.

Sin duda otros sueños me advirtieron que era un mal aquella dictadura que yo propugnaba en la Casa Gallega; mas al sueño lo rechacé por sueño, y sólo la presidencia me hizo la hinchazón de mi papada apoplética para sentirme en la vanidad de mí mismo como el pavo real se siente en la fábula de su cola. Entre la modestia y la vanidad preferí escoger la última, y me poseyó la idea de ir a España en toda la opulencia de mi poder presidencial. Como no tenía dinero para un viaje tan caro, inserté un anuncio en el diario hispano buscando socio, y pronto respondió un judío sefardita que había estado en la Argentina desde edad temprana y a quien interesaba invertir su dinero en mi trabajo de mudanzas. Con sus dos mil pesos, dados sin garantías—cosa incomprensible en un judío—, preparé lo concerniente al viaje, y me puse al habla con el cónsul Casandares, el cual había reservado camarote de primera clase en el "Marqués de Comillas", y se alegró mucho de tenerme por compañero. Eramos buenos amigos, y en varias ocasiones le había regalado botellas de champaña, entonces muy estimadas a causa de la prohibición.

Una orquesta vino a los muelles a despedirme, junto con el elemento más connotado de la colonia gallega, y, desde a bordo, yo

sonreía a tantos amigos que me gritaban: "¡Viva don Ricardo Montes! ¡Viva nuestro presidente! ¡Viva la gloria gallega!" ¡Oh Dios, qué grande me prolongaba! El cónsul Casandares, dándome palmaditas en el hombro, me decía muy espontáneo: "Sólo los hombres que tienen numen logran estos homenajes de las multitudes fanatizadas".

Al segundo día de viaje hice una conquista amorosa. Fué la mujer una admiradora cubana, sobrina de un agente consular, radicado en cierta ciudad de los Estados Unidos. Era ella buena moza y hablaba fluente de eles y de ceceles. Arrimados a la borda de estribor, dialogábamos una vez así:

La cubana:—Hace tiempo que te admiro, Ricardo, y me confunde tu actividad para las empresas de envergadura. ¿Cómo pudiste dominar tan hábilmente la testarudez de tus carneros?

Yo:—Alto ahí, mujer, que ni ellos son carneros ni lo fueron sus antepasados. Ningún gallego se deja sobornar, si antes no lo convence la razón. En este caso los socios de la Casa Gallega son hombres de ley, pues han entendido que la dictadura es la mejor forma de gobierno para que las sociedades prosperen.

La cubana:—No les llamo carneros en el sentido de manada, sino en el de la complacencia. Los gallegos sois buenos chicos. Te estoy mirando, Ricardo, y te amo por ilustre. Dame un beso y hablemos de amor, que esto de hablar del amor agrada sobre todas las cosas.

No revelo el resto de esta conquista, porque se adivina el resto, y porque todo debe ser silencio en las escenas retiradas. Le di cuanto pedía su deseo, y ella me dijo que había aprendido mucha doctrina erótica en el "Arte de amar". "¿Tú no sabes—insinuó la cubana— que el "Arte de amar" se ha escrito para los hombres?" Esta mujer tenía el influjo de la elocuencia, y me aseguró que el hombre que se prenda de su belleza física estaba destinado al fracaso. En mi libro de notas me escribió estos pensamientos de Ovidio que se sabía de memoria: "Seas quien seas, pon una débil confianza en el prestigio de tu lindo semblante y adórnate con prendas superiores a las del cuerpo. Una afectuosa complacencia gana del todo los corazones, y la rudeza odios y guerras enconadas". Has de observar—apuntó de su cosecha—que cuando hablas de tu dictadura a las mujeres, adelantas en el camino de la victoria, porque las gracias corporales

que anulan las dotes del espíritu no dejan permanencia de duración y casi nunca levantan el fervor de aquello que las almas femeninas admiran sobre los estímulos de la heroicidad. "Ulises—anota Ovidio—no era hermoso, pero sí elocuente, y dos divinidades marinas sufrieron por él angustias mortales. ¡Cuántas veces Calipso se dolió viéndole apresurar la partida, y quiso convencerle de que el tiempo no favorecía la navegación! . . . Cierto día que estaban sentados en la plaza, la hermosa Calipso le pidió que le refiriera de nuevo la trágica muerte del príncipe de Odrisia, y Ulises, con una varilla delgada que al azar empuñaba, traza en la arena el cuadro del suceso, diciéndole: "Esta es Troya (y dibujó los muros en el suelo arenoso); por ahí corre el Simois, y aquí estaba mi campamento. Más lejos se distingue el llano (y en seguida lo traza) que regamos con la sangre de Dolon la noche que intentó apoderarse de los caballos de Aquiles; por allí cerca se alzaban las tiendas de Reso, el de Tracia, y por allí regresé yo la misma noche con los corceles robados a este príncipe". Proseguía la descripción, cuando una ola repentina destruyó el contorno de Pérgamo y el campo de Reso, con su caudillo. Entonces la diosa dijo: "Ya ves, las olas que crees favorables a tu partida como destruyen en un momento nombres tan insignes".

Esa fuerza que yo desarrollaba en la dictadura le interesó a la cubana; pero jamás diré que tal fuerza la movió a amarme. Me amó porque era un hombre físicamente fuerte, y la carne es, después de todo, la que mueve los hilos del amor. Recuerda, por otra parte, lo que observó Propercio sobre la incontinencia en las mujeres: "Así que rompéis los frenos del pudor menospreciado, vuestros apetitos violentos no saben guardar término ni medida". Son débiles antes de tropezar; que en su tropiezo se han quebrado como el cristal y entonces no se suelda aquello que se hizo en daño de la honestidad. Te repito el verso de Lotario a Anselmo, en la historia del curioso impertinente que se cegó para su perdición y la del amigo:

*"Es de vidrio la mujer;*
*pero no se ha de probar*
*si se puede o no quebrar*
*porque todo podría ser.*
*Y es más fácil el quebrarse,*

*y no es cordura ponerse*
*a peligro de romperse*
*lo que no puede soldarse.*
*Y en esta opinión estén*
*todos, y en razón la fundo;*
*que si hay Dánaes en el mundo,*
*hay plumas de oro también".*

Me está llevando demasiado lejos este caso de la mujer cubana, y como no tiene más importancia que la intimidad del amor, paso a otros detalles de mis confesiones, situándome en España, después de un viaje de diez días con mar borrascosa y vientos casi huracanados.

Mas antes de ver al general en el ministerio de la Presidencia he pasado dos semanas en Galicia agasajado del pueblo, de las corporaciones y de los sindicatos. La Coruña me dió un banquete espléndido. Hubo vinos añejos para los comensales que ocupaban los puestos de honor. Algunos oradores ponderaron mi obra regionalista, y el más erguido de elocuencia dijo que yo era el grande entre los hombres de Ultramar. Con arrebato profético puso su cólera contra los caciques, hiñéndola de un fuego que se caldeaba en la llama del espíritu. Un comensal me dijo que aquel orador propendía a los hiatos compulsorios y que se proyectaba sobre la elación como una cascada de espumas derramándose por los pedregales secos. Los caciques son la monserga de los poetas gallegos. Estos poetas están en la trapisonda de una pirosis muy cálida y por eso obran como los gladiadores del circo. Los gachupines odian al vate regional que trastorna el sentido conservador de las ideas religiosas o fundamentalmente cristianas. Tú conoces bien a los gachupines, y sabes que laboran la esclavitud de los peninsulares sobre la pasividad del criollaje monipodio; porque el criollaje "vive del cuento", y con los centenes del *viejo* se dan a la bacanal, y si son letrados hacen poesía a la luna, en donde ven, con las sombras del aquelarre, a las brujas invocando el conjuro.

Borrascosamente andan los gachupines por los lugares de poca cultura continental, y se zurran como los gallos de pelea para tener un cercioro de sus agresividades palurdas. Es la Habana una ciudad bondadosa que apaga las lumbres cuando muere el sol. Demasiado

yanquizada, levanta algunos rascacielos a los laterales de sus calles estrechas, y así le arden los asfaltos al modo de piedra ígnea afirmada en recebo encendido. Sería conveniente tener las casas de un solo piso bajo en las zonas tropicales y abrir anchas avenidas contra la fatiga de los vahos calientes que se menguan un poco con los vientos del norte y el oleaje del mar. Los yanquis influyeron en los cubanos desde la guerra de liberación colonial. Ya antes habían influído, por modos verticales, en su marcha hacia un progreso más alto; pero España estorbaba estas penetraciones saludables, movida de rencores contra la libertad y la escuela libre. Bien se entiende que hablo de la España militarizada, no de la España popular, siempre angustiosa por el dolor, siempre sumida en el espanto de su propia agonía. En el labio de los gachupines florece la conversación de las finanzas. Patosos unos, obesos otros, engallan la figura con un flus blanco muy pulido, y se tiran de los almidonados puños en el momento de proceder a una arenga. "Pongámonos—dicen—a las órdenes del Rey, y si el Rey nos falta, que venga un dictador, pero nunca la república". Luego acentúan sus fervores a la Madre-Patria, y piden al Embajador que no dé un paso trascendente sin previa consulta con los magnates de la colonia.

Y ahora, como de pasada, quiero hacer constar que demoré siete días en la Habana, en un viaje a México de precipitada fuga. Allí me dió amparo el diario "Apostadero", y mi nombre se pronunció con palabras de salutación agradecida, las cuales me parecieron muy a propósito para la mojiganga de los artificios corteses. Cuando visitaba aquel periódico, fuí presentado a los redactores de rango, y por esta razón me he visto entre los diálogos de sabia perversidad crítica, junto a los hombres que se colocan el veneno con el propósito de producir la ruina instantánea. En aquel ruedo de redactores se decía que Cuba sólo tiene dos buenos poetas: Emilio Ballagas y Nicolás Guillén; dos buenos prosistas: Juan Marinello y Roig de Leuchseuring; uno que casi parece filósofo: Jorge Mañach. Lo parece—así dijeron—e ignoro por qué dijeron esto que a otros suena como falsedad. Aun siendo ellos redactores del "Apostadero" no se recataban en hablar mal del conde Rivereño, contrario todo este lenguaje a la astucia que los anima cuando la adulación para los movimientos prudentes y los impulsos honestos, dirigidos, aquéllos por lo

que tienen de misericordiosa conducta, y éstos por su sinceridad reformadora, a levantar el ánimo que ha presumido de sabio sin haber llegado a la sabiduría. Uno de los redactores leía versos de Ballagas y de Guillén. Los teatralizaba al modo de aquello que se pone en paraninfo para el asombro de los escolares. Su acento venía a inducir un prodigio, y he aquí lo que dijo entre una pausa de las recitaciones liminares: "Son formales los motivos de son en esta sinfonía de los poemas negros arrancados a la teta que da buena leche para adormecer al niño, o imbuídos sobre el que tiene la juma y se escinde en yambó y solongo después de repicarse en presencia del Santo africano. Hay que prevenirse de ello por los sonidos de excepcional música con que abre su ritmo esta nueva poesía popular:

*"Drómiti mi nengre*
*mi nengre bonito.*
*Diente de merengue*
*bemba de caimito.*
*Cuando tú sía glandi*
*ba a ser bosiador . . .*
*Nengre de mi vida,*
*nengre de mi amor.*
*Mi chibiricoqui,*
*chibiricocó . . .*
*¡Yo gualdo pa ti*
*tajá de melón!"*

Ya se consuela el niño, dormido en el sueño que le viene de chupar la teta, y su negra se va a la batea para lavar los pañales que se ensucian de aquello que se zulla livianamente, porque los resortes contra las esclusas no tienen todavía refreno en la edad de la lactancia, que es la edad del llanto y del crecimiento lento. La negra agobia la batea con jabón blanco, pero el negro traspasa la juma y es muy circunspecto su modo de cantar:

*"Yambambó, yambambé.*
*Repica el negro solongo*
*repica el negro bien negro:*
*congo solongo del Songo*

*baila yambó sobre un pie.*
*Mamatumba,*
*serembé cuserembá.*
*El negro canta y se ajuma*
*el negro se ajuma y canta,*
*el negro canta y se va.*
*Acuememe serembó,*
*aé,*
*yambó,*
*aé.*
*Tamba, tamba, tamba, tamba,*
*tamba del negro que tumba;*
*tumba del negro, caramba;*
*caramba que el negro tumba:*
*yamba, yambó, yambambé".*

En este momento del cantar, se oyó la voz del conserje llamándome para la entrevista con Pepín. — Don Pepín Rivereño ha terminado mismamente ahora de producir sus impresiones, y le espera en su sala de la Dirección.

La sala de Pepín es amplia, y sus artesonados tienen adornos de figuras sacras, las cuales parecen inducir toda la mitología del profeta Ezequiel. Pepín escribe sobre una mesa de divergentes reflejos. Se publican estas sus impresiones en el "Apostadero", y ellas han sustituído a las "Actualidades" que escribía Nicolás Rivereño, primer conde del Rivereño. No cabe duda que aquel primer conde dejó en sus vástagos la marca de la gañanía, especialmente en el primogénito, quien asemeja, cuando uno lo enfoca a cierta distancia, que siempre viene de arar. Pepín habló cauteloso y receloso. Yo hablé más que él. Para que no me juzgase zopenco le di como mío propio el juicio de otros, y así salió esta parrafada a meter bulla sobre balbuceos que expresaron alguna timidez: "Cuba tiene dos grandes poetas y dos grandes prosistas . . . (Pepín oía guiñando uno de sus ojos, burlón y carnero). Cuba tiene dos grandes prosistas y dos grandes poetas. Los poetas son Ballagas y Guillén. Los prosistas son Marinello y . . . No pude pronunciar bien este nombre alemán y dije Roig de Locherin, que era mi modo de emitir un sonido

fonético. Otros dos poetas hay subidos al Parnaso: la Avellaneda y Heredia, pero la poesía de Heredia es estruendosa como su Niágara, y la de Gertrudis Gómez de Avellaneda fugitiva como su alma de mujer". Comprendió Pepín que toda esta cháchara me venía de prestado, y pronto se pasó a otro tema, hablándome de los trenes subterráneos, de los teatros del Broadway, de la Casa Gallega . . . Luego, extremando la cortesía, me condujo a los talleres del "Apostadero", donde hubo de explicarme el mecanismo de las rotativas, al paso que me informaba sobre el consumo de papel. En el tránsito me dijo muy complacido de su elogio: "Don Alfonso fué un rey grande y Primo de Rivera gran dictador benévolo."

Todos estos Rivereños se sienten fascistas y son orgullosos del símbolo infamante que pone a la Falange bajo el yugo y las flechas. Pepín suscribiría, en todo tiempo, las palabras de Pemán, involucradas de fanfarria histórica: "No hemos sido imperio o no ser cuando nuestra diversidad personalista ha sido superada por sustancias unificadoras germánicas y romanas . . . Cuando Roma nos hacía el imperio, es cuando nosotros, sin perjuicio de colaborar en él con soldados, políticos y hasta emperadores, teníamos tiempo de hacer filosofía" . . . O suscribiría aquellas palabras necias que dijo el Inspector de Primera Enseñanza, Olegario Díaz: "La escuela nueva tiene que volver a la práctica de aquellas virtudes cristianas tan hermosas y tan sencillas que eran el sostén más firme de la vida de los pueblos honrados. El besar la mano de los sacerdotes, el rezar el santo rosario, el cántico de la salve, el saludar al llegar a casa diciendo: bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento". Y basta de Pepín, o de Rivereño, porque han de ser los cubanos, y no nosotros, quienes han de vigilar los movimientos de sus propios traidores.

Pues ya me voy hacia Primo de Rivera, y lo hago después del banquete que me dió la Coruña. Aquel banquete recordatorio donde hice crítica sobre Rosalía de Castro, aun sabiéndome prepóstera larva del ritmo métrico y ajeno a la poesía que mira a la inmensidad del mar. Me han dicho que Rosalía se ha imbuído de mar intenso. ¿Y qué propuse a los hombres en el momento que abrí mi boca para una oración lapidaria? Les importaba saber cuán voluminoso me prolongué en mi inepcia indiana al dedicarme un verso

precedido de palabras que explicaron la ofrenda del vate Marañón: "A don Ricardo Montes, conspicuo hombre de negocios y luminaria de la Casa Gallega de Nueva York que él preside" . . . Pues ya me voy hacia Primo de Rivera viajando en un tren mixto. Galicia siempre es verde. Sus prados refulgen al sol como la panza de la cicindela. Desde el tren he visto una romería aldeana. Primeramente se me proyectó en la distancia a modo de borroso diseño. Luego la vi visible, y se circuyó de bullicio porque pasaba la procesión. El cielo se acohetaba en repentes de bombas que tenían el estampido de cañonazos secos. Nada cambia en el panorama peninsular ibérico. Nada cambia y todo es pobre. Hace años que Azorín observó la inmovilidad de Castilla, y era así como era su inmovilidad: "Castilla con sus vetustas ciudades, sus catedrales, sus conventos, sus callejuelas llenas de mercaderes, sus jardines encerrados en los palacios, sus torres con chapiteles de pizarra, sus caminos amarillentos y sinuosos, sus fonditas destartaladas, sus hidalgos que no hacen nada, sus muchachas que van a pasear a las estaciones, sus clérigos con los balandranes verdosos, sus abogados—muchos abogados, infinitos abogados—que todo lo sutilizan, enredan y confunden". Pasemos a otro bando estas observaciones de Azorín y digamos que en España nada cambia y que todo es pobre: pobre el camino y la posada; pobre el agro mal repartido; pobres estos coches del tren mixto, donde la suciedad llena el asiento, y nadie limpia aquello para que no se incomoden los viajeros. Incomodarse debe de ser lo mismo que estar incómodo, y siendo esto así, echaríamos de menos el polvo, los esputos y los residuos de comida en los vagones que tienen en su suciedad la marca del valor plebeyo. Bien es cierto que la limpieza tampoco es excesiva en los coches de primera y de segunda clase; pero allí no se nota el suceso, porque el lujo cubre la desidia. Todo se contrae a formas anticuadas, y lo que tenemos como artículos de segunda mano nos lo dan los extranjeros; mas no lo renovamos ni lo mejoramos, ya que en nuestra naturaleza de zánganos no cabe renovación. Los lucenses levantaron sobre la corriente del Miño una planta eléctrica, falta de canalización ingeniosa. En vez de hacer el salto donde la tierra pudiese ser cavada sobre una distancia de kilómetros que lograsen el *dam* (represa o dique), lo pusieron a las laderas del río, entre la tierra firme y un caneiro, de suerte que

el agua no se queda en el canal, sino que mucha se filtra por las piedras, perdiéndose en la corriente del centro, rápida e impetuosa. No importa que todo quede así, puesto que en la tradición está nuestra gloria pasada y nuestro destino futuro. Ahora se recuerda que Unamuno ha salido en defensa de los haraganes (es probable que sus hijos—sus hijos de carne y hueso—, que él engendró por connubio, lo son), y compara la haraganería a una forma de actividad, cuyo sentido yo no entiendo. "Después de todo—anota Unamuno—, la civilización empezó cuando sujetando un hombre a otro a la esclavitud lo obligó a trabajar para los dos, y libre él de tener que esforzarse por su parte para ganar el pan, pudo mirar a las estrellas y preguntarse: ¿por qué darán así vueltas?; ¿por qué saldrán ahora por aquí y mañana por allá?"Y aun dijo otra cosa Unamuno: "Un cierto número de vagos es necesario para el desarrollo de una elevada cultura. Los zánganos son la aristocracia de la colmena. Y en los hormigueros son las hormigas neutras, las eternas tías, las que trabajan; las otras, las sexuadas, tienen alas y no trabajan".

Pues no por vago me he visto yo en presencia del gran vago Primo de Rivera, y cuando nos hemos visto, hemos hablado de dictador a dictador. Sus palabras fueron al modo como las transcribo: "Amigo Ricardo, te saludo en nombre del Rey, en el de los ministros de la Corona y en el mío propio. Las relaciones de la Dictadura española con las dictaduras de América son cordiales. Trabajan bien estas relaciones algunos españoles de Cuba, quienes sienten a impulsos de un elevado patriotismo. Respaldándolos está el "Apostadero", cuya influencia trasciende a todos los sectores de la opinión pública, y frena la fuerza de los criollos exaltados. Porque hay criollos que ignoran su ascendencia ibérica, como si los mismos mulatos pudieran negar la sangre española que corre por sus venas, inflamándolas de brío y coraje. Los Centros regionales preparan nuestro imperialismo futuro. No importa que seamos ceniza y que nos atenace el asma de siempre. Hay algo que no se ha perdido y es el honor. Los gachupines mandan en América. América está, en algunas partes, tan primitiva como cuando la atacaron los conquistadores, y puedes verlo allí donde los latifundistas son antidemocráticos y con el poder absoluto de los virreyes. Repito que los gachupines mandan en América; pero como somos potencia de tercero o

cuarto orden, el dominio yanqui pesa muy fuerte en una y otra parte del Nuevo Mundo, especialmente en Cuba, ya que es allí donde la escuadra afirma sus clavijas sobre el dorso de Guantánamo. Disimulan los yanquis mejor, porque son más cultos y más tolerantes que nosotros. Y también porque son más ricos. ¿Has conocido tú a Pote? Me han dicho que se mofaba de José Miguel, llamándole ñáñigo. Uno no entiende por Madrid—y no es alusión descarada a tu modestia—cómo los indianos brutos se enriquecen con tantos millones, y lo que más asombra es que se enriquezcan sin saber leer. A cada rato escriben cartas al Rey ofreciéndole montañas de centenes a cambio de un título nobiliario. Las cartas no tienen sintaxis ni estilo, y ellos se desprestigian en el modo de redactar. Pienso que no haremos emigraciones sanas mientras el analfabetismo pese como un oprobio sobre las clases trabajadoras . . . sobre los cazurros de la aldea" . . .

Verboso hablaba Primo, y yo celebré su cháchara con algunas volutas enfáticas. Luego le ofrecí en florilegio una gran mentira prolongada. "General: los gallegos amasamos fortunas, no como Pote, que Pote era un cerdo, sino como Jesús Bouza, que se bañaba y tomaba el sol. Emigrados de España sin educación y privados de aquellas ventajas con que recorren el mundo los anglosajones, o las razas escandinavas, empezamos la faena por los más bajos menesteres, y subimos, subimos, si con la fatiga no se nos quiebran las piernas y no se nos parte el esternón. Me dijo un amigo enterado de la historia que no a todos era dado arribar a Corinto sin el caudal suficiente para gozar a la cortesana Lais. Nosotros no buscamos la cortesana en América: allí fundamentamos la riqueza, y luego, ya viejos, nos volvemos a España a comprar la hembra que se nos apetezca, si ya no la posee el Rey o un hijo del Rey. Cuando, por la mala suerte, no logramos fortuna en Ultramar, se nos escurre triste la vida, y nuestro tragín es padecer. Un tumbo aquí y otro acullá, general. Nos levantamos y caemos. A veces, de las caídas nos traspasamos al hospital, y, en seguida, a la muerte. Pero el ingenio nos puso en la delantera a los gallegos de Nueva York, y quien no tiene un rascacielos, tiene una fábrica de galletas, un hipódromo, un restaurante, un hotel . . . La Casa Gallega nos costó medio millón de dólares, y en ella no sólo bailamos fandangos, sino que la abrimos

a los aires saludables de la cultura. Dictó la última conferencia mi amigo el cónsul Casandares, y ha versado sobre Concepción Arenal, autora de varios libros, entre ellos "El visitador del preso" . . .

Interrumpió Primo de Rivera:

—Y de otro más útil para España que "El visitador del preso", cual es "La instrucción del pueblo". En nuestra tierra se pierde la verdad de todos. Se perdió la verdad de Costa, la verdad de Ganivet, la verdad de Unamuno . . . Aquí todo se pierde, hasta las dictaduras. Ricardo, vuelve mañana que hablaremos de estas cosas. Hoy hay una gran caravana para audiencia. Vuelve otro día. Mañana. Cuando quieras. Me llevarás un mensaje a los gallegos de Nueva York, y un saludo al Embajador. Puedes venir mañana, a prima hora de la tarde, antes de que los pedigüeños me invadan la antesala. Adiós, Ricardo, adiós.

Me acompañó hasta la puerta, me apretó las manos, y entrambos nos despedíamos respirando una idéntica bocanada de alcohol.

Toda la visualización de la dictadura española pasó ante mí como un acontecimiento magno, y entonces me fué difícil comprender lo que presentí algunos años más tarde cuando la república ardía sobre las llamas de la traición. Los militares españoles son la pesadez de España. Degenerados, prefieren entregar a otro la tierra en ruinas antes que dar al pueblo la libertad y la escuela. Entre ellos y los alemanes hay una semejanza profunda. Leo estos días un libro de Jan Valtin y cuesta trabajo creer lo que allí se dice sobre las torturas que se aplican a quienes disienten del régimen totalitario. Cuando Valtin era forzado a hacer confesiones que lo comprometiesen a él y a sus amigos revolucionarios, un agente de la Gestapo le asió el dedo pulgar de una mano y se lo retorció hacia atrás. Pero escucha el relato según su autor lo refiere:

> *"Un agente me asió el dedo pulgar de una mano y me lo retorció hacia atrás. Se oyó distintamente el crujido del hueso . . . Me puse en pie como impulsado por un resorte. El bárbaro que me había fracturado el dedo, dió un salto hacia atrás al oir el terrible aullido de dolor que lancé. Casi simultáneamente volvió a cruzarme la cara el látigo del bestial flagelador. Tenía yo los labios tumefactos e insensibles; la sangre*

*me corría por la pechera de la camisa y por la chaqueta; me tambaleaba como un beodo, y me mantenía en pie por no sé qué prodigios de equilibrio"* . . .

Se repiten los ataques en todo el tiempo del largo interrogatorio, y ya la víctima cae sin sentido, quedándose como en la postración de un cuerpo tenso:

*"El látigo restalló sin piedad, y a cada azote se me nublaba la vista, y me sumía en las nieblas de una sombra espesa. Pero los latigazos no se sucedían unos a otros con rapidez bastante para hacer continua aquella negra noche de mis sentidos.*

*Cuando recobraba yo la noción de las cosas, volvía a silbar la serpiente de fuego, cuyo cáustico coletazo tornaba a hundirme en tiniebla y desmayo. La calculada sevicia de aquella flagelación me desesperaba y me llenaba de rabia, y me hacía prorrumpir en gritos de furor. Los gritos se fueron debilitando y tornando en un quejido lastimero. Oía yo mi propio lamento apagado y continuo, sentía mi carne desgarrada y macerada por la correa inmisericorde y silbadora, y experimentaba un sentimiento tan agudo que me parecía que el cerebro, derretido, se me iba a salir en viscoso raudal por ojos, boca y narices".*

Alemania debe ser vencida. Y después de vencida, debe ser deshecha para que la gran bestia no reaparezca otra vez sobre el escenario de Europa. Todo alemán, aun aquel que se ha confesado la esencia del pensamiento libre, infunde la sospecha de su soberbia racial, y por esta causa sería sabio esterilizarlos (1). Como sería sabio esterilizar los señoritos de España, especialmente las mujeres del tipo de Carmen Polo, a quienes hubiera sido más honroso ganarse la vida de prostitutas—puesto que la prostitución supone, cuando menos, algún esfuerzo—, que ser esposas de caudillos "inmortales y gloriosos". Existen dos grandes pueblos que comprenden la libertad y la aman: Inglaterra y los Estados Unidos de América. La libertad—ha dicho Hegel—es necesidad comprendida. Sólo los acu-

(1) Sólo las razas degeneradas mentalmente pueden llamar al invasor para hacer una guerra civil. Son razas degeneradas mentalmente las poseídas de gran pereza, como la nuestra, o de grande incultura como las balcánicas y otras así. Jamás el español dejará de admirar a otros mientras no sea capaz de hacer el trabajo por sí mismo.

muladores de fuerza persisten en que no todos somos iguales por el hecho de nacer, y que nunca deben faltar los esclavos ni las cadenas. Sólo los acumuladores de fuerza repiten la frase de la misma Fuerza en la hora más amarga que tuvo para su sacrificio el redentor Prometeo: "únicamente Zeus es libre".

Y los mequetrefes españoles han escrito humorismo sobre el progreso de los Estados Unidos, juzgando todo el panorama continental a través de una visión estrecha. Nada es más ancho que esta tierra de la América libre, y por su trabajo se ganan todos los frutos que necesita la comodidad del hombre. Pero una vez fué diferente su sentido a ciertos pánfilos de la paradoja. Hacia el año dieciséis pasó por Nueva York Julio Camba. Camba parece un redondel de palabras girando, beodas, sobre los mareos del *wiskey*. Y Camba habló unas horas después de haber desembarcado en Nueva York. "Aquí hay las casas más grandes del mundo, los teatros más grandes del mundo, los puentes más grandes del mundo, las tiendas más grandes del mundo y otras muchas cosas que son, también, las más grandes del mundo". Es verdad que existen las cosas más grandes del mundo, y por eso Yanquilandia da testimonio de su grandeza. Una grandeza que se reparte entre todos los ciudadanos, y a cada uno le corresponde la misma educación en las escuelas, en las universidades y en los colegios. La excentricidad de los yanquis viene a ser como un subterfugio que imaginan los tontos de las razas decrépitas. Quien esté dentro de esta América no ve esa excentricidad. La ven algunos Cambas que duermen durante el día—mientras otros trabajan—el licor bebido por la noche y luego hacen periodismo de laboratorio para dar a los ignaros la nota sensacional, profundamente beoda.

Ya no soy de la Casa de España ni del Club Isabel y Fernando. (Existe este Club en Nueva York, pero ninguno de los socios sabe quiénes fueron Fernando e Isabel). Soy antifascista, y, vuelto a mi cordura, me proclamo hombre libre, sellando mi verdad, como la selló don Quijote, contra la burla de los bachilleres: "Vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño".

Te abraza,

RICARDO.

# GLOSARIO

# GLOSARIO

AMIGO Adelardo Novoa y Díaz Varela: Creo que las Confesiones de Ricardo Montes debieran imprimirse, porque el público debe ser poseedor de ellas. Otras veces he abrigado la sospecha de que nuestro amigo es un católico devoto, temeroso de Dios y del infierno. Alrededor de la mesa donde dialogábamos muy pulcramente sobre todas las cosas, un instante fué para la muerte, y a mí me ha correspondido debatir la objeción que algunos hombres sostienen, entre ellos Nietzche, de que el alma se muere antes de morir el cuerpo. Vida hay en el cuerpo agónico, y, sin embargo, el conocimiento puede no estar allí. Tres agonías he presenciado en el curso de mi vida, y las tres me dieron el acto de la revelación. Así me parece que sólo la fe obra el milagro de crear una superexistencia sobre los postulados de un mundo trascendente. ¿Quién ha inventado la ciencia trascendental absoluta? ¿Y cómo en la verdad absoluta cabe la plenitud del ser? El alma se muere por la pérdida del conocimiento—del conocimiento que se pierde la última vez—, y la vida puede estar aún en su trabajo durante las horas del coma. La nada de la muerte tiene una sensación realística en los bellos versos de Rubén Darío:

*"Pasa un murciélago.*
*Pasa una mosca. Un moscardón.*
*Una abeja en el crepúsculo.*
*No pasa nada.*
*La muerte llegó".*

Dime qué pasa en ese instante en que hay vida y no hay el alma que tenga conocimiento de la vida. ¿Cuál es la permanencia del alma en ese instante? ¿Sale del cuerpo sin la razón de sí misma, o muere en el cuerpo con la razón? No se olvide que los magos enseñaron la resurrección de los muertos, de donde arranca la filosofía del llanto que llena la presencia de las religiones todas. Cristo ha resucitado por el amor de María de Magdala, y así lo entendió Renán cuando comentaba: "¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos aquéllos en que la pasión de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado!"

Ricardo Montes padece las congojas del alma atormentada, y aunque es anticlerical, busca, sin embargo, los caminos de Dios. Le envié un libro de meditaciones y le recomendé aquella plegaria donde el robador de corazones oye el dolor del penitente: "¡Oh robador de corazones; roba, Señor, este mío, pues en la Escritura tienes nombre de robador, apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio y bien flechado que pueda penetrar un fino diamante?" . . . El recuerda su niñez y sabe que le enseñaban a rezar las oraciones de la cartilla cristiana: el padre nuestro, el credo, la salve, la letanía . . . Pero la memoria se apoderó de las oraciones y fué con el orante la rutina oral, ajena al sentido de aquello que está en nosotros cuando meditamos sobre lo que pedimos. Tú comprenderás por qué le agrada el libro de Fray Diego de Estella. Y aun le agradaron algunos de los salmos que también le envié para educar su alma en el encanto de la poesía: "Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía" . . .

Mira ya, Adelardo, cómo Montes era fascista por ignorancia de sí mismo y de la doctrina; mas en descubriendo la verdad del sistema, abominó de él y se hizo humano para todos cuantos sufren. Espero que ahora se capacite en la democracia, si bien temo que el haber estado bajo la sombra de Franco le suprima la voluntad y le mengüe el juicio.

Pero Ricardo disputa sobre hombres y principios, y dice (¡quién sabe por qué lo dice!) que don Quijote no fué un ser de carne y hueso, según quieren presentir algunos comentaristas de la novela por excelencia. El ha leído la obra nueve veces, sospechando que almas de tal magnitud no nacen de nosotros, y ha sido milagroso

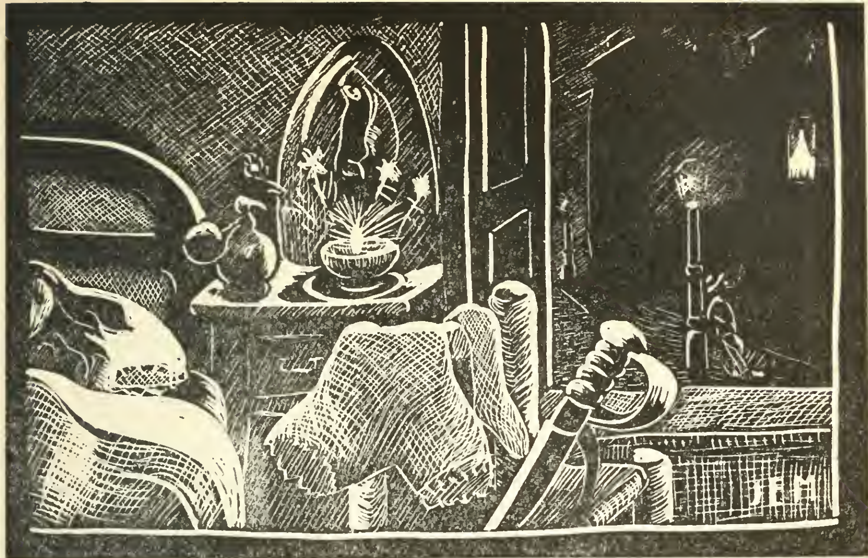
que Cervantes crease ese héroe dentro de un marco infinitamente extenso. Don Quijote—son principios de Ricardo Montes—cabalga en su locura. Mas ¿podrán decir los comentaristas de dónde, cuándo y cómo viene la locura de don Quijote? Estar loco no es muy corriente, y aquel que se enloquece por la sabiduría gana la admiración del mundo. Los españoles no somos locos: somos cazurros. No se enloquece por debilidades del estómago, sino por superaciones del ideal. El cazurro nunca enloquece. Sancho no ha podido enloquecer, y Sancho es de España. Es lo más español de la novela. Y he aquí, dilecto Adelardo, que Montes tampoco supo hacia donde iba, y así embrolló el temario hasta parecerme un loco de atar cuando hablaba de la ruta de don Quijote y de su decoro ante los duques que le habían reafirmado el encanto de Dulcinea.

Desde ahora ¿has descubierto tú la locura de nuestro amigo en su locuacidad sempiterna? Si la has descubierto, señal es de que has descubierto su sabiduría, y entonces procede decir que no se ha perdido la voz del demonio que nos habla al oído: "Para los que piensan como nosotros, todas las cosas bailan. Todo va, todo vuelve, la rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere; todo vuelve a florecer; eternamente corren las estaciones. Todo se destruye; todo se reconstruye. Todo se separa; todo se suelda de nuevo. A cada momento principia la nueva vida. El centro está en todas partes . . . Ha llegado, pues, la hora en que se bendice a sí mismo el que desaparece. Así se acaba el ocaso de los hombres".

Te saluda,

CASTRO CASTROVIEJO.

# MUJERES DE LA FALANGE



"La gracia de tu hermosura se fija en el corazón de los hombres, y algunos hombres abren el labio para producir el tormento".

# MUJERES DE LA FALANGE

EN Grecia, donde fué pulcra la cultura de todos, poco valor tenían las mujeres. No importa que Venus nazca de las espumas, o que Atenea presida las cátedras de la sabiduría. Aquí solamente estaba la deificación poética con que los Homeros y Hesiodos cubrieron de belleza altísima las rutas amorosas del Olimpo.

Señoras del señor libre, o bien doncellas núbiles, hijas del señor, no eran en el gineceo el brazo del trabajo doméstico, porque sus esclavas zurcían la tela y prendían el broche. Eran, tal vez, azucenas y lirios del oloroso camino, reservadas a aquel que puso en ellas la esperanza de un deleite. Calónice nos dirá toda la verdad sobre el destino de las mujeres griegas: "Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta a su esclavo; otra acuesta a su hijo; aquélla lo lava o le da de comer". El trágico las cubrió de fango. Pero, al mismo tiempo, no les negaba el consuelo de la palabra cuando la escena exigía el fúnebre tono de las grandes tristezas. Así Teseo derrama su angustia sobre el cuerpo yacente de Fedra: "No te inquietes, desventurada, que ninguna otra mujer entrará en el pala-

cio y ocupará tu lugar para el himeneo. ¡Cuánto lloro, ay de mí, que ya veo el luto que ha de cubrir esta mansión! Yo muero: desierto está mi hogar, huérfanos mis hijos". Los hombres se contradicen en sus obras, y la mujer a quien insultan es la misma mujer a quien adoran, ofreciéndole culto sobre el ara de los tabernáculos. Artistas supernos han acumulado plenitud de belleza en las estatuas de las diosas. Fué tan divina la Venus de Praxiteles que el mancebo, enamorado del mármol como si fuese carne viva, cometió un pecado impuro, y la mancha en el muslo—huella imborrable de un deseo ilícito—expresaba la cavilación del sacrílego. Contra las mujeres disertó el romano Metelo Numídico, pero exculpando a aquellos que unían sus vidas a la vida de la mujer. "Ya que la naturaleza ha dispuesto de tal suerte las cosas que no se puede vivir con una mujer, ni vivir sin mujer, aseguremos la perpetuidad de nuestra nación antes que la bienandanza de nuestra corta vida".

Dice el Génesis que Eva fué hecha de una costilla del hombre, y los exégetas concluyen su razonamiento con la afirmación de que Dios hizo a la primera mujer igual al hombre, no inferior a él, pero sí obediente a él, que eso es lo que indica el acto de la costilla. Mas ¿por qué en el Levítico es la mujer un animal inmundo? Cuando habla Jehová son sus palabras como un río de postema sobre la mujer: "Y cuando la mujer tuviere flujo de sangre, y su flujo fuere en su carne, siete días estará apartada; y cualquiera que tocare en ella, será inmundo hasta la tarde. Y todo aquello sobre que ella se acostarse, mientras su separación, será inmundo: también aquello sobre que se sentare será inmundo". Dulce fué el maestro Jesús, y, sin emabrgo, dijo a su madre: "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" Palabras muy duras que rebajan la honra de la mujer hecha madre, especialmente si la concepción del hijo no devino por la cópula, sino por la gracia del Espíritu.

2

Cayo Valerio Catulo ensalza a Ipsitila en versos alados y fugitivos glicónicos. ¿Cómo la ensalza? "Siempre te amaré, dulcísima Ipsitila, mi delicia, mi mayor tormento. Mándame acudir a tu casa a mediodía, y si lo ordenas, procura, sobre todo, que tu puerta no se

abra a nadie y que nada te obligue a salir fuera. Permanece en casa y disponte a gozar nueve veces seguidas. ¡Ah!, si me has de llamar, llámame pronto: he comido hasta la saciedad y estoy tendido boca arriba destrozando mi túnica y mi manto".

3

La gracia de tu hermosura se fija en el corazón de los hombres, y algunos hombres abren los labios para producir el tormento. ¿Has oído la sátira de Hipólito contra la mujer? "Azote grande es la mujer; pues el padre que la engendra y la educa, da, además, la dote y la casa para librarse de ella: al contrario, el que reciba en su hogar esta peste destructora, goza engalanando a una pésima estatua, y la viste con sus mejores ropas, y el desventurado gasta así sus rentas". Me parece que algo debíamos resguardar si la debilidad de la mujer prueba cómo por ella se pasa a todos el influjo fanático religioso; que ahí está la ponzoña del beaterio y el triunfo del clericalismo reaccionario e inquisidor. Las mujeres, además, son las propicias a transmitir la limosna cuando el mendigo que llama a sus puertas la ha menester. Pero hay hombres que se rebajan en este sentido, y uno de ellos, que era poeta, nos dijo claramente la oración del mendigo. "Todo hombre que te busca va a pedirte algo . . . La ley escondida que reparte las excelencias, te ha entregado el privilegio de los privilegios: dar. Tú puedes dar". Es un modo con que los poetas vadean la charca sin manchar en su lodo la brillantez de la vestidura. Somero habló de la limosna aquel que producía la tónica de su recargada protesta: "Yo deseo dar y repartir, hasta que los sabios vuelvan a gozar de su locura y los pobres de su riqueza". Y luego él y otro sabio hablaron para la inmensidad del mundo: "Llevo un objeto a los hombres"—postulaba el primero de los sabios. "No les des nada—agregó el viejo—; por el contrario, quítales algo y que te ayuden a llevarlo. Y si quieres dar, no les des más que una limosna, pero no la entregues hasta que te la pidan". "No—, respondió el domador de reptiles—, yo no doy limosna, porque no soy bastante pobre para hacerlo". El caudillo que robó la tierra de todos, no tuvo bastante numerario para la limosna de los pobres, y ordenó a los moros de su guardia que los pasasen a cuchillo.—"¡Que se

mueran los cabrones!—dijo abruptamente. Todos los mineros deben sucumbir para que sobrevivan los visigodos. Cuando la ruina sea mediana, llénese lo desolado con nazifascistas, propicios a la parranda del *nuevo orden*". El coro cantó tres veces: "¡Franco, Franco, Franco, sigue tu camino! Ocúltate en el ángulo más recóndito de tu palacio. El destino incontrastable así lo dispuso".

Al sediento fatiga su sed. Pero también el sediento tiene hambre, y las matronas que dan limosna, se acercan a él con un plato de sopa desgrasada. ¿Quieres comer buena sopa? Esa se reserva para los germanos, ya que ellos nos salvaron del comunismo. Nosotras te ofrecemos la esperanza en palabras de promesa. Mañana comerás. Mañana será menos seca tu sed insaciable. El buen siervo es obediente al señor. Porque si el siervo grita, las leyes lo punen con el presidio. Ora, en tu adefagia, a la Virgen, que la Virgen escucha a los desamparados. Las Vírgenes son fascistas, y la capitana, que tiene culto baturro en la catedral de Zaragoza, lleva el escudo y las flechas sobre su manto de escarlata. Los rojos no han respetado su prestigio sagrado, y, diciendo que era judía, dijeron que era hedionda como los machos cabríos. ¡Dios les perdone la blasfemia a los rojos! Huele a nardos la Madre de Dios, y los fieles le traen rosas del jardín florido. Rosas en el altar mayor. Rosas y claveles para la virgen capitana. Vestida con las insignias de las heroicas milicias, su aparición milagrosa será evidente cuando el caudillo se proponga restaurar el imperio.

Las mujeres falangistas no ayudan a levantar escuelas, sino iglesias. España no necesita escuelas: España necesita templos. Las mujeres falangistas traen al pobre el plato del Auxilio Social. Pero... ¿han comido ellas, alguna vez, las habas de ese plato? Presiden las procesiones religiosas, y aquellas que portan el estandarte parece que llevan el caduceo de las prostitutas. También cantan: ¡Franco, Franco, Franco! Y Franco las desprecia, porque Franco tiene sus oídos en los pies, como los tenía Dionisio de Siracusa, y porque es andrógino como las azucenas. "Soy el poeta Agaton, y mi estrofa es mi invocación: ¡Venerandas Genitílides, qué dulce y voluptuosa melodía! ¡Los besos son muy tiernos y coruscantes! Todo mi cuerpo se extremece de placer. *Ita ut audienti mihi prodicem ipsum subierit titilatio*". Esto lo modula el caudillo en las fiestas

de amor entre hombres, cuando los moros de su guardia hacen de comadronas y Franco simula el parto. ¡Franco, Franco, Franco!...

Vosotras, señoritas ociosas, desgracia y pesadumbre de España, habéis exaltado el pietismo que degeneró en beaterio, y por vosotras nos vino la maldición de Dios. Porque Dios nos ha maldecido conforme a las palabras de los Números: "Y vuestros hijos andarán vagando por el desierto cuarenta mil años, y ellos llevarán vuestras fornicaciones, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en la tierra".

# REPORTAJE DE UN ESPECTADOR




"Ha fracasado mi verdad ....

# REPORTAJE DE UN ESPECTADOR

HA fracasado mi verdad. Yo no sé cuál es mi verdad, ni la del prójimo, ni la de esos que andan sordos a la algarabía de unos sonidos acústicos. Me puse donde estaba el dolor y dijo mi verdad: he ahí a tus hombres. Pero luego, al verme todo en el llanto, observé que los pobres eran histriones que abrían la boca para darse a sí mismos la carcajada del diablo.

Muchas gentes se habían congregado allí, cuando les hablaba un orador vagabundo. Miraron primero hacia el techo. Luego miraron hacia el punto que tenía la mesa y la Biblia, y un vaso de agua con boladillo. Mientras no habló el orador, las gentes murmuraban: Aquella lleva el traje de seda y la capa de raso. Aquella parece que olvida su deuda al mercader Herpolsheimer, luciendo su estatura galana como las princesas de las cortes imperiales. Y al pasar por la línea del centro la dama de carnes obesas, fué general el murmullo, y algunos sacaron el pañuelo para ahogar en la boca el impulso de sus risas indiscretas. Cuando vino el silencio primaba la voz del orador vagabundo, quien dijo: "Esto que ocurre hoy es revelación de los profetas. Los profetas nos han adelantado cuanto va a suceder. Ellos presintieron los aeroplanos, los tanques, los cañones, los

gases asfixiantes. También han previsto que Rusia, once años después de esta guerra, desaparecerá del mapa, por mandato de Dios". Nadie protesta. La protesta, en un discurso religioso, es insurrección. El orador continuó diciendo: "Los judíos no son tales judíos. A los anglosajones pasó la avaricia semítica, y no hay otros judíos que los ingleses. Por extensión son un poco judíos los escandinavos, y el alemán no se sabe lo que es, si ya no es más que un ario asirio colmado de barbarie y de fuerza cavernaria".

Oyeron al ministro y no lo comprendieron bien. ¿Estaría loco o sería del todo estúpido? Los locos suelen decir sus locuras, y, por veces, aciertan. Un loco era aquel que dijo: "Toda alegría quiere miel, quiere heces, quiere embriagada media noche, quiere eternidad de todas las cosas" . . .

Y era loco el Dios de la Montaña, que llamó bienaventurados a cuantos padecen persecución por la justicia.

También fué loco el hidalgo de la lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor, y con todo dijo a los cabreros, que no entendían su locura: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*".

Para la ira del tirano se ofrecen los pringajos de carne, y quien se desangre en sacrificio no merecerá otro premio que la perdición.

Es cierto que las masas trabajadoras no han comprendido aún su sufrimiento. Son del alguacil y del corchete. Las prenden por el gancho, y en él se quedan sin hacer la cólera que rompa sus cadenas. Tenía razón aquel que estuvo en la plenitud de su verdad: "Más de uno de los que se apartaron de la vida no se apartó sino de la canalla. Más de uno que se retiró al desierto para sufrir allí la sed con los animales salvajes lo hizo por no sentarse junto a la cisterna en compañía de sucios camelleros. Más de uno que avanzaba como exterminador y como granizada por los sembrados, sólo quería poner el pie en la boca de la canalla para taparle el gaznate" . . .

Yo no hallo mi verdad. Otros no hallan su verdad y se quedan tan tranquilos. He buscado mi senda, pero de los valles surgía la niebla, y todo era una noche obscura. No me incumbe la mentira

de aquel que se puso sobre los profetas para producir la revelación de los aeroplanos que bombardean ciudades abiertas. Antes de haber Mussolini y Petain, Franco y Laval, Hitler y Baudoin, ya había fascismo. Petain, el senil, tomó de Franco las primeras lecciones totalitarias, y Francia ha vuelto a las iglesias, anulando la libertad de pensamiento, de asociación, de imprenta y de todo aquello por lo cual se hizo Francia—una parte de Francia—gloriosa e insigne. Los franceses han vivido de la mentira democrática. Francia nunca ha sido una democracia, sino una farsa social política. Jamás habrá buena comprensión entre ingleses y franceses. Puede haber inteligencia entre alemanes e ingleses, aunque ahora se hallen distanciados por la guerra. Ningún país católico crea democracias. El alemán podrá tener su democracia cuando lo eduquen en ese sentido. Sin embargo, lo mejor para Alemania sería su esterilización, porque una democracia alemana, imbuída de orgullo racial, tornaría al hitlerismo o a otra cosa tan bárbara como el hitlerismo. Los países católicos coartan los impulsos de la naturaleza y suprimen la voluntad, aun después de haber reconocido la existencia del libre albedrío. En esta Francia de Petain, que es la eterna Francia de la burguesía, florecen otra vez los niños que entran a las iglesias vestidos de blanco para hacer la primera comunión.

No diga el sacerdote vagabundo palabras que oscurecen la lumbre de la verdad. Son grandes los anglosajones, porque en ellos todo es decencia y cultura. El niño inglés encontró asilo en el mundo de habla inglesa. Cada cuatro semanas hablan con sus padres sobre las estaciones radiofónicas y sus padres no les mencionan la guerra, ni les preguntan si han oído el sermón. Los niños españoles vieron cerradas las puertas de Hispano-América, y sólo México les ofreció su sonrisa cuando la orfandad los dejaba a merced de todas las vicisitudes dolorosas. Un padre español no le preguntaría a su niño por la escuela: le preguntaría por la misa, por el Te Deum, por el padre cura, por las hermanas monjas, por el incensario y la vela . . . Somos católicos y basta. La fe nos abre la esperanza de la nueva vida, y eso que nos pertenece no requiere los alimentos de la tierra ni la prudencia de los hombres intensamente humanos.

Aquellas gentes que oyeron al orador vagabundo murmuraron en la calle, porque murmurar dentro sería indecoroso. Pero no han

sabido murmurar con la verdad del sabio: "Yo no quiero parecerme a los cordeleros que estiran sus hilos, y ellos van siempre hacia atrás. Hay también quienes se hacen demasiado viejos para sus verdades y sus victorias: una boca desdentada no tiene ya derecho a todas las verdades".

# SU SANTIDAD EL PAPA




"Ya Pío XII se había sentado en la silla de las recepciones, rodeado de un obispo y de cinco funámbulos"

# SU SANTIDAD EL PAPA

EL pájaro negro metió su vuelo en las arcadas lunarias de una ventana abierta que daba sobre la primera estrella vesperal. Fué este vuelo hecho en círculos y se producía para un indicio de los malos presagios. Por todo lo que vino apresuradamente se coligió el futuro preñado de sombras, y algunos que corrían el aquelarre miraban a la luna llena contra la curva de siete cadalsos. Ha llegado la hora de los vaticinios. Los sacerdotes habían hecho por la mañana un rito sobre el ara de los tabernáculos, exaltando la servidumbre de cuantos trabajan para la industria fascista. Al volar el pájaro negro, su sombra huidiza era en la sala del trono. Entonces el papa extendió su aliento y dijo que algunas veces la hervencia expresaba la voluntad divina. Ya Pío XII se había sentado en la silla de las recepciones, rodeado de un obispo y de cinco funámbulos. A ejemplo de las sillas imperiales, esta silla del vicario tiene ancho respaldo chapeado de bichas que decoran el oro y la plata, prolongándose los brazos en desmesurada longitud saliente, más cerca de la postura incómoda que del arrellanamiento propicio y grato. El salón del trono es de lujo opulento. Toda una cámara ducal con algunas estatuas de bella talla escultórica. Los facciosos de la pere-

grinación falangista llegados bajo el vuelo del murciélago, han visto en la pared un cuadro de borroso diseño que recordaba la edad teúrgica del maestro Jesús y aquel su milagro donde se apaciguaron las aguas del lago de Tiberiades, a seguida de la predicación en que dijo al escriba lleno de fe en el futuro reino de Dios: "Las zorras tienen cavernas y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recueste su cabeza" . . . Vestido de blanco se halla el sumo sacerdote de Roma. Le dan escolta dos guardias suizos, firme la lanza y con una ancha botarga de *clowns*. Así, entre lanzas, fueron guardados los tiranos de todos los tiempos, como ahora lo son esos dictadores de los Estados totalitarios, entre los cuales Franco parece un globo de verbena inflado por la barriga para el estampido final. Sonríe el papa a la Falange, y ésta se pone en los cumplidos del protocolo. Primeramente le besa el anillo el general italiano Gambara, jefe del medio millón de fascistas que invadieron la península ibérica y han ayudado a ganar la guerra monstruosa, en la cual todo se ha perdido, incluso el honor. Pío XII estrecha aquellas manos que chorrean la sangre del crimen. Se le muestran muy sumisos los militares facciosos. Gracias al catolicismo subsisten las jerarquías, y por la ortopedia que conocen los teólogos quedan corregidas las deformaciones espirituales, al modo de aquello que se limpia y limpio está hasta que el pecado lo cubre otra vez de escoria.

Un camarlengo rechoncho, con sonrisa de cabrío, presenta a los promotores de la camorra, y ya se oyen las palabras que está diciendo al dictador de la Iglesia militante:

—Beatísimo Padre: aquí están los cruzados de la causa fascista, que es la causa del Dios omnipotente, señor de los cielos y de los abismos. España es tierra de santos. Cuando algún peligro satánico ha amenazado los cimientos de la religión verdadera, los españoles dieron la cara en defensa de su fe. Fueron ellos los que derrotaron las huestes de la Media Luna en Lepanto y son ellos los que ahora detienen al Comunismo sobre las fronteras de la Europa conmovida. Beatísimo Padre: aquel rey Felipe II luchó con denuedo contra la Reforma, y no pudo vencerla, porque las fuerzas del diablo eran poderosas y la vida del Monarca corta. Como en los tiempos del rey Felipe se rinden a tus plantas los cruzados de la fe. España permanece fiel al vicario de Cristo, y ella es baluarte contra la herejía,

porque allí alientan estos mílites que imploran la bendición apostólica después de su triunfo sobre las fuerzas del Anticristo.

La luna estaba en frente del papa y también el sol. Cuando el sol se asentó sobre el ocaso fué apareciendo la primera estrella, y la luna se rellenó de luz. En esta hora de las luminarias llegaron los falangistas facciosos. ¿Por qué llegaron al anochecer? Toda visita de los grandes hombres merece una audiencia especial, y el papa recibía a la casta militar española que en una guerra fratricida aseguraba otra vez el triunfo de los obispos y de los cardenales. Vino la noche y con ella el revuelo del pájaro negro. Se humillaban los falangistas ante aquel que nunca se humilla. Y un militar de las escuadras estaba allí para obedecer . . . para obedecer solamente, porque él no creía en la causa del príncipe ni en su facultad de ligar y desligar los pecados del mundo. Siervo de la Falange por orgullo de casta, prefería no renunciar al crimen antes que elevar su conciencia a los ritos de la purificación. Y aun luchando contra la república, sintió el dolor de perderla, por donde España volvería a la barbarie feudal y a su postración moribunda.

Mientras el papa hablaba a los sicarios de la Falange, el militar de las escuadras cerró su sentido de la audición y se dió a pensar de este modo: — Trescientos años invirtió la nueva religión en propagarse, y ha prevalecido sobre las formas de un politeísmo sensual, cuyo rito pesaba sobre hecatombes de toros, manchándose el ara de grasa para la oblación diurna. Durante los tres primeros siglos, los cristianos practican el culto a través de la maravilla que se representa en la encarnación del Hijo del Hombre, segunda persona de la Trinidad, o Verbo entre el Padre y el Espíritu. Llamamos Hijo del Hombre a lo que esta voz tiene de parangón literario, sin obliterarle el sentido que se recoge en el libro de Daniel cuando el profeta "mira en la visión de la noche, y he aquí, en las nubes del cielo, como un hijo de hombre que viene y llega hasta el Anciano de grande edad, y le es dado señorío y gloria y reino". No hubo entre los cristianos el acto profeso de revivir el cuerpo transubstanciado de Cristo en el pan ázimo de la Eucaristía. Mas porque los sacerdotes pusieron el milagro en el símbolo, prevaleció la leyenda de las formas sobre la ignorancia común, y al concepto puro espiritual sucedía el grosero materialismo que ha informado a las voluptuosas sectas

asiáticas. Casi todas las religiones colocan la felicidad en el origen. Pero sólo los hebreos trasladan esta creencia al futuro y asientan que Jerusalén será la capital del nuevo imperio judío. Ya las escuelas más ortodoxas de la Palestina acomodan las visiones proféticas a una tesis realista, de donde la tierra emerge como el centro de las almas para cuanto exige el fin último del hombre. Josefo, de linaje de sacerdotes y sacerdote él mismo, postula la supervivencia de una cultura que les traía la Roma de los Césares, y de haber prevalecido su política contemporizadora, el pueblo de Israel nunca hubiese perdido la tierra que ahora busca sobre los rencores de la persecución general.

A partir del siglo III, la Iglesia empieza a construir su obra, influyendo en la autocracia de los Estados feudales. La Iglesia será el reino universal que no pudo lograr la sinagoga. Pero con la definición hay que levantar el dominio permanente, y esto supone grande esfuerzo y astucia grande. Los concilios ecuménicos abren la controversia, y sobre mentiras se difunde el símbolo mesiánico. Cada milagro prepara la creencia en el reino de Dios. Jesús resucita muertos, cura leprosos, da vista a los ciegos, sana a los enfermos. Hechos tan portentosos pasan olvidados para la Historia, y es cosa curiosa observar que también entonces hizo milagros Apolonio de Tyana, quien se bilocó, por lo menos, una vez, según refieren sus biógrafos. Sin embargo, el Dios de Apolonio era el sol, pues a él libaba con incienso, contrario al rito de la sangre que se ofrecía a otros dioses. "Astro del día—decía Apolonio en la invocación—, luminar del cielo, sé mi guía por todas las regiones a donde me dirija y sea mi voluntad. Pueda yo conocer y tratar muchos hombres buenos, pues en cuanto a los perversos no quiero conocerlos ni ser por ellos conocido". La existencia real de los milagros motivó la duda en el Padre Feijóo y he aquí cómo se expresa: "Rara vez, lo confieso, llevará a tantos peligrosos precipicios la ligereza del vulgo en soñar milagros; pero siempre tiene el gravísimo inconveniente de desautorizar el menor número de los verdaderos con la inmensa multitud de los fingidos. Por eso me parece que harían un considerable servicio a Dios y su Iglesia los prelados eclesiásticos, ocurriendo con fervoroso celo a este abuso; y aun cuando constase que de intento se fingen milagros (como sucede no pocas veces por varios motivos), hasta

el magistrado secular debería proceder contra el autor del embuste, siendo de su fuero, con severas penas". No importa que el buen sentido crítico los pase a la cábala sobre los términos de la incomprensión general. Son los babuinos un volumen extenso de irreflexiones iletradas, y sólo los conmueve la mentira que se produce ante ellos como abertura de precipicio. Pasmados se quedan cuando les dan la licnomancia en la luz de la llama; mas nunca se pasman cuando les repiten la verdad de Jesús según nos fué dicha en el sermón de la Montaña. . . .

Aun el papa continuaba ensalzando a los falangistas que habían hecho la guerra contra su propio pueblo, cuando el militar ateo, descentrándose de sí mismo, escuchó algunas doctrinas puntuadas por los labios del sumo sacerdote. "No creo en ti—dijo abruptamente. ¿Por qué los aviones no pasan sobre el Vaticano para reducirte a cenizas? El mundo te respeta y te teme, y mientras el mundo te tema, estará perdido". Luego, por disciplina, dobló, como los otros falangistas, la rodilla para recibir la bendición papal. Y al estrechar la mano de los obispos, su mente recordaba que algunos prelados calzaron espuela y han vestido cota de malla en las acciones bélicas de que fueron caudillos. Uno de ellos, pulcramente galante, dijo a la infanta Leonor cuando ésta lo invitaba a bailar una zambra en la corte de Juan II: "Si supiera que tan apuesta señora me había de llamar al baile, no trajera tan luenga vestidura". Enriquecidos con el sueldo que les paga el Estado, buscan la sociedad de los ricos, porque traen oro de Ophir y piedras preciosas para los tesoros de Jehová. Los obispos ignoran la pobreza del Cristo. Una vez los fariseos se levantaron contra él, acusándolo de impostor. Pero él dijo a todos la verdad de su fe: "No aprestéis oro ni plata, ni cobre en vuestras bolsas. Ni alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni zapatos, ni bordón; porque el obrero digno es de su alimento".

Terminada la audiencia papal, se dió a los falangistas una medalla de oro con la efigie de Pío XII y el paño de la Verónica. Nuestro militar ateo se fijó en el oro de la medalla y tuvo una protesta:

—Esto es contrario a la vida de Aquel que apuró en un huerto el cáliz de la amargura.

Y se calló.

Mas el papa, después de la fiesta, pidió unas copas de vino añejo y habló así al cardenal secretario de Estado:

—Cuando el murciélago se entró por las arcadas lunarias tuve la cavilación de si en aquellas alas volaba la sustancia del diablo, porque la noche anterior fué en mí, durante el sueño, una visión fosforescente, y era que veía siete cadalsos y siete obispos ahorcados, y detrás un Lucifer con la misma jeta de Hitler, metiéndoles fuego en la boca y un chuzo encendido en las entrañas. ¿Qué opina del augurio el cardenal secretario de Estado?

—Opino—respondió el cardenal—que no sólo nos espera el infierno como grandes concupiscentes que somos, sino que los nazis ahorcarán a todos los clérigos si logran su triunfo sobre las fuerzas libres del mundo.

# PALABRAS DE JUAN ENCINA




"La sangre se derrama de otro modo muy distinto. Es sangre que se vierte a torrentes cuando el desafío hizo, por la puñalada, una incisura profunda" . . .

# PALABRAS DE JUAN ENCINA

El demagogo segundo se puso en la onomancia de un nombre apócrifo y explicó el futuro como si lo viese en forma de resurrección. Luego dijo a los oyentes que estaban en el silencio de un corro cercano: España es una vergüenza cotidiana. Lastimado el más pacífico por aquella arenga apolítica, demandó una paráfrasis aclaratoria, y le fué dicho, sin otro preámbulo, que es africana nuestra cultura, incluso el teatro de Calderón y las obras de Fray Luis. Hubo gran revuelo entre las minorías especializadas de aquel auditorio heterogéneo, y algunos se preguntaron: ¿tendrá razón? Y viendo el demagogo que le arrojaban piedras, se echó contra los provocadores, pronunciándoles el sermón de Zaratustra: "No me comprendéis, no; no es mi boca la boca que necesitan vuestros oídos. He vivido demasiado en las montañas, he escuchado demasiado los arroyos y los árboles, y ahora os hablo como un cabrero. Plácida es mi alma y luminosa como el monte o la montaña. Pero vosotros creéis que soy frío y un redomado zumbón". Aun murmuraban las turbas, y entonces las distrajo con una canción de primavera, para lo cual dijo

antes algunas cosas circunspectas a cuantos eran cortos de peculio y de sacrificio. "He leído que la poesía de nuestros místicos tiene la música de la sangre. Cosa singular ésta de creer que andamos tan abundantes de sangre que nos sea dado derramarla como un sonido acústico en el oboe de nuestros ensayos hialinos. La sangre se derrama de otro modo bien distinto. Es sangre que se vierte a torrentes cuando el desafío hizo, por la puñalada, una incisura profunda. (Otra vez no me entienden y será preciso que me enmudezca). ¿Por qué os aposentáis lejos de la lumbre que a todos nos envía el sol? ¿Nunca se os refugió el alma donde se dijo el estigma del cura que devoraba la comida con sus quijadas de lobo? . . . "destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos" . . . Si salís de las tinieblas, ciegos salís de ellas, y otra vez sois del oficio asalariado que compensa todos vuestros fracasos. No pretendo enseñaros más sabiduría. Consultad a aquel que, por ser profundamente africano, pudo daros libros piadosos como *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*."

—Según este orador se explica—murmuró uno de los oyentes—, España es lo africano de Europa, y, en consecuencia, los españoles llevamos por el mundo la ignominia de nuestra nacionalidad.

—Así es—afirmó un camarada ácrata; pero tampoco él está libre de pecado.

Como la noche que se cierra espesa sobre la sombra de algunos senderos sin luna, así era la verbena bajo la llama de los faroles, y aun no se vieron las caras donde la iluminación se hacía fuerte por el pábilo de veinte candiles. La muchedumbre bailaba, casi beoda, el baile de las muñeiras. Juntáronse sus cuerpos de carne rolliza, no cesando en el ritmo de las curvas diabólicas para los goces presentes. Algunos borrachos que perdieron el camino de la alborada, se habían acostado a la orilla de un arroyo; mas uno no pudo dormir, y, atormentado por la sed, se ahogó en el agua. Cuando los otros notaron el suicidio, rehusaron cargar con el muerto, cavilando que si lo cargaban, la justicia les imputaría el delito. "Mejor será que él solo se pierda y que el agua lo limpie"—dijo el más cuerdo de todos. Y al momento de reanudar la marcha, el mismo que había recomen-

dado la huída quiso cerciorarse sobre la identidad del muerto y vió que era el demagogo que les había predicado el sermón.

Fué lástima que así se haya muerto antes de concluir unos papeles que guardaban el sentido de la última verdad. Decían que ningún español ve de cerca el páramo seco, sino a distancia inconmensurable como la que media entre tierra y sol. Algunas veces nos adviene libre el espacio, pero si éste arde en llama viva, ciéganos tanta luz derramada, de donde invocamos la noche para hacer en la nube la paraselene de nuestra ilusión. Toda nuestra cifosis arranca de una curvatura irregular. En resonando al pasavoleo el golpe de los albures, echamos consecutivamente la suerte, y la ganancia nos proporciona la vanidad de los triunfos perennales. Nuestros mílites andan ajenos al mundo: suponen que la corta periferia ibérica recoge todo el diámetro universal. Son topos de la tierra desolada. Uno de los frailes más geográficos de Europa tejió la mejor pancarpia floral y la ofreció a los hombres obesos: "Contemplemos puesta en armas cualquiera república sobre el empeño de una justa defensa, y vamos viendo a la luz de la razón qué impulso anima aquellos corazones a exponer sus vidas. Entre los particulares, algunos se alistan por el estipendio y por el despojo; otros por mejorar de fortuna, ganando algún honor nuevo en la milicia, y los más por temor al príncipe y al caudillo. Al que manda las armas le insta su interés y su gloria. El príncipe o magistrado, sobre estar distante del riesgo, obra, no por mantener la república, si por conservar la dominación. Ponme que todos esos sean más interesados en retirarse a sus casas que en defender sus muros, verás cómo no quedan diez hombres en las almenas". En el tiempo del padre Feijóo no se conocían los aeroplanos ni los tanques, pero se conocían los traidores, y de ellos no hace memoria el ilustre benedictino.

Quien dijo europeizarnos dijo el modo de podar nuestra selva, y eso es erguir muy alto el concepto cuantitativo de los valores creados. Mas lo europeo ha de ser lo movido de la cultura europea, porque hay mucho europeo imbricado como las cosas superpuestas, y ello interesa poco a cuantos buscan leyes flexibles o principios de justicia universal. No siempre la patria humilla, pero al vernos humillados, la ruta emigratoria nos dará amparo si conduce a tierras de promisión. Algunos prefieren los peñascos de un suelo yermo a la

pródiga abundancia que brota de los campos fecundos, llenos de vida y de lumbre gaya. Era conveniencia de Homero retraer a Ulises hacia las piedras de Itaca para luir la metáfora poética contra el humo de la perspectiva desolada, si bien la luz limpia fluía por cima de la humareda blanca, centrándose hacia un punto somo las sustancias de polarización levóriga:

> "Exoptans oculis surgentem cernere fumum
> naturalis terrae."

Pero yo, que he creído en la elevación moral de las masas, estoy decepcionado del modo cómo marchan los sucesos. Se intriga; se murmura; se teme. Unos caen de rodillas; otros queman la hoja de laurel para aplacar la ira de Dios cuando el trueno ruge. Si el hombre es recio lleva al monte el rescoldo encendido de la ciudad, y faltándole auditorio libre, coloquia con las oreades, o con las categorías de ninfas que dominan prados y aguas, nepeas, leimoniades, hamadriades, en un lenguaje pulcro, consecutivamente unido a los ecos de agradable resonancia poética, según eran en Safo, Corina y Telesilla. Luego que vienen al ara los pingües muslos de toro, Hesiodo canta la teogonía silenciosa. Existe una soledad del espíritu propensa a la desviación sexual, y de ella viene el impulso a profesar en los monasterios. Se dió esta lipemanía de amor en monjas de prepotencia letrada, y he aquí como lo sufre Teresa de Cepeda: "¿A dónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en vos? ¡Qué disparate huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada a la columna y báculo que me ha de sustentar, para no dar tan gran caída!" Otra hermana ardía en las mismas brasas del goce incontenido. También se llamó Teresa, y a los tres años de edad ya oyó la voz del Señor que la llamaba al claustro, según ella afirma. Esto de oir la voz del Señor ocurre con frecuencia entre las mujeres de España. Porque España es el país más africano de Europa, y a ella corresponde el páramo donde se hace toda meditación triste. Cabe observar que los eclesiásticos alaban la obra de sus varones ilustres, y tan preclaro encomio es reto contra aquellos que, por negar una cultura de tipo católico humana, no conceden a la Iglesia autoridad

para postularse inspiradora de las artes y las letras, porque el ascetismo abre un vacío entre la disciplina severa del espíritu y la gracia ágil del pensamiento que evita la influencia de la abracadabra. Cuando los griegos pasaron al Olimpo, la tierra fué con ellos, y su arte fundióse sobre peñascos marinos—mogotes de la mar—, como la Scyla amada de Glauco, cuya cintura tenía las cabezas de seis perros que ladraban a las espumas de las aguas tirrenas. Nosotros, por otra parte, llamamos descansada a la vida que huye el mundanal ruído, y no es descansada, sino batida por el trabajo de la soledad, que es trabajo sin sosiego, con muchas zozobras y quebrantos. ¿Hay algo más trabajado que la soledad de don Quijote en las entrañas de Sierra Morena? Los pensadores españoles pensaron poco en esta soledad, y hasta Unamuno, que no comprende la grandeza de un tal recogimiento, se va a las meditaciones ascéticas para hacer la parábola de los segadores. "Llegaron a segar un campo dos segadores. El uno, ansioso de segar mucho, empezó a cortar sin cuidarse de afilar la guadaña, y al poco rato, mellada y embotado el filo, derribaba la hierba, mas sin cortarla" . . . con todo lo demás que allí se cuenta respecto al obrar y a prepararse para la obra. La soledad no es eso que anda por lo desolado, sino aquello que se produce en infinita tristeza. En esta soledad fueron don Quijote, Cardenio y Dorotea, y así cuantos plañen las congojas de sus almas atormentadas, o sienten la presencia del dolor. Mas los poseídos de una idea religiosa aceptan la soledad que los absorbe para el predominio del vacuo . Como en la idea de morir solitariamente, la vida se sacrifica por un acto de inmolación:

*"Eres Tú de los muertos primogénito,*
*Tú el fruto, por la muerte ya maduro,*
*del árbol de la vida que no acaba,*
*del que hemos de comer si es que quisiéramos*
*de la segunda muerte vernos libres".* (1)

(1) Ramiro de Maeztu, en su libro "Don Quijote, don Juan y la Celestina", escribe lo siguiente: "Habría sentido (un francés, un inglés, un alemán) que se mofaba de una de las instituciones fundadoras de la civilización en su país, como lo fueron en Castilla los jueces y la Iglesia, al principio; la monarquía y la Iglesia después" . . . No comprendemos cómo la Iglesia fué en España creadora de civilización. Ni tampoco comprendemos cómo pudo serlo la monarquía. La Iglesia detuvo—y acaso mató—la marcha de España hacia el progreso, y eso debieran saberlo los Celestinos que se prostituyen en casa de la alcahueta, y escriben libros vacíos como éste donde bailan don Quijote, la Celestina y don Juan.

¿Quién nos hace la segunda muerte? ¿Nos la hace el espanto de una doble tragedia? A los devotos no basta el instante de morirse una vez: piden que el mismo instante sea un tránsito para otra vida más plácida, donde nada acabe, ni nada se contamine de pasión y pecado.

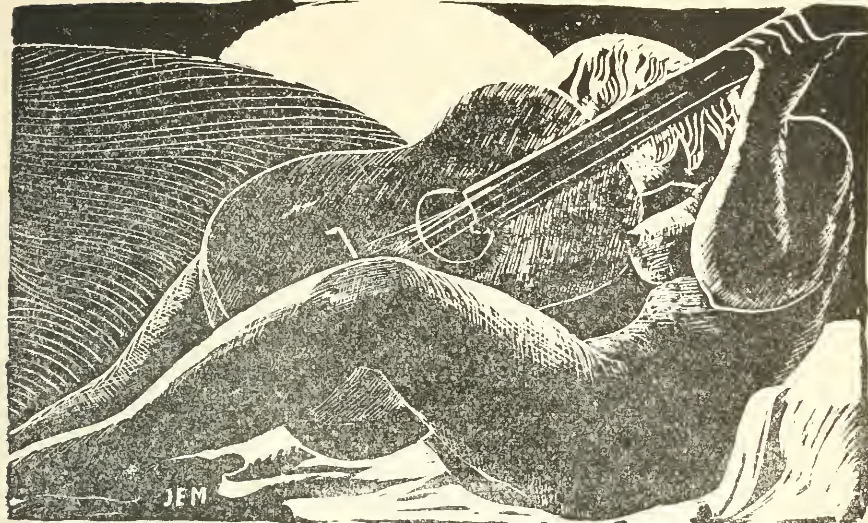
*"Sácame de aquesta muerte,*
*mi Dios y dame la vida,*
*no me tengas impedida*
*en este lazo tan fuerte:*
*mira que muero por verte,*
*y vivir sin ti no puedo*
*que muero porque no muero".*

Muerta en la hora del llanto, fuera de sí, pero buscando la correlación de la vida en los dominios de la Eternidad. Se ha prometido eterna vida a quienes no comen ajenjos ni beben palabras de hiel. No digan los sacerdotes que por la muerte heroica se gana la suprema virtud. España está llena de predicadores de la muerte, y estos sacerdotes son "tísicos del alma", los cuales "apenas han nacido cuando empiezan a morir". Que sólo ellos estén muertos, y en el deseo, "santifiquemos nosotros su voluntad". Hay que suprimir en el arte las sombras que turban su brillo, y dar a todas las cosas un perfecto equilibrio risueño. Será mejor matar los fantasmas que cubrir con el llanto la marcha de nuestra oración. El realismo superó la mitología griega, y por él Niobe se transforma en piedra, del mismo modo que Poseidón, persiguiendo a Amymone, clava su tridente junto a la laguna Lerna para que brote una fuente de agua viva. Todo es fiesta en el arte helénico, y el mito enraiza sobre la inmensidad de la naturaleza que tiene un sentido rumoroso. Como cuando el arte otorga a Afrodita la virtud de refrescar, con las ondas del Cefiso, las dulces y suaves auras, entretejiendo su cabellera con guirnaldas de fragantes rosas, y enviando los Amores, que forman el consejo de la Sabiduría y que son el origen de todo linaje de alabanzas, a Atenas, por donde corren las aguas que desembocan en el golfo sarónico. Los católicos siempre están en su duelo, y ni aun entienden los salmos sino en su modo de llorar: "Guarda mi alma y líbrame: no sea avergonzado porque en ti confié" . . .

Aquí se cortaba el hilo de aquellas notas que puntuaron una doctrina abstrusa, dirigida a auditorios incapaces de comprender. ¿Cuál sería la extensión de este discurso en el caso de no haberse ahogado el demagogo? Nadie lo podría intuir. Pero, entre los papeles, se encontró otra nota que decía: "Predico cuando estoy borracho. El vino no debe de ser tan malo como se supone, porque de su fuego han surgido mis rebeliones. ¿Se acabarían las rebeliones si se acabasen el vino y la taberna? Mi vida tiene la acidez del monte y el sentido de la lealtad. Y, a pesar de todo, acabaré de mala manera. Cuando llegue mi última sed, muera yo ahogado entre la corriente de un río, aunque mis discípulos echen mi cadáver a los perros. Hay veces que nos atormenta la hora, porque ella nos ha sobrecogido como la llegada de un espantajo. Moriré sin poder hallar la fuente que busca mi afán, y mi cuerpo dará el mal olor de su postema. Sea todo como fué dicho por el poeta:

*"Cuando yo me muera,*
*enterradme si queréis*
*en una veleta.*
*Cuando yo me muera."*

# TESTAMENTO DE FRANCO




# TESTAMENTO DE FRANCO [1]

—YA se me escapa la vida y pronto daré mi cuerpo a la madre tierra, donde otros se pudren, comidos antes, en la enfermedad, del cáncer y del escorbuto para la pena de su concupiscencia incontenida. No soy lo que era desde que la Muerte ronda cerca de mí. Aunque parezca mentira, me ocurre ahora lo contrario de lo que ocurre a casi todos en estos momentos críticos, y es mi convicción de que todo acaba con la muerte, por donde no hay en mí ni aun aquella sospecha tan resaltada en el ilustre Céfalo cuando respondía a su amigo Sócrates con estas palabras reveladoras de una duda amarga y profunda: "Vos sabéis muy bien que en llegando a consentir alguno que en breve ha de morir, le sobreviene el temor y cuidado de aquellas cosas que antes no le causaban ninguna pena. Lo que se cuenta de los infiernos, como deben padecer allí suplicios los que aquí fueron malos, de lo que se reía hasta entonces, empieza a inquietarle el ánimo y a temer que sea verdad lo que había te-

(1) Franco no se ha muerto aún. Y es muy probable que no se muera en la cama, ni que pueda testar **in articulo mortis.** Suponiéndolo favorecido de la buena fortuna, llegará el momento de su arrepentimiento y entonces quizás diga al mundo lo que nosotros decimos en un testamento imaginario.

nido por fábula". He comido esta mañana, precediendo a un ataque de tos, la Hostia consagrada, y no la hubiera comido si, de antemano, supiese que comía un cuerpo con todo lo que un cuerpo contiene, vísceras, corazón, intestinos, pulmones, esófago, cabeza y extremidades. Pero la Hostia, dada en comunión por la transubstanciación del cuerpo de Cristo, es solamente un rito impuro, y lo que se come es el pan ázimo, llamado *panis angelicus* por los monstruos de una secta que debe desaparecer para bien de los hombres y de la cultura general del mundo.

Franco se incorporó en la cama y entonces se iluminó:

—Esto que digo—dijo al notario, estando los dos a solas—será el preámbulo de mi testamento, y han de conocerlo todos, especialmente mi mujer Carmen Polo, y mi hija Carmencita Franco Polo, poseídas la primera de un beaterio enfermizo, y la segunda de una idiotez cruel hereditaria que las determina como símbolos de una raza castrada y casi moribunda. Señalo, pues, mi voluntad testamentaria. Arrepentido de mi traición, de la ruina y del hambre de mi pueblo, ordeno que

la Iglesia sea separada del Estado; que haya un obispo por región, y un párroco en cada distrito de veinticinco mil almas;

Item, se suprimirán los canónigos por inútiles e inmorales, y las catedrales cerradas al culto quedarán como monumentos nacionales, o serán entregadas a aquellas sectas religiosas que no practiquen la idolatría, sino la devoción a Dios;

Item, ningún cura católico podrá extralimitarse en sus estupideces, diciendo que es pecado el baile, pecado el teatro y el cinematógrafo, pecado leer toda clase de libros, incluso los libros de historia como los de Ernesto Renán, o los de aguda ironía como los de Voltaire;

Item, la enseñanza será laica y mixta para entrambos sexos, prohibiéndose en ella toda doctrina religiosa, porque la religión es un asunto privado, o un asunto del cura y del templo;

Item, en la Constitución se proclamará la libertad de cultos y de credos; y será castigado con arresto mayor o menor el sacerdote que predique el odio a los otros credos contrarios a su creencia, o los difame en el periódico o en la tribuna;

Item, los jóvenes practicarán el deporte físico que corresponde a cada sexo: las muchachas la natación, el *basket-ball,* el tennis, el *golf* y otros juegos que las vigorizan y civilizan;

Item, cada escuela tendrá lo que necesita. Siendo primarias, se dará al niño los conocimientos de la instrucción primaria, y en las de adultos habrá maestros que enseñen, no sólo las artes y las ciencias, sino el oficio a que se incline la voluntad del alumno, de tal suerte que hasta las muchachas aprendan la manera de cocinar limpia y culturalmente;

Item, no habrá manifestaciones externas del culto, como son las procesiones de santos y de reliquias, y quien viole esta orden sea punido con un castigo ejemplar;

Item, por la misma razón se suprimirán los entierros con cruz alzada, de donde convendrá que el cura espere en el cementerio, o que acompañe en un automóvil el carro fúnebre como cualquiera otro miembro del duelo;

Item, todo aquel que profese una secta tendrá respeto para los cementerios de otra secta, y a bien ser, los cementerios debían inaugurarse como parques, sin cruces, piedras ni mausoleos;

Item, habrá los menos cuarteles posibles, y el servicio militar será voluntario, y así a cada soldado se le pagará una soldada de diez pesetas diarias, tratándolo el oficial como compañero y no como a esclavo que suporta la cadena;

Item, los oficiales han de ascender por méritos de servicio, o por la brillantez de su talento, suprimiéndose los privilegios y dando entrada en las academias a los hijos del pueblo;

Item, la universidad, el colegio y la escuela se abrirán igualmente para todos, y el mayor respeto, junto con la buena paga, será para los maestros de primeras letras;

Item, la enseñanza primaria será obligatoria, y el padre que retenga a sus hijos fuera de esta ley, castíguesele como a un delincuente;

Item, quedarán establecidos el derecho de asociación, la libertad de pensamiento y de prensa, la libertad de palabra, y suprimido aquello que sea grosería o indecencia;

Item, la mujer será en sus derechos igual al hombre, y para estos derechos civiles, el divorcio será la primera ley;

Item, así las mujeres podrán obtener empleo en las oficinas del Estado, en los Ayuntamientos, en las casas de comercio, en todos los centros donde trabaje el hombre;

Item, los señoritos deben ser esterilizados, y después de otorgar a todos las ventajas del trabajo, quien no trabaje, perezca . . .

Franco tuvo un acceso de tos y cayó en desmayo. Ya no pudo revivir sobre la congoja que le causaba la fatiga testamentaria. Pero aun abría la boca otra vez, ansioso de decir algo que no debía quedársele en los secretos de la muerte. ¿Qué iba a decir Franco? Aquellos que no lo sabían conjeturaron que iba a revelar el gran número de crímenes cometidos por él y la Falange; o a maldecir una Iglesia que bendecía estos crímenes como la obra más grata a Dios. Revelaría quizás la traición que dió el dominio de España a Alemania para que el español fuese un extranjero en su patria y un mendigo de los caminos. O quizás quería pedir un vaso de agua que le apagase la sed, partida en resuellos de agonía, al modo de aquello que está en el ansia de una polidipsia insaciable. Franco levantó la mano y la bajó. Había hecho el último saludo fascista. Sus ojos circularon en un estrabismo vidrioso, y abrió desmesurada la boca como si quisiese echar por ella sapos y culebras. La conciencia le producía en sí misma la llama aterradora del infierno, y Franco ardía en el holocausto de los terrores. Contra la inercia de sus músculos tensos hizo la volición un esfuerzo, y el caudillo pudo decir sus postreras palabras: "Que España no sea del papa, y que el español se eduque para que nunca sea cruel . . . Que España no pertenezca a Inglaterra, ni a Alemania, ni a Rusia, ni a los Estados Unidos que justificaron con el embargo la política perversa de la "no intervención" inglesa. Español, haz la obra por ti mismo y no esperes de los fuertes a no ser el desengaño. Los fuertes te darán otra vez la Monarquía borbónica, el fusil de la guardia civil, la barbarie del clero, el despotismo de la casta militar, la tiranía de los industrialistas y el corsarismo de los bucaneros. Refórmate a ti mismo, y entonces el agro será del labrador, y la fábrica del obrero, y la justicia será hecha a todos los hombres. No habrá juicio sin jurado, ni delito que no haya sido probado ante la ley. Vendrá a ti la democracia, y vivirás feliz, ajeno a las dictaduras y a las cuarteladas". . .

Al llegar aquí, Franco expiró. Lo rodeaban entonces Carmen Polo y Carmencita Franco Polo, algunos líderes de la Falange, entre ellos el héroe Moscardó y el inepto Serrano Suñer, Yaguas, ministro en el Vaticano, los embajadores de Italia y de Alemania, quienes estaban asustados de una confesión tan antitotalitaria. También lo redeaban algunas monjas que no entendieron palabra de cuanto Franco decía, el nuncio y una pandilla de padres jesuítas. Los padres jesuítas presintieron que Franco se iba al infierno; pero el nuncio, que tenía en Madrid cuatro o cinco queridas de la nobleza, dijo apostólicamente:

—Todo es delirio. Franco ganará la canonización, porque en él y en la sangre de los navarros se ha salvado nuestra Iglesia y los soberanos principios de la dictadura redentora.

# HACIA RUSIA




"El labrador no la sabe cultivar porque es rocín".

# HACIA RUSIA

¿QUIENES han visto la parada de los falangistas mostrencos? Parece que las recuas fueron persistentes en el drama español, y a muchos "los cogió la hora" como en los soliloquios de Quevedo. Nadie busque esclavos en Africa, porque, en Europa, el pueblo ibérico arrastra siempre la cadena. Se dice que los españoles mienten sobre lo que tienen en posesión, y aun si nada tienen, exageran el relato. ¿Es precisamente hoy cuando exageramos nuestra historia? Mirad cómo os recuerdan el infortunio en algunos libros de prosa clásica: "Estaba un potentado después de comer arrullando su desvanecimiento con lisonjas arpadas en los picos de sus criados. Oíase el rugir de las tripas galopines, que en la cocina de su barriga no se podían averiguar con la carnicería que había devorado. Estaba espumando en salivas por la boca los hervores de las azumbres; todo el *coram vobis* iluminado de panarras, con arreboles de brindis. A cada necedad que decía, se desatinaban en los encarecimientos y alabanzas los circunstantes. Unos decían: "admirable discurso". Otros: "no hay más que decir. ¡Grandes y preciosísimas palabras!" Y un lisonjero, que procuraba pujar a los otros la adulación, mintiendo de puntillas, dijo: "oyéndote ha desfallecido pasmada la admiración

y la doctrina" . . . Los más serviles prestan una mayor servidumbre al amo; pero a éste lo cogió la ira, y *revestido de furias infernales, aullando, dijo*: "infames, pues me queréis hacer en creyentes que es estornudo de regüeldo, estando mi boca a los umbrales de mis narices, ¿qué haréis de lo que no veo ni güelo?" Y dándose de manotadas en las orejas, y mosqueándose de mentiras, arremetió contra ellos y los derramó a coces de su palacio, diciendo: "príncipes, si me cogen acatarrado, me destruyen. Por un sentido que me dejaron libre se perdieron; no hay cosa como oler".

Es preciso recordar que el español echa la culpa a otro cuando le sobreviene la desdicha o le ocurre un fracaso. No se atribuye el lodo que él a sí mismo se salpicó, sino que otros se lo salpicaron para producirle congoja y darle sed de venganza. Siempre fuimos esclavos. En el instante de parecer libres no sabíamos desenvolvernos libremente, y otra vez invocábamos la presencia de la esclavitud . Hay mucho que intuir por las verdades que nos trae el loco. Como algunos guardan fiambre en la mochila, los locos retienen en la cabeza el desbarajuste de la razón, y de sus incongruencias surgen las resoluciones más eficaces. Por lo menos el loco sabe ordenar el gobierno de la ínsula, según lo vemos en el capítulo 42 de aquella historia que anda en la boca de todos y que aun desconocen muchos sabios del mundo. "Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey" . . . Todo ha estado así, puesto que las jerarquías han estado siempre en su triunfo. Gran número de coces recibe el asistente, y éstas no se las da el caballo, sino el dueño del caballo. Además, el asistente, si el oficial es artillero, precisa ir detrás del caballo en que va montado el amo, y luego devolverlo al pesebre cuando el amo se haya apeado a las puertas del casino, o frente a la casa donde mora la concubina. ¿Cuáles son las ventajas del español sin prestigio de estirpe, o sin el señorío de la clase media? Aprendiendo la instrucción militar, le abofetean la cara, le pisan el bandullo, lo arrestan, le pagan un real al día, lo llenan de venéreo en las casas de prostitución. Si es pobre de solemnidad, anda roto, come las sobras del rancho que le arrojan los cuarteles, o bien pide limosna de puerta en puerta para que le llenen

el vientre de caldo, o la barjuleta de patatas podres. Necesita la influencia del cacique si pretende el humilde puesto de peón caminero, y no se lo dan si dicha influencia le falta. Pero nos corresponde la maravilla de la dicción, y de ahí arranca la gloria de la palabra que tiene un florilegio extenso, por donde así lo entienden cuantos hablan de nuestra literatura, especialmente de la literatura de nuestros místicos, como diría Manuel de Montoliu: "Hoy se puede ya afirmar, sin temor ninguno de pecar por precipitación o ligereza, que del movimiento de los alumbrados a la obra de nuestros grandes escritores místicos de la última mitad del siglo XVI, a través de autores como Fray Francisco de Osuna, Fray Bernardino de Laredo, Fray Francisco Ortiz, Fray Luis de Granada y varios escritores erasmistas, se extiende una vena ininterrumpida por donde fluye una corriente de espiritualidad que, despojándose gradualmente de la ganga heterodoxa que la enturbiaba en sus comienzos, acaba por transformarse en el raudal cristiano y luminoso de la sabiduría mística de nuestros grandes escritores contemplativos".

Coloquemos entre los buenos libros "Peñas arriba", "De tal palo, tal astilla", "Sotileza", "Al primer vuelo" . . .

Mas los niños se mueren de mala nutrición, los enfermos de los ojos pierden la vista, aquellos que tienen las muelas cariadas, las destruyen poniendo en la carie sal; los hospitales son conventos viejos, donde no hay enfermeras graduadas y donde uno se muere con los olfatos de la puerta, antes de llegar a la cama . . . Todo primitivo; todo arcaico; todo caduco y pestífero. Superándose bárbaramente están las castas, la clase media, los curas de la capellanía, los curas castrenses, los frailes de las órdenes agresivas y contemplativas, los canónigos, los obispos y cardenales. Un bodeguero y un tabernero ya son personas de pro. No es persona el rufián que labora en los obrajes, y aquí se incluye a cuantos trabajan por el oficio, huelen a brea y se dan de puñaladas en las romerías rurales.

Nuestra España fluye de la tierra como una esperanza permanente. El labrador no la sabe cultivar porque es rocín; pero importa que viva del mismo modo en la ignorancia de sí mismo, mirando al cielo y al reino de Dios. Nuestra España fluye como aquello que se engrandece por la gloria de la tradición. ¿Quién no ha visto al Cid sobre la llanura desolada de la seca Castilla?

*"El ciego sol, la sed y la fatiga.*
*Por la terrible estepa castellana,*
*al destierro, con doce de los suyos,*
*—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga",*

que cantó Manuel Machado, sin penetrar, acaso, el sentido de la canción. Después del Cid corre su luminaria Iñigo de Loyola, y los coros le producen el ritmo de las arengas militares:

*Sois Ignacio general*
*de la Compañía real*
*de Jesús . . .*

Así los santos y los guerreros hacen el mismo ensayo de la pelea, y, en la iniciación, unos y otros velan las armas como las veló don Quijote cuando se dispuso a seguir la ruta de las aventuras. Oigamos al P. Rivadeneira: "Como hubiese leído (Iñigo de Loyola) en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie, parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de todo corazón a ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para en adelante".

Los badulaques perduran en el paisaje ibérico como la avena que devora el trigo. Están arriba, en la dictadura; están abajo, entre la policía y el imperio de la guardia civil. Son vizcaínos en la cabezada y gallegos en el vasallaje. Poseídos de una estupidez crónica, se agrupan en legiones contra el protestantismo primero, contra el liberalismo después, contra el comunismo ahora, y, odiando a Inglaterra porque les retiene el *peñón*, entregan la soberanía nacional a la barbarie germana y son esclavos de Hitler y borregos de la Gestapo. No ven el fracaso de sí mismos en la ignorancia que los posee, y echan la culpa al inglés, o al norteamericano, seguros de que en esto de echar la culpa a otros ganan el equilibrio interior. Toda

la vida pasan en el ridículo, y en este instante han organizado un Ejército para pelear contra los rusos, a quienes también echan la culpa de la catástrofe que ellos, los falangistas, produjeron sobre España. Cabe la esperanza de que los rusos aniquilen a estas hordas del yugo y las flechas, tan orondas en la misión que se les confía sobre el logro de la última quijotada.

Porque he aquí, en la estulticia de Serrano Suñer, la palabra que a todos nos envilece:

> *"Vengo a despediros con emocionada alegría y envidia, porque váis a vengar la muerte de nuestros hermanos; váis a defender los destinos de una civilización que no puede morir, porque váis a destruir un sistema inhumano, bárbaro, el del comunismo ruso. Váis a contribuir a la fundación de la unidad de Europa. Fijáos bien, que esto quiere decir, además, que váis a combatir junto con las mejores tropas del mundo; pero estamos seguros de que conquistaréis para España la gloria de igualarlas en espíritu y valor".*

Esa es la España inicua que los españoles libres tratan de destruir hace más de dos siglos, y nunca logran su anhelo. Los rufianes de la milicia, del clero, de la nobleza y de la clase media dominan toda la escena, por cuya razón estamos en el oprobio de la hispanidad, paralíticos o moribundos. Charlatanes hasta el extremo de enjutársenos la gola, llamamos inhumano al comunismo ruso—humanizado, desde la revolución, en el trabajo y el progreso—, y no vemos nuestra propia crueldad, la crueldad y miseria del sistema totalitario falangista, erguido sobre cadáveres y proyectado sobre los escombros de la mal llamada guerra civil.

Don Quijote dió un saludable consejo a los monstruos que ignoran la locura de aquella sabiduría tan alta y luminosa: "Al culpado que cayere debajo de tu juridición considéralo hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia."

# LA DEMOCRACIA DE CIPAYO




"Ha perdido la vista del ojo derecho".

# LA DEMOCRACIA DE CIPAYO

ANDRÉS DEL CIPAYO se truncó a sí mismo en "El ascenso de un labrador", porque esperaba hablar un poco más al final de su camino si no se partía en desaliento con el curso de la fatiga. Y otra vez quiere dirigirse a los hombres de buena voluntad para expresarles que puede ser algún día el centro de una novela histórica, escrita por él mismo, y en la cual se consigne cómo ciertos vicios intersexuales destruyen un carácter, privándolo de virilidad y de aquello que da al cerebro la lumbre de irradiaciones supremas. Por el hábito del vicio, y por el placer que le proporcionaba el vicio mientras éste permanecía en la acción placentera, anduvo siempre con dolores de cabeza, debilitó la memoria hasta el punto de serle inútiles los ejercicios de la mnemotecnia, hubieron de suprimírsele los deseos laudables y se postró en la inercia de las voliciones como quien se cree perdido y del todo fracasado. En esta penuria de su estado mísero vino a salvarlo una mujer. ¿Qué razones tuvo Andrés del Cipayo para matrimoniarse sin sentir pizca de amor hacia la novia ausente? Era que en ella vió resuelto el problema de su vida estéril, y así fué como ha podido él divagar sobre los sueños, es-

cribiendo gratuitamente para los periódicos, algunos do los cuales le admitían los artículos, otros se los rechazaban, y el motivo de rechazárselos provenía de la confusión académica que en las ideas reinaba, si bien, entre el estrabismo del lenguaje, siempre confuso y retorcido, eran rasgos geniales que se escindían de la vulgaridad y de la monotonía común. Pero Andrés del Cipayo se consolaba en aquello que escribía, y al ver su obra impresa en los periódicos, prevalecía todo él en la vanagloria, mientras su mujer, generosa y buena, ganaba el alimento y el pan.

He aquí algunas de las palabras dialogales que afirmaron la promesa amorosa por parte de la mujer:

Dijo Cipayo:—No gano el pan y me hallo en la ineptitud de hacer aquellos trabajos que requieren escasa preparación. Por otra parte, la ignorancia del idioma inglés me cierra todos los caminos y todas las puertas.

Dijo la novia, hablando el español que había aprendido en el colegio:—Eso no nos priva de casarnos, porque mi trabajo es suficiente para el alimento de los dos. Tú llevas una vida miserable; vives mal; haces periodismo, y vuestro periodismo no produce salarios. Ya casados, estudiarás inglés, y te educarás en el conocimiento de la vida práctica. Los españoles—según me han dicho—os avergonzáis del trabajo y no os avergonzáis de pasar hambre.

Dijo Cipayo:—Mas ¿y si procreamos hijos?

Dijo la novia:—No procrearemos hijos.

Desde adolescente permanece en el motivo de la distracción, y se le curvan las palabras cuando quiere expresar aquellos decires que a su ansia estética conciernen. Mucho de lo que piensa no viene hacia el buen sentido lógico, por donde también se le parte la dialéctica, que es el modo de intuir sobre preguntas y respuestas. Y aun está en la relativa ausencia de la gramática, como lo ha probado en el inciso 3 de su felípica contra Rivereño, pues debiendo ser los atributos verbales en el presente, los puso en el pasado, y así lo que él pretendía expresar era que el "Apostadero" paga con creces los elogios serviles, siempre que salga ilustre el primer Conde difunto, y honrado el hijo mayor, heredero del título. Cambió los verbos en su tiempo histórico y todo el período oracional ha quedado fuera de sitio. No fué ayer que las hijas se descoyuntaron de alegría, por-

que ayer no eran aún felices retoños de la sangre azul. Sólo hoy están en la conciencia de su generación prócer, erguidas hacia la majestad y el trono augusto. Andrés del Cipayo pierde la memoria respecto al momento donde debieron situarse personajes y cosas, y entonces se le escapa casi toda la sintaxis correlativa. Como hay veces que se le anublan sus mejores focos de luz. Vuelto a la revisión de lo ya escrito, encuentra, quizás, el yerro, en cuyo caso rectifica o tacha si así conviene a la sonoridad del estilo. Posiblemente suprimiese, de haber recordado a tiempo, la prosa del inciso 3, y para ajusticiar los impulsos del hombre subordinado, acudiría a la autoridad de Crates, el cual dijo: "Los que no buscan otra compañía que la de los aduladores están tan solos y abandonados como los ternerillos dejados entre los lobos, pues ni aquéllos ni éstos son otra cosa que enemigos".

Tiene Andrés del Cipayo cincuenta años. Ha perdido la vista del ojo derecho. Su inteligencia, con las consecuencias del vicio intersexual erótico, no se ha clarificado aún del todo. Prevé, sí, el futuro, y le duele el modo en que pueda ocurrir el desenlace. Seminarista cuando niño, y formada la juventud en el seminario, destruyó la hombría con los tocamientos, y aunque su lujuria se centraba hacia las mujeres, era cobarde ante ellas, y, por cobardía, nunca pudo mirarlas frente a frente, sosteniendo la mirada y ganando el concúbito sobre la palabra atrevida. Sin embargo, se casó. Y, ya casado, siguió en la práctica del vicio intersexual, del cual no ha salido, a pesar de que la carne se ha enjutado como parte pobre. Los que hablaron de él se han dicho: "este Cipayo es una persona interesante. Entonces, ¿por qué no aprende inglés y se gana la vida?" Relacionado con la trama de esta obra contra el fascio y refundido en ella, puede responder a cada uno de los nombres que llenan la narración, y así os responderá por Fernando del Camino, o por Meana, y aun será aquel demagogo que no pudo completar la idea de su prefacio. Mas lo que él quiere ahora es que vosotros comprendáis lo que dijo en "El ascenso de un labrador", y fué eso que os habrá sorprendido por una inexplicable cortedad de palabras, como aquello de decir: "Era que obtuve plenitud de ignorancia sobre el valor de mí mismo, por donde resulté esporádico y contradictorio, prevaleciendo, a falta de ciencia y de juicio analítico, el lugar

común, que es el asidero de los coartados. Por eso mi mujer se ha ganado el pan que alimentó mi vida, y jamás se cansó de socorrerme, aun sospechando que yo la amaba meramente con el instinto carnal". Y la mujer, que no tuvo hijos, completó, hasta el momento presente, la obra de su sacrificio en favor del hombre que no se gana el pan por cobardía e ineptitud.

Pero Cipayo escribe profusamente y habla profusamente. Será siempre el mismo, con el mismo pergeño y la misma figura. Su mujer jamás se cansará de servirlo, porque Cipayo, después de todo, es bueno. Tiene el valor de amar la justicia, y como él ha sufrido, está en el sufrimiento de los pobres y de los mendigos. Ahora, a los cincuenta años, su mente parece más lúcida, y hace pocos días dialogó con un compañero, llamado Santibáñez, sobre la verdad del mundo, cuya sustancia se expresa a seguida, en un sustracto de la referencia:

SANTIBAÑEZ. *Según eso, la democracia no conviene a todos, sino a aquellos que se poseyeron de ella para lograr, junto con su libertad, la libertad de las mayorías, incapaces de un buen entendimiento político y de valorar la virtud como la comprenden quienes definen, por sabiduría, el sentido del orden y de la justicia.*

CIPAYO. *Así me parece a mí. Las mayorías dan el voto, pero las minorías gobiernan. En la República de Platón se discurre sobre las diferentes formas de gobierno, y todo el enlace polémico está trabado a paralelismos que no especifican cada uno de los sistemas en sí, esto es, en su modo, porque, comparando, toda la teoría viene a ser un mismo principio filosófico.*

SANTIBAÑEZ. *Decís muy bien. Yo he entendido que el joven voluble, acostumbrado a vivir sin cosa fija ni arreglada, sirvió de modelo a la de-*

*mocracia, y Sócrates postulaba que tiene todo el grado y toda la variedad del estado popular aquel que reune en sí toda especie de costumbres y de caracteres.*

CIPAYO. *¿Recuerdas cuáles son esas costumbres?*

SANTIBAÑEZ. *Literalmente las recuerdo. "Hoy pone sus delicias en la embriaguez y en canciones báquicas; mañana él ayunará y no beberá más que agua. . . . A veces se mete a filósofo; pero lo más común es ser hombre de Estado; sube a la tribuna, habla y obra sin saber lo que se dice ni lo que se hace. Un día se le van los ojos tras la condición de las gentes de guerra, y vedle aquí hecho un militar; otro día, tras la de los comerciantes, y vedle hecho un mercader. En una palabra, en nada quiere violentarse y llama a la vida que lleva, vida libre y bienaventurada".*

CIPAYO. *La democracia no significa la perfección en el gobierno, pero, sí, lo que más se acerca a la perfección. El hombre es libre en la democracia, y la libertad basta a nuestro destino. Si quieres probar el valor de la libertad, compárala a las congojas del tirano, el cual—según el mismo Platón—no puede ausentarse de la ciudad un sólo día como los otros ciudadanos, ni asistir a los espectáculos que llaman su atención. "Encerrado en el recinto de su palacio como una mujer, envidia la suerte de sus súbditos cuando sabe que saliendo fuera han visto cosas dignas de aprecio".*

SANTIBAÑEZ. *España no ha podido crear jamás una democracia. En España reposan todas las vio-*

*lencias, menos la violencia de ir contra nuestros caprichos y contra nuestros odios.*

CIPAYO. *El odio está muy metido en nuestra naturaleza, y parece imposible dominarlo. Siembra odios la Iglesia, siembra odios el militar, siembra odios el proletariado, siembran odios aquellos que debieran ser dulces por la misión de su apostolado. La república trajo un odio benevolente, mas no pudo nacer sin odio. Y todo nuestro odio es sangre, venganza, crueldad, tortura. Para eliminar el odio hay que eliminar lo que nos enseña a odiar. Sin embargo, esto podría hacerse por evolución y no por exterminio cruento. Las castas, el poder absoluto clerical, el parasitismo de los zánganos deben confundirse en su gran miseria. ¿No comprendes tú que el tiempo se nos ha ido en hacer política y no en hacer escuela?*

SANTIBAÑEZ. *Y en hacer clericalismo, negando la espiritualidad de la religión. ¿Quién le hará comprender a un cura católico que su religión es tan verdadera como la musulmana y que siempre permanece oscuro el origen del hombre?*

CIPAYO. *Oscuro históricamente, porque humanamente no cabe oscuridad respecto a la evolución del hombre. Somos animales dotados de razón y nuestro fin es la muerte. Por el mismo proceso de la animalidad somos engendrados, y lo que en ellos es inconsciencia del coito, en nosotros es conciencia del pecado, si perturbamos el acto natural sobre el severo sentido de la ley moral.*

SANTIBAÑEZ. *¿Cuándo se salvará España?*

CIPAYO. *Nadie lo sabe. Los falangistas están desempeñando ante el mundo libre el papel de una carnavalada trágica. Franco habló para decir a los Estados Unidos que Alemania y había ganado la guerra. Franco, que habla por boca de ganso, se refirió al trigo argentino, y apuntó algo sobre la soberanía de España, como si él no fuese un marioneta de Hitler, y como si España estuviese libre de la invasión extranjera. Franco y la Falange caerán cuando caigan los otros, y entonces . . .*

SANTIBAÑEZ. *Entonces ¿qué?*

CIPAYO. *Entonces la justicia dirá su última palabra. Pero la justicia ha de alcanzar a todos, y el clericalismo no puede prevalecer en el nuevo Estado libre. Sabes que Franco, en el instante de rebuznar, invocó la solidaridad de Hispano-América contra el comunismo ruso, y lo ha hecho así, porque entre los pueblos del Nuevo Mundo, en gran parte analfabetos, la fuerza del clero católico es todopoderosa. El catolicismo es totalitario; es la organización más despótica que impera sobre la vastedad de la tierra. Catolicismo es sinónimo de hambre, de miseria, de ignorancia, de pereza, de guerras civiles y de guerras internacionales. . . .*

SANTIBAÑEZ. *¿Crees tú que debe ser destruído?*

CIPAYO. *De raiz.*

# INDICE

# INDICE